

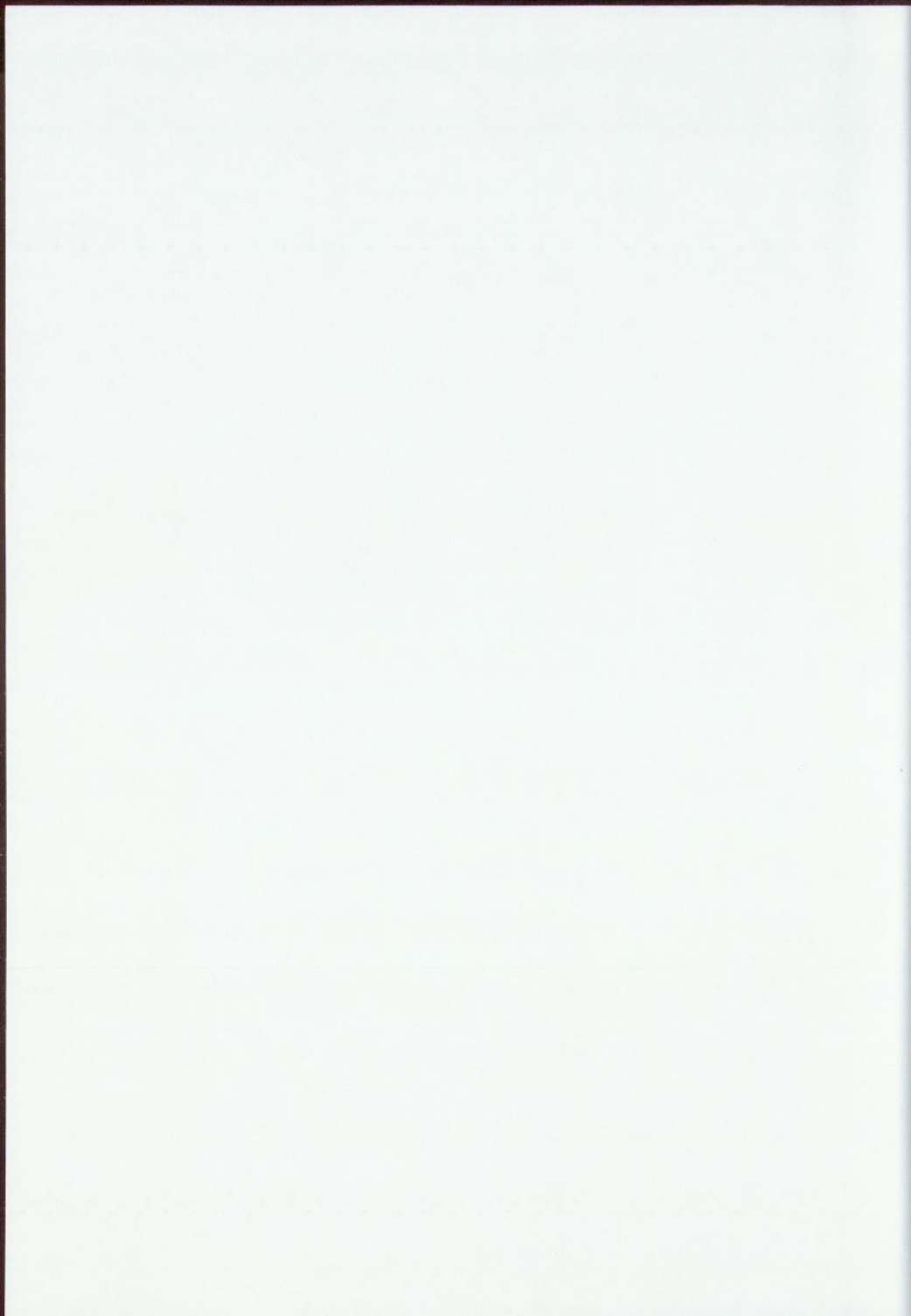
JOSE MESA RAMOS

La Isla de la Paz y de la Guerra

NOVELA SOCIAL



MADRID
1 9 3 5



JOSE MESA RAMOS

La Isla de la Paz y de la Guerra

NOVELA SOCIAL



MADRID
1 9 3 5



PRÓLOGO

Desde los tiempos primitivos hasta los actuales la vida ha sido una constante lucha de individuos contra individuos, de tribus contra tribus, de pueblos contra pueblos.

En todas las épocas el escenario es el mismo con distintas decoraciones y diversos actores, siendo seme lantes los argumentos de las obras en que se repiten las mismas escenas de guerras, cambios de dinastías, transformaciones del régimen establecido, elevación, decaimiento, desaparición de las naciones, prosperidad, ruina, civilización, barbarie.

Miradas las cosas superficialmente parece que el móvil que lanzaba a unos pueblos contra otros era cí afán de conquista, el patriotismo, la idea altruista de mejorar las condiciones de los pueblos conquistados, pero, en el fondo, la causa principal no era otra, casi siempre, que la lucha por la vida, el egoísmo, y el afán inmoderado de apoderarse de las riquezas para disfrutar de cuantas comodidades y placeres nos brinda el mundo en que vivimos.

* * *

Lo mismo que la tierra, desde su creación hasta nuestros días, ha experimentado grandes trastornos que dieron lugar a períodos geológicos, en cada uno de los cuales la estructura y las condiciones de vida fueron muy diversas, habiendo entre ellos períodos de transición, en los que se produjeron cataclismos que precedieron a las transformaciones, así la historia de la humanidad pasó por distintos períodos y épocas, en los que las sociedades tuvieron distinta constitución en todos los órdenes morales, intelectuales y materiales.

Entre estos períodos o épocas, surgieron períodos de transición con sus trastornos y revoluciones sociales, que cambiaron radicalmente las condiciones de los organismos que integraban los estados.

Actualmente, nos hallamos ante uno de esos períodos de transición, durante el cual, desde hace bastante tiempo viene elaborándose una transformación en la existencia y en la organización de las naciones y de los individuos.

A este espectáculo asistimos, siguiendo paso a paso el cambio tan radical que se está realizando en el teatro del mundo.

¿Cuál será el desenlace?

Con arreglo a nuestro criterio trataremos de ver lo que lógicamente debe deducirse.

Lo que resulte será lo que el desarrollo de los sucesos que aparecen en este libro demuestren y lo que como espectadores que somos observemos desde los sitios que ocupamos, al seguir las escenas en las que toman parte los actores de esta gran comedia.

¡Va a levantarse el telón!

CAPITULO I

LA ISLA DE LA PAZ Y DE LA GUERRA

Cuentan las crónicas que una flota de embarcaciones tripuladas por exploradores que navegaban a la ventura en busca de nuevas tierras para establecer factorías, con el objeto de fomentar relaciones comerciales con los lejanos países de donde procedían, fue sorprendida por un fuerte temporal que la destruyó, arrojando a estos intrépidos viajeros a una isla desconocida, pues no figuraba en las cartas geográficas de aquella época.

Esta isla, muy fértil, con inmensos bosques y valles, la dividía en dos partes, próximamente iguales, una cadena de montañas que la atravesaba de Norte a Sur.

Los náufragos, viéndose imposibilitados de volver a su patria, pues las embarcaciones habían sido destrozadas, tuvieron que instalarse definitivamente en aquella isla, donde se diseminaron por ambas vertientes de las montañas, aumentando considerablemente la población en el transcurso de los siglos hasta formar dos grupos de naciones; uno en la región oriental y otro en la occidental, siguiendo cada uno para su constitución las ideas de sus dirigentes, que interpretaban el común sentir de los individuos del grupo respectivo.

Las ideas que dominaban en la región oriental eran las fundadas en el egoísmo y en el derecho de la fuerza; las de la región occidental eran las que tenían por base el amor y el derecho de la justicia.

Las naciones de la región oriental fueron anexionadas por medio de la conquista, y como con estas anexionen el Estado se hacía más poderoso, fácilmente conquistaba otros estados relativamente pequeños, llegando el momento en que constituyeron una sola nación: la nación de la Guerra.

Las de la región occidental se unieron también, no por la conquista, sino por el convencimiento de que por ser de ideas afines y de tener intereses comunes, les convenía unirse para su prosperidad y para defenderse además de la poderosa nación vecina en el caso de una agresión o de una invasión del territorio. De este modo llegaron también a constituir una sola nación, la nación de la Paz.

* * *

En la región occidental, o sea en el país de la Paz, las diferentes comarcas que lo formaban no estaban sometidas, sino unidas por convencimiento; en estas condiciones debería desarrollarse en ellas una vida tranquila y sin afán de independencia. Como la justicia imperaba, el trabajo se recompensaría con arreglo a su cantidad y a su calidad; así habría estímulo para que éste se perfeccionase y para que también el trabajador pudiese aspirar a tener una posición desahogada, formándose de esta manera una sociedad en la que todos habrían de encontrarse satisfechos, puesto que tendrían cubiertas sus necesidades presentes, vislumbrando al mismo tiempo un tranquilo porvenir. En esta nación no debería haber pobres; todos serían más o menos ricos y vivirían en la mejor armonía.

En la región oriental, o sea en el país de la Guerra, siendo una de las bases de su constitución la igualdad de salarios, la parte más culta, más sana y más apta para el trabajo elevaba sus quejas frecuentemente al gobierno, haciéndole ver la injusticia de no remunerar al obrero según la cantidad y calidad de la obra que producía y los perjuicios que se ocasionaban al establecer la igualdad absoluta para todos, para el hombre laborioso y para el holgazán, para el apto y para el inepto, para el inteligente y para el ignorante, siendo esto causa, por la falta de estímulo para la producción, que ésta no prosperase y que

los habitantes no pudieran satisfacer todas sus necesidades, convirtiéndose en verdaderos esclavos del régimen imperante.

* * *

El malestar público llegó a agudizarse de tal manera en la región oriental, que las clases perjudicadas se agruparon, constituyendo sociedades dispuestas a conseguir el logro de sus justas aspiraciones.

En la capital y en los pueblos de esta nación se celebraban asambleas con este objeto, pero el tiempo pasaba y el régimen establecido no se alteraba en lo más mínimo.

No quedaba, pues, otro remedio que someterse o rebelarse, apelando a una guerra civil para que la lucha decidiese el destino de aquella nación. Lo primero no debía admitirse, porque, además de que el malestar se hacía cada vez más insufrible, el acatamiento a tan odiosa tiranía representaría una indignidad que rebajaría el nivel moral del hombre. Para lo segundo se necesitaban grandes recursos de que no se podía disponer y mucho tiempo para la preparación de la lucha.

Renunciaron, pues, a estos dos procedimientos, adoptando como única solución el éxodo hacia la nación vecina, donde los derechos que pretendían eran reconocidos a todos y constituían la base de su régimen.

Empezó, por consecuencia, la emigración, aumentando tan considerablemente que en poco tiempo quedaron desiertos muchos pueblos, siendo de temer que no tardase en desaparecer aquella nación.

Para evitar tal desastre, las autoridades cerraron las fronteras y prohibieron la emigración, declarando la guerra a la nación vecina por negarse a devolver los emigrantes que a ella habían trasladado su residencia.

Cuando el país occidental se encontraba más tranquilo, ignorando lo que se tramaba en el país colindante, se vio sorprendido por la declaración de la guerra y por la repentina

presencia en la frontera de un ejército que sin previo aviso invadió su territorio, apoderándose de algunos pueblos y continuando el avance hacia la capital.

Inmediatamente organizó sus fuerzas, y en poco tiempo pudo poner en frente del ejército enemigo otro más poderoso, no sólo por el número y armamento, sino por la disciplina, pues lo formaba una masa que no tenía más que un pensamiento, la defensa de la patria.

En cambio, el ejército oriental no lo formaban patriotas, sino una mezcla de hombres sometidos a la fuerza, que estaban acechando la ocasión de sacudir el yugo que les oprimía, dando esto lugar a que en el mismo ejército se realizasen deserciones y sublevaciones que contribuyeron a debilitarlo unas.

Por otra parte, las regiones descontentas que estaban sufriendo la tiranía de sus conquistadores, habiendo quedado desguarnecidas de ejército y policía con motivo de la guerra, vieron la ocasión propicia de vencer, sublevándose muchas de ellas y constituyendo gobiernos independientes.

Tal llegó a ser el decaimiento de las tropas orientales y tan fuerte el empuje arrollador de las occidentales, que el enemigo fue derrotado completamente, huyendo a la desbandada, siendo aniquilados los que se resistían y prisioneros los demás.

Así quedó destruida la nación de la Guerra. En vez de apoderarse de ella la de la Paz, no se aprovechó de la victoria más que para devolver a las regiones que la constituían la independencia que anhelaban, dejando que se gobernasen con arreglo a su tradición, creencias y costumbres.

De esta manera cada región se gobernaba por sí misma, constituyendo todas una federación en la que imperaba el amor y la justicia, llegando con el tiempo a anexionarse al país occidental y formándose así una gran nación donde nadie carecía de lo necesario para su existencia.

La isla de la Paz y de la Guerra quedó convertida en la isla de la Paz.

CAPITULO II

EL PUEBLO DE WORTHING

En el casino del pueblo de Worthing, situado en la costa occidental de Irlanda, se comentaban los sucesos ocurridos en la isla de la Paz y de la Guerra. La noticia la supieron por un periódico de New Yorl, de la que se dió lectura ante numeroso grupo que se había formado y que decía así:

“¡Noticia sensacional! ¡Triunfo del amor y de la justicia sobre el derecho del más fuerte! En la guerra entablada entre la región oriental y la occidental de la isla de la Paz y de la Guerra, ha conseguido una victoria definitiva la región occidental, o sea la del país de la Paz, sufriendo el enemigo tan desastrosa derrota, que la nación oriental, o sea la de la Guerra, ya no existe, constituyendo ahora la isla una sola nación con el régimen establecido en la región occidental. Reina en el país un desbordante entusiasmo y en todos los pueblos se celebran festejos para conmemorar tan extraordinario suceso”.

La opinión casi unánime de los que escucharon la lectura de esta noticia, era la de que, desaparecido el peligro permanente que representaba la existencia de la nación oriental, en aquel país sería la vida más agradable y mejor que en cualquiera otra parte del mundo. Allí no debería haber pobres, todos tendrían satisfechas sus necesidades, los que alcanzaban posiciones elevadas ayudarían a subir a los situados en posiciones inferiores, la justicia sería igual para todos, habría en los corazones nobles sentimientos libres de malos instintos; en una palabra, sería una sociedad donde reinaría la felicidad.

En el acto surgió la idea de fletar un barco para visitar aquella isla, y hallándose presente John, el constructor naval,

del que se sabía que en su astillero estaba próximo a terminarse una embarcación de alto porte, se pusieron de acuerdo con él, decidiendo que su primer viaje fuese destinado a esta travesía.

John y su amigo William, también constructor de barcos, al salir juntos del casino entablaron un diálogo acerca de este asunto.

—¿Qué te parece? —preguntó John—. ¿Será verdad que la paz no se alterará en esa isla, y que los hombres allí serán todos buenos, generosos e incapaces de albergar malos sentimientos?

—Creo firmemente—contestó William—que a juzgar por el admirable régimen establecido en ese país, en virtud del cual puede contarse con la buena voluntad y con la fraternidad de todos sus habitantes, no hay motivo para que estalle una nueva guerra; la paz está asegurada, pudiendo vivir tranquilos sin temor a que ésta se altere, prosperando, en su consecuencia, las fuentes de riqueza y haciendo pensar que si las demás naciones siguen este ejemplo, será una realidad la paz universal y la formación de una gran confederación de las naciones de el mundo.

—Olvidas, William, que habiendo como tiene que haber diferenciáis de fortuna entre los individuos que constituyen una nación, los que disfrutan de todas las comodidades se encuentran conformes con el estado de las cosas, pero los que no ven satisfechas completamente sus necesidades no pueden estarlo. Estos representan una amenaza constante contra la paz pública si no se da satisfacción a sus justas aspiraciones.

—Pero eso, John, estará previsto en las leyes que rigen en la isla de la Paz y todos allí se encontrarán contentos con su suerte.

—Lo que dices, William, está muy lejos de la realidad. No hay ley que dé gusto a todos. Con ella siempre habrá favorecidos y perjudicados, dando esto lugar a que los primeros defiendan sus privilegios y los segundos traten de que desaparezcan tendiendo a la igualdad.

—Sin embargo —replicó William—, en la noticia del periódico neoyorquino se afirma que la victoria de la región occidental representa el triunfo del amor y de la justicia sobre el derecho del más fuerte. Sí eso fuese cierto, no concibo que en la nación de la Paz existan desigualdades odiosas que hagan temer una nueva guerra.

—No quiero, William, quitarte esas ilusiones que muchas comparten contigo, no sólo en el pequeño círculo de nuestro Casino, sino en todo el mundo donde el pacifismo cuenta con muchos adeptos olvidando que la vida es una lucha, y lamento que no exista siempre una fraternidad desinteresada y que, por el contrario, sea ésta muchas veces una máscara detrás de la cual se esconde la hipocresía.

—Suspendamos, John, esta discusión, hasta que los hechos que comprobemos en la isla de la Paz den la razón al que la tenga. Desde el punto de vista en que nos colocamos cada uno de nosotros, no pueden coincidir nuestros pensamientos.

Si desgraciadamente fuese verdad que ni en ese país ni en ninguno se puede aspirar a una completa felicidad, yo sé dónde este sumo bien se encuentra. Nuestra santigua amistad es inquebrantable y sabes que en mi corazón hay otro sentimiento, el amor, pero el amor puro por tu hermana Mary; así como puede ser discutible que en dicha isla exista ese ideal, estoy seguro que si Mary correspondiese a este sentimiento y llegase a unir su suerte con la mía, no habría para mí mayor felicidad. He hablado de esto con ella; no me rechaza, pero tampoco acaba de decidirse y te ruego intercedas en mi favor.

—Ya sabes, William, que para mí será una satisfacción muy grande que realices lo que tanto deseas.

Después de despedirse los dos amigos, John, en vez de dirigirse a su casa, se encaminó a las afueras del pueblo.

CAPITULO III

LA CITA

Al llegar al crucero donde sobre un zócalo de piedra se elevaba una cruz, también de piedra, con la imagen en relieve del Redentor, se detuvo John y desde allí extendió su mirada contemplando el magnífico espectáculo que ofrecía la Naturaleza, al declinar el día, con sus hermosos valles y montañas; todo respiraba paz y armonía. Los múltiples y variados ruidos producidos por la actividad y el bullicio de los seres vivientes, hombres y animales, daban alegres notas de animación, que iban disminuyendo paulatinamente hasta quedar en silencio, cuando el sol lanzando sus últimos rayos, se hundió en el horizonte.

Tranquilidad, grandiosidad, poesía, ilusión; marco propio para encuadrar la dicha de dos enamorados.

Con la vista fija en el pueblo vio venir hacia donde él estaba una mujer; era Emma, la hermana de William, que llenaba de amor su corazón. El sitio donde se encontraban lo habían elegido para verse, haciendo protestas en estas entrevistas de su verdadero cariño y del venturoso porvenir que con ansia esperaban.

—He salido con tu hermano del Casino —dijo John—, el cual durante bastante tiempo me habló del profundo amor que siente por Mary.

—Esa idea siempre tiene William en su imaginación —replicó Emma—, y mucho me alegraría que tu hermana le correspondiese. ¡Qué día tan feliz sería si nuestra boda y la de nuestros hermanos se celebrasen al mismo tiempo! ¿Qué dicha podría igualarse a la de nuestros corazones unidos por un verdadero amor?

—Sí, es preciso que esto se aclare pronto, Emma.

—Mañana mismo tratare de ver en qué actitud se encuentra Mary.

—Cuando sea botado al agua el barco que estoy construyendo y que se halle en condiciones de hacerse a la mar, podremos empezar los preparativos para celebrar nuestro matrimonio, haciendo pública nuestra decisión, puesto que no habrá motivo pava que siga permaneciendo en secreto, y al regresar del viaje que haremos a la isla de la Paz, en el que se probarán las condiciones marineras del barco, veremos realizado con nuestra unión el dichoso porvenir que esperamos.

Después de esta entrevista se separaron, y John se dirigió a su casa.

* * *

John veía prosperar su negocio, no sólo por su constancia y habilidad en el trabajo, sino también por sus condiciones personales, que le hacían agradable a cuantos con él se relacionaban.

Su hermana Mary, hermosa joven, con gran conocimiento e inteligencia atendía a los quehaceres de la casa.

Hallábanse los dos hermanos en la terraza de su casa, situada -carca de los acantilados de la costa, desde donde podía admirarse el grandioso espectáculo del inmenso océano, con sus embravecidas olas chocando al pie de aquellas rocas, con sus aves marinas revoloteando y planeando en vuelos majestuosos cerca de la superficie del mar, y con las embarcaciones que en todas las direcciones se veían cruzar.

—Mary —le decía él—, hace bastante tiempo que William tiene su pegamiento puesto en ti y desea con vehemente interés que correspondas a su afecto. Tiene el mismo negocio que yo y aunque hasta ahora no ha prosperado mucho, es laborioso y es de esperar que más adelante la suerte le acompañará.

Mary quedó un momento pensativa y de pronto, muy tranquila y con el semblante risueño, le contestó:

—En efecto, algo me ha insinuado William en ese sentido, pero, la verdad, por ahora no me decido a pensar en esto, porque soy bastante joven y tengo aún mucho tiempo por delante. Además, me sería muy doloroso separarme tan pronto de ti.

—Sin embargo —dijo John—, por muy penosa que sea nuestra separación, es natural que algún día tenga que suceder, pero eso en nada influirá en el cariño que nos profesamos que siempre será el mismo.

—Y a lo comprendo, pero te repito: ¿No te parece que cuanto más tarde será mejor?

—No tengo interés en que inmediatamente tomes una determinación. Lejos de mi ánimo estaba la idea de tratar ahora contigo de este asunto, si William no me hubiere hablado hace días rogándome que intercediese en su favor para que accedieses a lo que pretende. La antigua amistad que nos profesa y que le profesamos impidió que yo me negase a intervenir, y por eso, no por iniciativa mía, sino por la de él he decidido tener esta conversación contigo. Así, te ruego que lo pienses, deseando que tu resolución no sea otra cosa que lo que te dicte tu voluntad.

—Pues bien, lo pensaré, ya que así lo desear.

CAPITULO IV

BOTADURA DE LA GOLETA "PRETTY MARY"

En el astillero de John avanzaba rápidamente la construcción del barco, hallándose terminada la colocación de las cuadernas, de la roda y del codaste de la quilla, de las cubiertas, del forro del casco y de cuanto constituía su armazón, faltando solamente la arboladura, velamen y demás detalles que complementaban su construcción.

Hallándose John dirigiendo estos trabajos, vigilando todas las operaciones que se hacían, acudiendo a todas partes sin darse punto de reposo y animando a los obreros para que la obra se acelerase y se ejecutase con la mayor perfección posible, acertó a pasar por allí William, que se detuvo. Eran, aunque de la misma profesión, dos buenos amigos, y si la suerte había favorecido a uno más que al otro, no por eso se había entibiado su amistad, pues ésta databa de los primeros años de su vida.

—¡Hola, John! Parece que te corre prisa la terminación del barco, porque veo que de día en día adelanta mucho.

—Sí—replicó—, ya conoces mi manera de ser; cuando emprendo un asunto no me gusta demorarlo y procuro por todos los medios aprovechar el tiempo para terminarlo pronto. En este caso está más justificada mi ansiedad por ver el resultado de mi obra, porque, como sabes, hasta ahora me he ocupado solamente de embarcaciones menores, y el barco que estoy construyendo puede clasificarse entre los de gran envergadura; y así como el radio de acción de las embarcaciones que llevo construidas no llegó a exceder de cien millas, ésta podrá emprender cualquier crucero, por largo que sea.

—Creo—replicó William—que con tu inteligencia conseguirás lo que deseas. El barco, por el aspecto que va

presantando, tendrá una línea muy fina, cortará fácilmente las aguas y no dudo que podrá hacer un viaje a New York en cuarenta días.

—Eso espero—dijo John—; pero el primer viaje que emprenderá será sólo de entrenamiento a la isla de la Baz, que está mucho más cerca.

—Y a veo que prosperas en tus negocios. En cambio, yo, en los míos, adelanto poco. No sé en qué consiste que solamente recurren a mí cuando no tienes embarcaciones disponibles. No está la suerte para todos; tendré paciencia y seguiré esperando tiempos mejores. Realmente es injusto que trabajando yo como trabajas tú el resultado sea tan distinto. No te envidio por eso; nuestra sincera y antigua amistad es un freno que condene las malas pasiones.

—Ya sabes —replicó John —que los mismos sentimientos que tú tengo yo, y que si en mi mano estuviese que prosperases mucho más, no vacilaría un momento en poner los medios para que lo consiguieses.

Se separaron después los dos amigos para ocuparse cada uno de su trabajo.

* * *

El casco del barco, afianzado fuertemente en las gradas del astillero y apoyando su quilla y la parte de los costados próximos a ésta en una base de maderos y cuñas, sobre la que había de deslizarse en el momento de ser lanzado al agua, se bailaba casi terminado, pues se estaba dando con actividad la última mano a las tablas de las cubiertas, borda y forros exteriores de las cuadernas. El material empleado era el roble muy fuerte, presentando el conjunto un aspecto de gran solidez.

Después de la botadura se aparejaría el barco como goleta de tres palos: trinquete, mayor y mesana; su tonelaje total se elevaría a 400 toneladas, de las que, deduciendo 200 para el peso propio del barco, que comprendía el casco, arboladura,

jarcias, velamen, etc., daría un tonelaje útil para la carga de mercancías, tripulación y pasajeros, de 200 toneladas.

La distancia en línea recta comprendida entre la isla de la Paz y el puerto de Worthing ascendería a unas 700 millas; pero teniendo en cuenta los virajes, bordadas y separación forzosa de la ruta para aprovechar los vientos favorables, los barcos tendrían que recorrer un trayecto no inferior, seguramente, a 1.500 millas.

Calculando que este velero desarrollase en tiempo normal una velocidad de cinco millas marinas por hora, tardaría en hacer el viaje trescientas horas, o sean doce días y doce horas.

A este barco le puso John el nombre de su hermana, anteponiéndole el calificativo de "pretty", y así la goleta se denominaría "Pretty Mary" o "Linda María", nombre muy apropiado por el entrañable cariño que se tenían los dos hermanos y porque para él era presagio de que la suerte favorecería a la nave en su crucero por el Océano, llevándola a puerto feliz.

* * *

Terminada la construcción del casco, llegó el día de la botadura que iba a verificarse con la mayor solemnidad y esplendor. Este acto había despertado inusitado entusiasmo en todo el pueblo, que, invadiendo el astillero, se extendía por sus alrededores ocupando los sitios altos y estratégicos para poder contemplar todas las operaciones que se iban a realizar, y que siempre en un pueblo marítimo despiertan la mayor atención de sus habitantes.

Se había congregado allí la población en masa, apiñándose la multitud, que convergía todas las miradas hacia el lugar donde estaba preparado el barco.

Las embarcaciones mayores y menores, diseminadas en la bahía, se hallaban engalanadas con banderas, banderolas y gallardetes, y parecía, al verlas balancearse sin salirse de su

sitio, que esperaban ansiosas el momento de que se acercase a ellas la que iba a nacer a la vida del mar y a entrar por primera vez en el agua.

A toda prisa, se hacían los preparativos; se ensebaban los maderos del canal por donde había de deslizarse el barco; se aflojaban las cuñas sobre las que insistía y las amarras que lo sujetaban a las gradas; se oía un ruido incesante, mezcla del golpear de las herramientas, de las voces de los obreros y de los capataces y del murmullo de la gente. Sobre cubierta, y asomados a la borda, se hallaban, en primer término, John y Mary, con William y Emma, la tripulación y los invitados, entre los que figuraban los que habían fletado el barco para realizar el crucero a la isla de la Paz.

Todo estaba dispuesto. Se dió la voz de: "¡Soltad las amarras!" El sacerdote levantó el brazo, y con el hisopo dió la bendición; fue lanzada contra el casco una botella de champagne, que se rompió en mil añicos; la banda de música, que estaba preparada, entonó una alegre marcha; se lanzaron al aire bombas y cohetes, que al estallar producían un estrépito ensordecedor, y el buque empezó a deslizarse, al principio, lenta y majestuosamente, y, aumentando la velocidad, entró con ímpetu en el agua, que con el choque levantó grandes chorros que se deshacían en espuma y que par encima de la borda saltaban y salpicaban la cubierta.

Se oía gran griterío; las bocinas y sirenas de todos los barcos, sonando al mismo tiempo; los marineros, de pie en sus embarcaciones, unos sobre las cubiertas y otros sobre las vergas, alineados, levantando los brazos, agitando las gorras en el aire y dando incesantes gritos de alegría.

El espectáculo era emocionante y el entusiasmo se propagaba cada vez con mayor intensidad.

Entre tanto, el buque, pasado el primer impulso y después de haber recorrido un largo trayecto, se detuvo y se balanceaba movido por las olas, rodeado de los demás barcos, que se

acercaban a él para dar la bienvenida a otro de la misma familia que acababa de nacer en el mundo marítimo.

CAPITULO V

WILLIAM Y MARY

Después de la botadura, se hicieron públicas las relaciones amorosas de John y Emma. Con este motivo, y con el de que las obras que faltaban para terminar la construcción del barco tocaban a su fin, se celebró un banquete en el Casino, al que asistieron, con los anfitriones John y Mary, sus amigos de la infancia William y Emma, el capitán, el piloto y el timonel designados para dirigir el buque, y las personas que lo habían fletado para este primer viaje que iba a emprender.

Se entablaron entre los comensales conversaciones muy animadas sobre el probable éxito de la expedición, y acerca de las circunstancias especiales que distinguían al país que iban a visitar, el que, según la casi totalidad de los que se hallaban reunidos, era un país ideal, digno de tomarse como modelo; una isla feliz, verdadero oasis de paz y de tranquilidad en el inmenso desierto turbulento y agitado por los violentos huracanes de las pasiones de las demás naciones del mundo.

Había algunos, pocos, que no participaban completamente de tanto optimismo, y con cierto temor, porque los ánimos estaban enardecidos, apuntaban una ligera desconfianza de que fuese verdad tanta belleza; pero añadían, para calmar a los que opinaban de otro modo, que aunque allí no se encontrasen todos, sin excepción, contentos y satisfechos, era posible que con el régimen imperante en aquellos momentos avanzasen, acercándose cada vez más hacia la ansiada felicidad.

Entre los brindis que se pronunciaron durante el banquete se aludía a esta controversia, sosteniendo cada uno su parecer, sin llegar a un acuerdo. En cambio, todos estuvieron conformes al afirmar que el nombre de "Pretty Mairy" era de buen augurio, por lo que la suerte tenía que acompañarles en el viaje.

Con la copa de champagne en la mano brindó Mary, diciendo que este viaje no se apartaba un memento de su

imaginación, que a todas horas pensaba en él y con su pensamiento veía al buque cruzar el Océano meciéndose dulcemente, alejándose cada vez más de la costa y llegando a alta mar, donde navegaba entre el cielo infinito y la inmensidad del líquido elemento, pasar días y días buscando ansiosamente la tierra, que al fin se llegaba a divisar en lontananza, arribando a ella y alegrándose los corazones de todos, de los que en ningún instante sintieran vacilar su esperanza y de los que empezaban a desfallecer por hacerseles demasiado larga la travesía.

—Hago votos—continuó diciendo—por que todo se realice tal y como lo ve mi pensamiento y por que en aquella isla se encuentre la paz y la tranquilidad tan deseada, anuncio de una paz universal en todas las naciones. Si al regresar de este viaje encantador volvéis desilusionados por no haber encontrado allí la paz y la felicidad soñadas, yo os prometo decir dónde, de seguro, esa felicidad y esa paz se encontrarán.

Una gran ovación siguió a este brindis; todos se levantaron y, chocando las copas, hicieron votas por el feliz éxito de la expedición.

Después del banquete se diseminaron todos por los diferentes departamentos del Casino, comentando acaloradamente los incidentes que se esperaban de este viaje.

* * *

Al tener conocimiento Mary de que su hermano estaba en relaciones con Enruna, habiéndose fi lado la fecha de su boda para cuando regresasen del viaje, ante la perspectiva de que llegado ese instante se encontrase sola, comprendió que no le convenía demorar el momento de unir su corazón al de un hombre que llenase sus aspiraciones.

Cuando se hacía estas reflexiones, sentada en un banco de piedra próximo al crucero de las afueras del pueblo, se acercó a

ella y se sentó a su lado William, entablándose entre los dos un animado diálogo:

—He oído, Mary, tu brindis en el banquete del Casino; tus palabras me conmovieron: eran fiel reflejo de la nobleza de tu corazón. Ahora que se casa John, tu situación no será después muy halagüeña, no porque te falte el cariño de tu hermano y el afecto de cuantos te conocen y aprecian tus excelentes cualidades, sino porque, a pesar de todo esto, te encontrarás sola. Debes pensar, pues, en lo que tantas veces te he dicho. Nos conocemos perfectamente, sabes mis condiciones personales y yo sé las tuyas; nada hay que sea motivo de reproche, y, por el contrario, nuestras vidas se han deslizado tranquilamente, y sin la menor contrariedad, uno cerca del otro. Siendo esto cierto, ¿qué es lo que impide que mi constante ilusión llegue a ser realidad?

A Mary no le impresionó el acento sincero de William, por quien, sin embargo, sentía una verdadera afección de hermana y de amiga. No le parecía que ese fuese el hombre al que ella debiera confiar su vida, y dudaba que con él consiguiese ciertamente esa comunión de almas que proporciona la felicidad que se puede disfrutar en este mundo, y ella no renunciaba a conseguirlo.

Al cruzar estos pensamientos por su imaginación dirigió sus miradas hacia el campo, divisando a su hermano con su prometida, y esto hizo que se fijase nuevamente en su imaginación la situación en que habría de encontrarse dentro de poco tiempo. Como, además, en el fondo sentía por William verdadero cariño, pensó que tal vez este amor fraternal se convertiría con el tiempo en el amor de dos seres nacidos el uno para el otro.

Estas reflexiones que hacía fueron interrumpidas por William, que le dijo:

—¿Qué es lo que piensas? ¿Puedo esperar que accederás a realizar lo que es la ilusión de toda mi vida, que consiste en

unir mi suerte a la de la mujer que más quiero y por la cual soy capaz de hacer toda clase de sacrificios?

—He pensado, efectivamente, en lo que me propones, William. Aunque desde la infancia te quiero con sincero afecto, correspondiendo al cariño que siempre me has demostrado, no siento hoy por ti el nuevo afecto que te inspiro, reciprocidad de sentimientos que es indispensable a dos seres que tratan de unirse para toda la vida. Por eso, sin rechazar tu proposición, aplazo la contestación definitiva hasta el regreso del viaje.

—Ten la seguridad de que a mi regreso de la excursión a la isla de la Paz, seguiré con esta misma idea, que no se aparta nunca de mi imaginación. Mi amor por ti es tan firme, que nada ni nadie podrá hacerlo vacilar. El día que me manifiestes que has variado de modo de pensar en mi favor, hallándote dispuesta a corresponder a mi afecto, será el más feliz de mi vida; pero si, por el contrario, transcurrido el plazo que tu excesiva bondad me ha concedido, no me secundases en este sentimiento y que llegases a casarte con otro, además del inmenso dolor que eso me causaría, tu imagen me acompañaría constantemente durante mi vida, que sería la de un solitario que viese con tristeza perdidas sus ilusiones.

Al llegar a este punto de la conversación se acercaron John y Emma, y, reunidos los cuatro, se dirigieron al pueblo.

CAPITULO VI

EL PINTOR

Adam Turner, pintor que gozaba de merecida fama, residía habitualmente en Dublín. Ningún artista en aquel tiempo podría competir con él para pintar cuadros como las bellas marinas que se exhibían en la Exposición Internacional de Pinturas que se estaba celebrando en la capital de Irlanda, en las que el artista no parecía haberse propuesto otra cosa que dedicar un tributo de admiración al espectáculo grandioso del mar.

Hacía frecuentes escapadas al litoral en busca de notas pictóricas que refrescasen su inspiración.

Algunos días después de la botadura de la "Pretty Mary", este gran artista llegó a Worthing, donde se propuso detenerse el tiempo suficiente para tomar algunos apuntes de las hermosas y variadas perspectivas que desde aquella parte de la costa se podrían contemplar.

Todos los días, por la mañana temprano y por la tarde, salía de la casa-pensión donde se hospedaba, situada enfrente de la que habitaban John y Mary, y se dirigía a las afueras del pueblo, instalándose con su caballete en los arrecifes de la costa, en lugares elegidos por él como excelente puntos de vista; allí se pasaba las horas abstraído en la contemplación de la Naturaleza que le ofrecía sus admirables bellezas, las cuales trasladaba al lienzo dominado por un secreto afán de copiarla con estricta fidelidad, pintando el mar objetivamente, sin pretender nada de estilización, siendo el extremo cuidado que ponía para no separarse un ápice de la realidad lo que le había dado el renombre que había adquirido.

La habitación que ocupaba tenía una ventana que daba a la calle. A ella se asomaba en los momentos de descanso, dando rienda suelta a su imaginación que recoma los paisajes marinos

que más le habían impresionado. En uno de esos momentos vio salir de su casa a Mary, llamándole la atención la belleza de su figura y el aspecto algo triste y como preocupado de su semblante. Seguramente, Adam Turner era un observador curioso de las fisonomías no vulgares.

Tanto llegó a interesarle esta delicada figura que, enterado de las horas a que salía de su casa, se asomaba siempre a la ventana para poder contemplarla.

No tardó en averiguar cuanto concernía a Mary, y así, supo que era hermana de John, constructor de barcos, y que si no estaba todavía prometida en matrimonio a su amigo de la infancia, era de suponer que no tardaría esto en realizarse, puesto que había prometido a William que no entablada relaciones amorosas con nadie hasta el regreso de la goleta Pretty Mary de la isla de la Paz, y que después decidiría si aceptaba su proposición.

Aunque esto le causó alguna contrariedad, no renunció a la idea de frecuentar el trato con Mary, esperando alguna ocasión, para conseguirlo.

* * *

El 20 de Abril, a los tres meses de la botadura del casco, se hallaba completamente terminada y colocada la arboladura, las jarcias, el velamen y cuantos accesorios se necesitaban para la navegación.

Los marineros, oficiales y el capitán que formaban la tripulación, estaban cada uno en su puesto. El capitán Tom, que mandaba el buque, tenía probada su pericia de excelente marino en los múltiples viajes que había realizado por todos los mares del Globo.

Al día siguiente, después de embarcar John, William y los demás pasajeros, a las ocho de la mañana, el buque levó anclas, y con todas sus velas desplegadas, empujado por una suave y favorable brisa del Nordeste, zarpó majestuosamente de la

bahía, puesta la proa hacia el Oeste, Todo el pueblo invadía los sitios estratégicos del litoral, prorrumpiendo en grandes gritos de alegría al ver el hermoso aspecto que la goleta presentaba y su marcha tan segura y recta, sin el menor balanceo, lo que denotaba la solidez de su construcción y presagiaba una travesía feliz. Agitábanse los pañuelos y las gorras en el aire, y poco a poco, deslizándose sobre la superficie líquida, la "Pretty Mary" se iba alejando, hasta que dejó de verse, desapareciendo en el horizonte.

La gente se retiró, internándose en el pueblo, y quedó solamente allí Mary, que escudriñaba el mar, intentando divisar a la goleta. Inmóvil, y dirigiendo la mirada al punto del horizonte donde había desaparecido, levantó el brazo y lo agitó como un último saludo de despedida, exclamando en voz alta:

—¡Adiós!

Sus actitudes y esta exclamación no pasaron desapercibidas para Adam, que no lejos de donde ella estaba se hallaba sobre una peña, teniendo enfrente el caballete con el lienzo, en el cual se veía el admirable litoral, que se prolongaba hasta el promontorio donde se erguía el fajo, guía de los navegantes, mostrando sus arrecifes de calizas y granitos, sus profundas cavernas y los rocosos derrumbaderos, de maravilloso aspecto.

Frente a este litoral, el mar azul, extendiéndose infinito hasta perderse en el horizonte, y destacándose del cuadro la goleta "Pretty Mary", en marcha hacia el Océano.

Al pasar Mary cerca del sitio donde se hallaba Adam, éste se levantó para saludarla, presentándose como un artista enamorado del mar y rogándola que diese su opinión sobre el cuadro que estaba pintando. Se acercó Mary, y al ver la obra del pintor, quedó admirada de la fidelidad con que en ella estaba representada la Naturaleza, del arte de los detalles y de la armonía del conjunto; la goleta, con el mar y las rocas que la rodeaban, eran la misma imagen que de todo esto había quedado impresa en su retina. Por su imaginación cruzó la idea

de adquirir el cuadro para conservar perenne ese recuerdo, pero pensó que quizá no pudiese por su elevado coste.

Después de contemplarlo detenidamente y de hacerse estas reflexiones, contestó a Adam sin vacilar:

—Esto es verdaderamente hermoso. No concibo que se pueda hacer nada que lo supere en mérito. El mar, el cielo, la costa y el buque, parece que materialmente han sido concentrados en el cuadro.

—Mucho me satisface su opinión, por ser de una persona que toda su vida ha estado contemplando las hermosas perspectivas de este país, y como esta marina representa algo que la pertenece, porque en ella se ve en primer término la nave que lleva su nombre, cuántío le de los últimos toques y saque una copia que quiero conservar como recuerdo, se la ofreceré.

Mary quedó sobrecogida y no supo qué responder, limitándose únicamente a darle las gracias, pero sin atreverse a aceptar el ofrecimiento.

Era la primera vez que veía a Adam Turner, y su presencia, así como el acento sincero de sus palabras, le causaron favorable impresión.

Por su parte, Adam, al que tanto le había interesado la linda figura de Mary, al oír el timbre suave de su voz, sintió indefinible seducción, pensando que esta mujer reunía cuantos encantos pudiera apetecer el más exigente para unir su vida a la suya. Pero no experimentaba aún la tentación vaga de esbozar la más ligera insinuación con ella, quizá porque probablemente no se lo permitiría, conformándose por el momento con admirar en silencio los encantos de su hermosa juventud que le producía dulce bienestar.

Después de esto se despidieron con sincera simpatía, dirigiéndose Mary a su casa, no apartando Adam de ella sus miradas hasta que la vio desaparecer, y continuando en el campo para terminar su artístico trabado.

CAPITULO VII

MARY Y ADAM

El compromiso contraído por Mary con William no la ligaba del todo, puesto que estaba en libertad de decidir después de su regreso; pero mientras esto no sucediera, no podía entablar relaciones amorosas con nadie, y si esa situación se prolongaba mucho tiempo, sería un obstáculo que la privaría de aceptar a otra persona que a su juicio poseyese las cualidades necesarias para hacerla feliz.

No se apartaba de su imaginación la escena que había tenido con Adam, acordándose de las últimas palabras que éste pronunció, que resonaban gratamente en su oído, en las que expresaba, si no con palabras, con sus gestos y actitud, la profunda simpatía que sentía por ella.

“Indudablemente—pensaba—, no se atrevio a decir más porque sabía el convenio que tengo pendiente con William; pero si no fuese por eso, me hubiese declarado su amor.”

Si él se sentía atraído hacia ella, tampoco ella retrocedería ante él, porque creía posible que ese fuese el hombre que llegaría a inspirarla una fe muy grande y al cual pudiese confiar su vida.

Estaba convencida de que no procedería mal siguiendo relaciones de amistad con Adam, ya que su trato le era muy agradable y que el compromiso contraído con William no se lo impedía.

Todas las lardes daba un paseo por la orilla del mar, contemplando el horizonte por donde la “Pretty Mary” había desaparecido. Una de esas tardes encontró en el paseo algunas amigas y se reunió con ellas. Al llegar a los escarpes rocosos del litoral vieron a Adam frente a su caballete; todas se acercaron por curiosidad para ver el cuadro que estaba

pintando. Adam suspendió su trabajo para saludar a Mary y se entabló animada conversación entre todos.

En una de las muchachas que allí estaban surgió la idea de subir a lo alto de las rocas, y todas, sin excepción, la acogieron, con alegría y empezaron a subir; pero notando que Mary no se decidía a acompañarlas la llamaron para que subiese también.

—Señorita, dejaos convencer — murmuró Adam.

—¿No sería mal visto por los que están ausentes?—replicó ella.

—Los que están ausentes, si realmente sienten por usted verdadero afecto, no querrán que se prive de nada que le pueda agradar.

—Pues bien, vamos.

Después de una larga ascensión, en la que tuvieron que salvar muchos obstáculos, asegurando los pies en las rocas y agarrando con las manos los salientes de éstas, que en algunos trechos estaban casi verticales ofreciendo serios peligros de un accidente al menor descuido, habían alcanzado la afortunada meseta, rodeada de charcos de agua y salpicada de espuma por las olas que chocaban contra ella sin cesar.

Mientras las demás excursionistas recorrían alegremente las rocas, subiendo sin temor a sitios más altos y saltando de peña en peña para salvar algún arroyuelo, Mary y Adam se quedaron descansando en la meseta.

Las aguas azules bañaban indolentemente los pies de los escarpes. Mary detuvo los ojos, encantada, sobre esta inmensidad soberbia, y una exclamación se le escapó:

—¡Qué bello es esto!

El viento y el ejercicio que había hecho al subir a la meseta prestaban tal encanto a su semblante, que Adam, extasiado, no cesaba de contemplarla.

—Efectivamente—replicó Adam—; es un espectáculo grandioso del que podremos disfrutar muchas veces.

—No serán muchas—dijo Mary con tristeza.

—¿Por qué?

—Porque pueden presentarse circunstancias que lo impidan, y además...

—Además—interrumpió él—no podéis responder de cuál será vuestra situación cuando regrese la “Pretty Mary”.

Había acabado la frase interrumpida instintivamente en la convicción de que el matrimonio de esta seductora mujer estaba próximo. Sintió en seguida haber pronunciado estas palabras temiendo haberle parecido indiscreto. Pero, sin duda, ella no lo juzgaba así, porque sus pupilas límpidas se detuvieron francamente ante él con esta pregunta: “¿Queréis decir que me casaré? Es posible, pero no seguro.” Y por sus labios corrió una indefinible sonrisa, extraordinariamente atractiva.

Después continuó:

—Temo ser algo romántica. Para casarme soy difícil de contentar; será necesario que por el hombre al que una mi suerte tenga en el corazón tanta fe y estimación que no vacile en darle mi vida; tal ambición parece que es orgullosa. Quizá los años se encargarán de corregirme, pero hoy domina todo mi ser.

—Vuestro deseo es muy justo—contestó Adam.

Algo en él protestaba al pensar que quizá en el porvenir no la volvería a ver; tuvo una instintiva mirada hacia la forma esbelta, hacia la encantadora figura a la que el viento agitaba el oro rubio de sus cabellos.

Los dos estaban sentados sobre las rocas; el momento era propicio para una declaración, pero no se atrevió.

En este instante llegaron los demás excursionistas, y todos reunidos descendieron y se dirigieron al pueblo.

* * *

Adam prolongaba su estancia en Worthing más tiempo del que se había propuesto, y la causa de ello no era obra que la profunda emoción que Mary había producido en su corazón.

Muchas atenciones de sociedad y del arte reclamaban su presencia en Dublín. Con frecuencia recibía cartas quejándose de su tardanza en la entrega de encargos de sus artísticas obras pictóricas, recibiendo también invitaciones de sociedades y de amigos para asistir a fiestas y reuniones. Esta tardanza no podía prolongarse, siendo preciso ponerle término, so pena de quedar en mal lugar con su clientela y de aislarse completamente del ambiente en que siempre había vivido. Muchas veces intentó marcharse y otras tantas desistió, contenido por una fuerza misteriosa e irresistible. Como esta situación no debía sostenerla más tiempo, haciendo un gran esfuerzo se decidió a partir.

Últimamente el correo le trajo una carta de la baronesa de Simpson, viuda del célebre general Moore, invitándole a una fiesta que iba a celebrarse en sus salones con motivo de presentar en sociedad, por primera vez, a su hija.

Llego, pues, el día en que Adam fue a casa de Mary para despedirse.

Visiblemente emocionado, le dijo:

—Desde que tuve la dicha de verla, me ha inspirado usted una profunda simpatía, y esta simpatía aumentó con su afable trato hasta el punto de transformarse en un sentimiento más íntimo que no me he atrevido a expresarle hasta hoy.

—¿Y por qué no se decidió a expresar ese sentimiento?—replicó Mary con la sonrisa en los labios y sospechando el motivo.

—Porque—contestó él—sabía que usted tenía pendiente con William un compromiso que le impedía aceptar por el momento relaciones amorosas.

—Sin embargo—dijo Mary—, yo creo que cuando un sentimiento arraiga en el corazón no se debe ocultar, sino que, por el contrario, debe dársele franca salida al exterior y manifestado inmediatamente, cualesquiera que sean las circunstancias que concurren para que el resultado fuese un fracaso, sobre todo cuando éste no pudiera ser definitivo,

puesto que mi compromiso con William es provisional y lo que sucediese depende, en último término, de mi voluntad.

—Pues si usted lo piensa así, ¿puede darme la esperanza de que no sería imposible que llegase a corresponderme en mi vehemente anhelo de iniciar unas relaciones que conduzcan a su felicidad y a la mía?

—A esa pregunta—replicó Mary—sólo puedo contestar que la simpatía que le he inspirado es correspondida por mí con el mismo sentimiento, y que mientras no se aclare mi situación, a la cual usted ha aludido, no hay inconveniente en que continuemos nuestras relaciones de sincera amistad. Del giro que tomen los acontecimientos en el porvenir, que creo no estará lejano, depende que estas relaciones se detengan, o que se transformen en otras de carácter más íntimo, sin que pueda asegurarse lo que sucederá.

—Las palabras que acaba de pronunciar, aunque no aseguran nada, me hacen concebir la esperanza de que pronto se realizarán las ilusiones que forjó mi imaginación. Pero antes de separarnos, como recuerdo de nuestra amistad, le ofrezco el cuadro que estaba pintando cuando tuvimos la primera entrevista, que no se aparta de mi mente, en el cual se reproduce la costa y el mar de la dársena de Worthing, destacándose como figura principal la goleta “Pretty Mary”, navegando hacia la isla de la Paz.

—Mucho agradezco su delicada atención al ofrecerme el cuadro que para mí tiene un mérito de inestimable valor, no sólo por ser un recuerdo de la sincera simpatía que había nacido en aquellos instantes entre los dos, sino también por representar fielmente el momento de la salida del barco en el que mi hermano, a quien quiero entrañablemente, se encuentra cruzando el Océano.

—Ambos recuerdos—añadió—se hallan convertidos, por su extraordinario arte, en algo perenne e imperecedero en el cuadro; pero por las razones que usted comprenderá, a pesar

del inmenso valor que tiene para mí, no me parece prudente aceptarlo.

Adam, reconociendo la razón que la asistía, no insistió, lamentándose de no dejarle ningún recuerdo suyo.

—De todas maneras—continuó—ésta no es una separación definitiva, y mientras no vuelva por este pueblo, como tengo el firme propósito de hacerlo, la escribiré desde el sitio donde me encuentre, pues me sería muy doloroso renunciar a unas relaciones que tanto agradan a mi corazón.

La despedida de ambos fue muy afectuosa, quedándoles al separarse una impresión tan extraña que parecía como si les faltase algo que formase parte de su ser.

Al quedarse sola, Mary permaneció bastante tiempo pensativa. No dudaba que Adam sentía verdadero amor por ella; reconocía también en él cualidades que no había encontrado en ningún otro hombre y que pudieran realizar su felicidad; pero al pasar los recuerdos de su vida por su imaginación, flotó de repente una visión. Veía a su amigo de la infancia, a William, que pronto llegaría a Worthing y que en la entrevista que con él celebrase tendría que tomar una decisión. Como su manera de pensar en este asunto no había variado, en medio de la pena que le causaba no poder corresponder a su sentimiento, experimentaba gran alegría al pensar que no tardaría en verse libre de este compromiso.

CAPITULO VIII

EN DUBLIN

La fiesta que se celebraba en los salones del palacio de la baronesa de Simpson estaba en su apogeo. A los acordes de la música se organizaban bailes que prestaban animación y alegría juvenil a la reunión.

En el ángulo de uno de los salones se hallaba la baronesa, rodeada de sus amistadas, que pertenecían a la más rancia aristocracia. Recibía con afabilidad y distinción los saludos de todos e intervenía sin vacilación, como persona acostumbrada toda la vida al trato del gran mundo, en las conversaciones frívolas e ingeniosas que se suscitaban constantemente. Esto no impedía que, al mismo tiempo, siguiera con la mirada a su hija Elizabeth que aquella noche hacía su entrada en sociedad y que con ese motivo estaba muy acompañada y era cortejada por los jóvenes de la reunión. De pronto experimentó un estremecimiento de alegría al verla cruzar, bailando a los acordes de un vals, con Adam, el cual era considerado como un excelente partido por su abolengo, pues descendía de la antigua y noble casa de los marqueses de Alborough, por la fama que sus obras de arte habían alcanzado, y por su exquisito trato social. La satisfacción de la baronesa subió de punto cuando observó la animada conversación que sostenían y que después del vals tomaron parte, juntos, en un rigodón. Por el pensamiento de la baronesa cruzó la idea del matrimonio de su hija con Adam, y no dudaba que se hallaba en camino de realizarse, a juzgar por la intimidad con que se hablaban.

Terminado el baile, las parejas se diseminaron por el jardín, que estaba profusamente iluminado. En uno de los bancos de piedra se saltaron Elizabeth y Adam. Sofocada por la agitación del baile y excitada por el bullicio de la fiesta Elizabeth estaba verdaderamente hermosa, realzándose su belleza por su lozana

juventud. Su aire distinguido no excluía la sencilla modestia de su presencia que le prestaba nuevos encantos.

Adam, aunque acostumbrado a estas reuniones aristocráticas, sin duda por el estado especial de su ánimo en aquellas horas, subyugado por la dulzura de su mirada, por el suave timbre de su voz y por su espléndida hermosura, sintió una impresión tan honda que no pudo dejar de «expresarle su admiración.

—Está usted encantadora—le dijo,

—¿Cuántas veces ha dicho usted esa frase a las muchachas que conoce?—replicó Elizabeth.

—No puedo responderle exactamente; es posible que en circunstancias análogas a las de ahora, al encontrarme ante una belleza extraordinaria como la que usted ostenta, habré prorrumpido en exclamaciones de asombro análogas a la que usted me ha inspirado en este momento; pero lo que sí le aseguro es que mis palabras no son una lisonja, sino la expresión de la verdad.

—De todas maneras—dijo ella—, le agradezco esos elogios, que son inmerecidos, y que están dictados por la galantería; y no quiero dejar de expresarle lo felices que han sido para mí los momentos pasados en su compañía.

Después que Adam se despidió de Elizabeth fue a saludar y presentar sus respetos a la baronesa, que le acogió con sus sonrisas más benévolas.

—Hace bastante tiempo que le esperaba a usted por aquí, mi querido Adam—dijo alargándole la mano, que él besó con respeto—. Me parece que estaba usted muy a gusto en Worthing y que no tenía prisa de regresar a Dublín, donde sus buenas amistades le echaban mucho de menos.

—Efectivamente, —contestó Adam, —encontré allí asuntos interesantes para mis trabajos que me obligaron a retrasar el regreso.

—Es muy posible—asintió ella. Ahora, a ver si aplaza el momento de lanzarse a esas correrías por la costa en busca de

apuntes para sus cuadros, y se dedica a cumplir con los que, como a mí me sucede, estamos esperando con ansia ver sus obras de arte reproducidas, en los seres que nos son queridos, como es para mí el retrato de mi hija, que hace tanto tiempo que le encargué y que había empezado usted a pintar, sufriendo una larga interrupción a causa de su estancia en Worthing.

—Tiene usted razón, baronesa. Soy culpable de esta demora, que sólo su bondad sabrá perdonar, y le prometo que, para subsanar tan grave falta cometida por mí, reanudaré inmediatamente ese trabajo, en el que pondré todos los recursos de que dispongo para que salga con la mayor perfección.

—Mucho me alegrará que no ocurra nada que haga fracasar sus buenos propósitos—dijo la baronesa.

—Solamente en caso extraordinario podría impedir que cumpla mi promesa, y ese caso no se dará, probablemente.

En uno de los grupos que se habían formado se hallaba la marquesa de Livingstone, reputada como una de las mujeres más hermosas de la sociedad elegante de Dublín. La rodeaban muchos adoradores, reflejándose en ella la satisfacción que experimental» viéndose objeto de tantas muestras de admiración. Entre todos los que formaban el grupo, y que con mayor entusiasmo y asiduidad la cortejaban, figuraba el conde de Pommery, distinguido diplomático, agregado a la Embajada de Inglaterra en Rusia, de donde acababa de regresar. El conde, antes de emprender su viaje a la corte de los zares, había iniciado relaciones amorosas con la marquesa de Livingstone, que ésta secundaba con su agrado, aunque sin comprometerse a adelantar les acontecimientos, por si aparecía algún otro partido que la halagase más. Alentado por las esperanzas que ella le daba, emprendió su regreso a Dublín para formalizar estas relaciones y tratar de que su término fuese rápido y favorable a sus pretensiones. No contaba con la coquetería de la marquesa, que hacía problemáticos los cálculos sobre el resultado de las cuestiones que se le planteaban.

La marquesa, al mismo tiempo que atendía amablemente a las conversaciones del grupo en un ambiente de alegre frivolidad, lanzaba furtivas miradas al sitio donde se encontraba la baronesa de Simpson, de la cual en aquel momento, estaba Adam despidiéndose, y al notadlo se levantó y se dirigió a su encuentro, obligándole a que se detuviese.

—¡Tengo un verdadero placer en saludada, marquesa! — exclamó Adam.

—Y yo experimento una sorpresa muy agradable al encontrarle a usted aquí, como la experimentarán sus amistades, que ya iban perdiendo la esperanza de volverlo a ver. Ninguna de sus ausencias ha durado tanto tiempo como ésta, y eso obedecería tal vez a que, además de las bellas perspectivas que en Worthing ha trasladado a sus cuadros, habría otro interés.

—De ningún modo—contestó Adam.

—¿Es verdad? ¿No ha dejado allí ningún recuerdo especial?

Esta pregunta tuvo la virtud de evocar en la mente de Adam la imagen de Mary.

—No; no he dejado allí ningún recuerdo especial—contestó mintiendo, contra su costumbre.

—Me alegro, porque sospechaba que volviese usted con novia. Ahora están de enhorabuena las muchachas, entre las cuales cuenta usted con grandes simpatías. Sería lástima que se hubiese quedado por aquellas tierras tan apartadas de las nuestras que por muchos atractivos que tengan carecen del encanto de Dublín, siempre en fiestas, y que ofrece innumerables placeres a todos los que pertenecen a nuestra sociedad.

—Voy creyendo que, efectivamente, no ha dejado en Worthing nada que pudiese ejercer sobre usted una atracción irresistible, porque si fuese así, no revelaría su semblante la satisfacción que le embarga. ¿A qué obedece esa satisfacción?

—¿A qué ha de obedecer —replicó Adam—, sino al grato efecto que en mi ánimo ha producido el volver a ver a mis amigos? Mucho me acordaba de los agradables momentos que aquí se pasan y deseaba terminar los trabajos que en Worthing me detenían para reanudar mi vida de sociedad.

—Esa satisfacción —dijo la marquesa— se me figura que se la ha producido principalmente la conversación, al parecer muy interesante, que ha sostenido durante tanto tiempo con Elizabeth, prescindiendo de las demás jóvenes que se hallan en el salón.

—Si con lo que usted acaba de decir, marquesa, quiere usted insinuar que la conversación que he tenido con Elizabeth tuvo un carácter que sobrepasaba el de una conversación corriente, siento decirla que está en un error. Mis relaciones con Elizabeth no pasan de una sincera amistad y el haber estado tanto tiempo con ella obedece tan sólo al agrado que me producían sus atractivos personales y su interesante conversación.

—Pero esa asiduidad —replicó la marquesa— con una sola persona es algo sospechosa para Elizabeth y para usted, y nada tiene de extraño que los concurrentes, para los cuales no ha pasado desapercibida la actitud de Elizabeth y la suya, hiciesen sobre ellas comentarios muy sabrosos, suponiendo que no tardarían en hacerse públicas estas relaciones.

—Ya sabe usted, marquesa, con cuanta frecuencia los concurrentes a estas fiestas de sociedad se equivocan en sus prematuros juicios, y en este caso puedo asegurarle que ni a Elizabeth ni a mí nos ha pasado por la imaginación otra idea que la de disfrutar unos momentos agradables, haciéndose tan interesante nuestra conversación que se nos pasó el tiempo sin sentirlo.

Insistiendo en su opinión de que los rumores que acerca de esto habían circulado por los salones de la casa de la baronesa no carecían de fundamento, se despidió de Adam, no sin antes

dejar de dirigirle una penetrante y dulce mirada acompañada de una alegre sonrisa.

Al separarse formó el propósito de hacer fracasar las relaciones que ella creía habían empezado entre Adam y Elizabeth, y discurriendo el medio da que se valdría para conseguirlo se retiró a su palacio.

¿Qué objeto se proponía con esta actitud? ¿Estaba enamorada de Adam? ¿Obedecía, por el contrario, a un instinto de maldad que la arrastraba a destruir la dicha de sus semejantes? Estas dos versiones eran posibles; la primera, sería disculpable; la segunda, despreciable; la primera, estaría inspirada por el amor; la segunda, por la envidia y, como consecuencia, por el odio.

Al día siguiente, cuando Adam se despertó, vino a su imaginación, la fiesta a que había asistido y la grata impresión que le había producido Elizabeth.

Ahora, libre de la influencia de sus atractivos, su imaginación recobró la libertad y voló hacia Worthing, fijándose en la deseada figura de Mary, a la cual había sido infiel durante la fiesta, pues si bien no tenía expreso compromiso con ella, lo tenía tácito, puesto que se habían acercado sus corazones, quedando en realidad diferida la expresión de un afecto más íntimo hasta el momento, que no estaba lejano, de que las causas que lo impedían desapareciesen.

Desvanecida esta preocupación y fijo su pensamiento en Mary, le escribió lo siguiente:

"Querida Mary: Después de despedirme de usted, su imagen no se separó un momento de mí, acompañándome a todas partes durante el viaje, y desde que llegué a Dublín teniéndola presente constantemente en todas las ocasiones, en las horas que dedico al estudio inspirándome en mis trabajos y en las fiestas a las que me veo obligado a concurrir, no porque tenga gusto en ello, sino por la necesidad de no apartarme de la sociedad y para distraerme de la pena que me produce el

hallarme tan lejos de usted y no saber cuándo será el día en que tendré la inmensa dicha de volver a verla, reanudando con mayor intensidad y haciendo más íntimas nuestras relaciones de amistad.

"Con esta ausencia, el afecto que por usted he sentido desde que la conocí se ha arraigado más en mi corazón y no se aparta nunca de él.

"Estoy deseando vivamente recibir su carta, en la que me manifieste que ya puede disponer libremente de su voluntad; porque ella será la alegre mensajera de mi dicha. La incertidumbre en que me encuentro del giro que tomarán nuestras relaciones produce en mi ánimo un estado de intranquilidad y excitación que me atormenta constantemente. Por eso le ruego que tan pronto pueda calmar mi ansiedad me lo comunique.

"Con la esperanza, que siempre tengo fija en mi mente, de que lo que constituye el ideal de mi vida llegará a realizarse, sabe que la quiere siempre y no la olvida ni un momento. Adam".

* * *

Transcurridos algunos días desde que Adam había escrito a Mary le extrañaba sobremanera no haber recibido todavía contestación a su carta. ¿Sería debido a que en ella hubiese disminuido su afecto? ¿Obedecería la tardanza al regreso de William, y que, en su consecuencia, viese en el amigo de su infancia la persona elegida para hacerla feliz?

Preocupado con tales pensamientos, recibió una invitación de la baronesa de Simpson para tomar el té en su casa. A esta invitación no podía negarse, y además, la distracción que eso le proporcionaría sería un eficaz calmante para el estado intranquilo de su ánimo, alejando de él los temores que le infundía el silencio de Mary.

En la casa de la baronesa se encontró rodeado de un círculo de amigos que más o menos embozadamente aludieron a la preferencia con que distinguía a Elizabeth y a la complacencia con que ella le correspondía. A esto contestaba que los acontecimientos no iban tan deprisa como imaginaban y que sus citaciones se reducían, a un afecto de pura amistad, sin otra trascendencia.

De nada valieron estas palabras y pronto corrió por la reunión, con expresiva satisfacción de la baronesa, la noticia de que no tardarían en hacerse oficiales las relaciones de su hija con Adam.

¿Qué pensaba de todo esto Elizabeth? ¿Estaba enamorada de Adam? Nada podía asegurarse; experimentaba, sí, por él-un tierno afecto de simpatía y sabía que, por las cualidades que le adornaban, cualquiera de las jóvenes a la que se dirigiese, por elevada que fuese su posición, no lo rechazaría y, por el contrario, muchas lo aceptarían sin vacilación.

La realidad era que todavía no se había transformado la amistad en el movimiento irresistible que acerca dos corazones por el amor, pero en eso no se fijaba la sociedad, que seguía extendiendo la opinión de que no tardarían en hacerse públicas estas relaciones, llegando algunos a asegurar que ya existían, aunque en secreto; y rodando y aumentando la bola de nieve, llegó hasta las redacciones de los periódicos de la localidad; uno de ellos, en su sección dedicada a las noticias de sociedad, intercalaba la siguiente:

“Háblase de que en fecha próxima será pedida la mano de la bella hija de una baronesa que recientemente ha sido presentada en sociedad, para un inteligente y afamado pintor de ilustre abolengo”.

Esta noticia, que leyó Adam en el periódico, no le produjo la mala impresión que podría suponerse al ver que con ella se pronosticaban acontecimientos que ni de cerca ni de lejos habían pasado por su imaginación, pero ante el desaliento que le causaba el silencio de Mary, atribuyéndolo a causas que le

hacían sospechar de que su afecto persistiese, se encontraba en una disposición de ánimo propensa a la indiferencia.

Durante la reunión conversó con Elizabeth tan afablemente como durante la fiesta nocturna de su presentación en sociedad, admirando su belleza y su amable trato, corm-ipondiendo ella en !>a misma forma y procurando él así distraer su imaginación de la que no se apartaba nunca el recuerdo de Mary.

Estos deliciosos momentos que estaban disfrutando fueron interrumpidos por la marquesa de Livingstone, que se acercó a ellos para invitarles a una partida de whist. Aceptaron, y se organizó el juego, echando a la suerte para saber quiénes habían de ser compañeras, correspondiendo serlos la marquesa y Adam contra Elizabeth y él conde de Pommery.

Durante el juego procuró la marquesa que se cruzasen frases relativas a las nacientes relaciones de Adam con Elizabeth, y tan marcado interés mostraba en suscitar este asunto, que el conde, adorador constante de la marquesa, llegó a sospechar si ésta tendría interés especial por Adam, revelándose en el gesto de su semblante y en las palabras que pronunciaba, el mal efecto que le causaba la asiduidad de la marquesa; el malestar aumentaba al ver que Adam, esquivando una afirmación que pudiera comprometerle con Elizabeth y para convencer a todos de lo infundado de sus sospechas, extremaba las atenciones y amabilidad con la marquesa, dirigiéndole frases de elogio alusivas a su extraordinaria belleza.

Terminó el juego resultando que la partida había sido ganada por elí conde y por Elizabeth; al ver esto la marquesa, exclamó alegremente:

—Afortunados en el juego, desgraciados en amores, y como nosotros —agregó— hemos perdido, si es verdad el refrán, tenemos que ser afortunados en el amor.

La locuacidad de la marquesa era extremada y llamaba la atención, pues no tenía costumbre de ser tan expresiva. La

contrariedad producida en el conde por las insinuaciones de la marquesa fue en aumento y Elizabeth, aunque procurando dominarse, no dejó de traslucir su disgusto, no por celos al sospechar que la marquesa estuviese enamorada de Adam y que por eso tratase de entorpecer las relaciones, porque tal sospecha no la preocupaba desde el momento que sus sentimientos por él no tenían ese carácter, sino porque estando la marquesa como los demás concurrentes a la reunión, en la creencia de que esas relaciones se hallaban en camino de ser más íntimas y de llegar a convertirse en relaciones amorosas, parecía que ponía los medios para que fracasasen; ¿por su propio interés?, ¿por el gusto de hacer mal? Fuese por lo que fuese, si la intención de la marquesa prosperase y diese los resultados que al parecer buscaba, quedaría Elizabeth en una situación desairada, como vencida por una rival, y eso en una joven de tan relevantes condiciones, perteneciente a la buena sociedad irlandesa, revestía caracteres de suma gravedad.

CAPITULO IX

LA BORRASCA

Al desaparecer en el horizonte la Pretty Mary, se encontró en alta mar navegando con todo su velamen desplegado, empujado por la brisa favorable del Nordeste, que presagiaba una travesía excelente. Esta brisa persistía, llenando de optimismo los corazones de los navegantes.

Gran júbilo sintió John al verse llevado por su barco a través de aquel mar un poco agitado. Sin embargo, algunas veces le preocupaba la idea de aquellos abismos, que no tenían más que abrirse para tragar el barco que constituía toda su fortuna. Mas ¿por qué le asaltaba esta preocupación que nada justificaba? La Pretty Mary era un barco sólido, un velero excelente que se comportaba muy bien en el mar.

La brisa del Nordeste se mantuvo hasta las tres de la tarde del día 2 de Mayo, disolviendo las nubes de las altas zonas de la atmósfera, después de doce días de navegación, por lo que el velero debiera hallaras a pocas millas de distancia de la isla de la Paz, aunque todavía no había sido señalado di faro del puerto próximo.

Entre las cuatro y las cinco de la tarde, la decoración cambió repentinamente; se observó una fuerte depresión atmosférica; gruesos pelotones de vapor comenzaron a rodar hacia el Este. Bien pronto tomó el cielo mal aspecto; las nubes, de líneas duras y contornos espesos, venían con gran rapidez; un temporal impetuoso se estaba formando.

—No me guata esto —dijo el capitán volviéndose hacia el Oeste.

De pronto la Pretty Mary sufrió un violento vaivén a impulsos de una ola gigantesca; el timón tenía ya poca acción y gobernarle llegó a ser difícil. De vez en cuando las rachas del Este llegaban con más frecuencia, levantando el agua

pulverizada de la superficie del mar; en el horizonte se extendían las nubes, a las que los rayos del sol, que declinaba, hacían aparecer más negras por contraste; al aspecto era amenazador.

El capitán tomó las precauciones que la prudencia demandaba y dispuso las maniobras convenientes para hacer frente a la tempestad; de nada le valió; el huracán asaltaba la *Pretty Mary* desplegando una impetuosidad devastadora.

Desde la caída del sol ensombrecióse profundamente el cielo; en un instante el barco fue sacudido de la quilla a los mástiles; las olas, contrariadas en su ondulación, se precipitaron a la vez sobre adelante y sobre los costados del buque cubriéndole de espuma. Todo fue trastornado desde el cabrestante hasta el timón, llegando a ser difícil mantenerse en el puente; el timonel tuvo que sujetarse y los marineros se resguardaron en el castillo de proa; la impetuosidad del viento arrastró el buque mar adentro a muchas millas de distancia.

Las cosas tomaban un aspecto muy grave; en vano él capitán había intentado colocar el barco de forma que sólo presentase la proa a las olas; por desgracia el pequeño foque y el contrafoque, así como el palo bauprés, fueron arrebatados; una hora después los masteleros, las vergas y las velas mayores, gaviás y juanetes se vinieron abajo; bruscamente el buque se acostó sobre estribor.

El capitán, en la imposibilidad de enderezar la goleta y temiendo que se hundiera, hacía sus preparativos para abandonarla; se descendieron dos chalupas al mar; preciso era embarcar sin perder un minuto.

John lo comprendió al oírse llamar por el capitán. ¿Abandonar la goleta? —se decía— No, ¡esto no podía ser! Tenía a su lado a William, a quien le expuso su firme propósito de arrostrar el peligro siguiendo la suerte del barco; éste, unido a él por el fuerte lazo de una amistad de toda la vida, le replicó que tampoco abandonaría el barco.

Viendo que no respondían, el capitán recorrió todos los departamentos del barco que en aquellos momentos eran accesibles, sin encontrarlos; los llamó a gritos repetidas veces, los marineros también los llamaban dando voces de alarma. La catástrofe era cada vez más inminente; fuertes olas arrasaban la cubierta destruyéndolo todo; el barco acababa de inclinarse bajo un formidable golpe de mar, siendo de temer que se volviese con la quilla al aire. No había tiempo que perder. Puesto que John y William no respondían, era de suponer que indudablemente habían sido arrastrados por las olas.

Al observar que la goleta empezaba a sumergirse, la tripulación, los pasajeros y el capitán se precipitaron en las chalupas de salvamento; fueron largadas en seguida las amarras y se alejaron rápidamente para no ser devorados por el remolino que formaría el barco al hundirse.

John y William estaban amenazados de ser víctimas del mar enfurecido. Sin embargo, sentíanse sostenidos por un extraordinario presentimiento de confianza. ¡Qué ideas les asaltaron!

Por última vez quizá, pensaban en los seres que amaban; John en su hermana y en su prometida, William en Mary, imploraron socorro de Dios. La inclinación de la banda de la *Prety Mary* no se acentuaba, el hundimiento se detuvo, lo que alejaba todo peligro inmediato. Por fortuna el casco estaba sólidamente construido y pudo resistir a los embates del temporal, que al poco tiempo empezó a calmarse.

A lo lejos no se divisaba ni un barco, ni una lancha de pesca, ni señales de tierra. El viento ya no era tan impetuoso y el mar estaba tranquilo. Como la temperatura era muy baja descendieron al camarote; fatigados por aquellas horas de angustia, incapaces de resistir al sueño, se envolvieron en las mantas y tendidos, no tardaron en dormirse; su sueño duró hasta la mañana del siguiente día; al despertar se encontraron en alta mar, sin divisarse señal alguna de tierra en el horizonte. Con los instrumentos marinos y con las cartas geográficas que

se habían salvado del naufragio, fijaron da situación del barco y vieron que la costa debería hallarse próximamente a 200 millas de distancia; si el barco hubiese conservado la arboladura, esta distancia, con viento favorable, la salvaría en tres días; pero sin gobierno el buque y hallándose a merced solamente de las olas y de los vientos que dominasen y que lo empujarían en todas direcciones, no podían imaginar cuanto tiempo se prolongaría esta angustiosa situación.

Por de pronto, como disponían de víveres abundantes que les permitirían resistir bastante tiempo, no perdían la esperanza completamente de encontrar algún barco que los salvase.

Así transcurrieron varios días, hasta que en la madrugada del 30 de Mayo vieron con inmensa alegría que, con velas desplegadas y empujado por un viento favorable, se dirigía hacia el lugar donde ellos se hallaban un bergantín que no tardó en abordar al barco náufrago, saltando sobre su cubierta el capitán y parte de su tripulación. Después de enterarse de lo ocurrido a los náufragos, el capitán les manifestó que el bergantín que mandaba pertenecía a Richard Smith, dueño de los principales astilleros de Roclland, capital de la nación de la Paz, y que a este puerto se dirigía, a donde pensaba llegar pronto. Al oír esto, en medio de las penalidades que habían padecido, tuvieron el consuelo de saber que no tardarían en pisar tierra firme.

Inmediatamente, el casco de la Pretty Mary, cargado con los restos de la arboladura y velamen destrozados que habían quedado sobre cubierta, fue remolcado por el bergantín, y después de dos días de travesía entraba en la bahía, dirigiéndose al muelle, donde atracaron.

Los vientos favorables que dominaban cuando la goleta zarpó del puerto de Worthing, auguraban que arribaría felizmente a la isla de la Paz en menos de dos semanas. Pero transcurridos más de treinta días sin recibir noticias de su situación, ni directa de los que en ella navegaban, ni indirecta de las tripulaciones de los barcos que seguían

aproximadamente la misma ruta y que hacían escala en el puerto de Worthing, era motivo para temer que la goleta había sido destruida por algún temporal, pereciendo todos los que en ella navegaban.

Pensando en esto John, y en la ansiedad y el desaliento que como su consecuencia afligirían a su hermana y a su prometida, las cuales seguramente habían perdido la esperanza de que William y él se hubiesen salvado, lo primero que hizo al desembarcar fue dirigirse rápidamente a la estación telegráfica, transmitiendo a Mary y a Emma un cablegrama en el que les participaba la terrible noticia del naufragio y su llegada con William a Roclland.

CAPITULO X

SITUACION DE JOHN

El fruto de incesante trabajo de toda su vida lo vio John desaparecer bajo las olas; se encontraba arruinado, sin recursos para volver a su patria y aunque alguien le facilitase el pasaje para su regreso, ¿qué había de hacer allí, sin medios para levantar su casa destruida entre las ruinas del desastre? En Worthing se encontraría con los negociantes que le habían proporcionado el material para la construcción de la goleta y, aunque antes de partir había liquidado con todos, quedaban algunos con los que tenía deudas pendientes que no podría satisfacer. Una solución sería la declaración de quiebra, situación legal cuando, como sucedía en este caso, la quiebra sería de buena fe. Pagando a sus acreedores con lo que importase la venta del astillero de Worthing, con todas las dependencias, maquinaria y enseres, no alcanzaría a cubrir la cantidad que adeudaba; sin embargo, los acreedores tendrían que conformarse con la parte proporcional que les correspondiese, por tratarse de una quiebra legal.

Pero eso no lo quería John. Sus nobles sentimientos le aconsejaban aún, a costa de los mayores sacrificios, saldar todas las deudas íntegramente. ¿Cómo hacer? Por más que discurría, no encontraba solución.

Lo único positivo en aquellos momentos era que se había quedado sin recursos para hacer frente a la vida, viéndose obligado a ganar el sustento con el producto de su trabajo, habiendo descendido fulminantemente desde la posición que antes ocupaba en floreciente prosperidad, hasta la de un humilde obrero.

Otra solución que se le ocurrió consistía en ver si encontraba comprador para la parte del barco que había quedado aprovechable, y con el producto de esta venta,

añadido al que sacase de la venta de los astilleros de Worthing, saldar completamente las deudas; esta sería la mejor solución. Había necesidad de un guarda permanente en el barco, pues si lo dejase sin vigilancia correría el peligro de ser despojado y deshecho por la gente de mar, que encontraría a su bordo materiales y objetos útiles para sus embarcaciones, pero no tenía medios de pagar a este guarda.

* * *

Antes de decidir lo que tenía que hacer se dirigió a los astilleros de Richard Smith, para dar las gracias al capitán del bergantín y abonarle la prima que por el salvamento de la *Pretty Mary* legítimamente le correspondía. En el momento de llegar John, se hallaban reunidos en el despacho de los astilleros el dueño de éstos y el capitán, que lo recibieron con la mayor afabilidad.

Mr. Smith, ya enterado del desastre de que John era víctima, compadecido de su terrible situación, le dijo que no le cobraba nada por el salvamento del barco, el cual podía tenerlo en uno de los diques de los astilleros mientras no decidía el destino que le iba a dar.

La simpática presencia de John, su energía y la bondad que se reflejaba en su semblante acabaron por interesarle, y comprendiendo por las explicaciones que daba que poseía grandes conocimientos de construcción naval, le propuso que ingresase de empleado en su casa para desempeñar el cargo de jefe de uno de los talleres, a lo que John accedió alegremente dando vivas muestras de su profundo agradecimiento.

Con esto la situación de John se hallaba despejada, viviría con su trabajo; no dudaba que con fuerza de voluntad y con perseverancia iría mejorando su posición, y el porvenir, más o menos lejano, no se le aparecía tan negro.

Transcurridos algunos días, empezó a dar los pasos necesarios para realizar la venta del casco con todo lo que

contenía. Puso en conocimiento de Mr. Smith su propósito y éste lo encontró bien, pero adviniéndole que estuviese prevenido contra cualquiera maniobra de los compradores que intentasen quedarse con el barco por un precio muy inferior a su valor real.

—Yo creía —dijo John— que en esta nación, fundada en el amor y en la justicia, no existiría la mala fe en los negocios.

—No sé —contestó Mr. Smith— si en las demás naciones se vive mejor o peor que en ésta, pero puedo asegurarle que aquí hay vicios y virtudes lo mismo que en todas partes; por consiguiente debamos ponemos en guardia contra la gente que obra mal.

Se anunció la venta en pública subasta de este barco, fijando un precio determinado para que los licitadores pujasen y adjudicarlo al que ofreciese mayor cantidad. En estas subastas, como en todos los negocios, suele aparecer embozado el espíritu del mal y en ésta se reveló al reunirse previamente los postores que pensaban tomar parte en la subasta, los cuales se pusieron de acuerdo para conseguir la compra, no por un precio prudencial, sino usurario. Con tal objeto sus ofertas no llegaron al tipo marcado y como a un precio inferior no tenía el vendedor obligación de adjudicarlo, se declaró desierta la subasta y se anunció la segunda sin precio tope.

La primera parte del juego había salido bien a los licitadores confabulados. En la segunda subasta, no habiendo competidores, podrían adquirir el barco por el precio que se les antojase, que sería seguramente muy inferior a su verdadero valor, perjudicando así al vendedor con este procedimiento que podía calificarse de robo.

Sospechando esta maniobra Mr. Smith delegó en un empleado suyo de su confianza para que en el momento que esas aves de rapiña se dispusiesen a echarse sobre su presa las rechazase, pujando el precio hasta una cantidad que fuera razonable.

En efecto, los postores trataron de llevar a cabo su combinación y cuando parecía que lo iban a conseguir, se les escapó la presa de sus garras y tuvieron que retirarse abochornados al ver fracasados sus innobles intentos.

Después de esto Mr. Smith llamó a Adam a su despacho de los astilleros y allí tuvo una entrevista con él

—No estoy arrepentido —le dijo— de la compra que hice en la subasta, a la que acudí más que por afán de lucro por salvarle del atropello que los licitadores pensaban cometer; pero antes de entregarle la cantidad que ofrecí voy a hacerle una proposición para que la medite y resuelva, con arreglo a lo que su criterio le aconseje. Esta proposición consiste en que entre los dos formemos una sociedad, que tendrá por objeto reconstruir y después explotar el barco. Este, aunque ha sufrido desperfectos de consideración, está en buenas condiciones para reconstruirse; el casco, la cubierta y todos los compartimientos han permanecido intactos, habiendo resistido a la violencia del temporal. La reparación será costosa, pero vale la pena de emprenderla, porque las utilidades que pudieran obtenerse cuando el barco estuviese apto para navegar compensarían con exceso los gastos que se originasen; pero antes de hacerlo por mi cuenta solamente quiero saber si estaría dispuesto a que lo hiciésemos entre los dos, formando la sociedad que le indiqué. Aportaría usted su buque tal como hoy se encuentra y yo suministraría los fondos necesarios para su reconstrucción. Cuando se terminasen los trabajos de reparación y construcción, y tan pronto fuese lanzado el buque al mar, lo dedicaríamos al transporte de viajeros y mercancías; las utilidades empezariamos a percibir las, cada uno en la proporción que le correspondiese, después que el capital empleado en ellos hubiese sido amortizado, que yo calculo sería dentro de dos o tres años.

Ante esta proposición vio John abierto el cielo de sus esperanzas. Contemplar dentro de poco tiempo a su goleta *Pretty Mary* balanceándose en las olas, era un sueño, pero

sueño que podía convertirse en una realidad. No pidió tiempo para reflexionar, sino que aceptó en seguida la proposición de Mr. Smith, a quien le expresó al mismo tiempo un profundo reconocimiento por todo cuanto había hecho en su favor.

CAPITULO XI

PREOCUPACIONES DE ADAM

Hallándose Adam en su casa pensando en las causas que hubiesen motivado el prolongado silencio de Mary recibió carta de ésta, que se apresuró a leer, y, que decía así:

“Mi querido amigo: Grande es mi satisfacción por las frases de simpatía y amistad que hacia mí expresa en su carta. Estas frases de sincero afecto, son un lenitivo a los sufrimientos de que soy víctima en los actuales momentos. Mi retraso en contestarle ha sido debido a la fuerte impresión que me produjo la noticia del naufragio de la goleta Pretty Mary, no sólo porque ocasionó la ruina de mi casa, quedando mi hermano y yo desamparados, sino también por las angustias que pasé hasta cerciorarme de que mi hermano había salvado su vida. Todo esto produjo en mí tan penosa impresión que en dos primeros días no pude ocuparme de nada, pensando en mi situación y en la manera de normalizar mi vida.

”Mi situación, aunque triste, no es desesperada, pues no pierdo la esperanza de que podré vivir con el producto de mi trabajo. Estos reveses de fortuna no me afectan mucho, porque tengo plena confianza en mis fuerzas y en mi voluntad para dominar todas las contrariedades que se presenten.

”La diferencia en mi posición, antes y después del naufragio, no la sentiré más que en el método de vida que tengo que adoptar. Antes podía vivir holgadamente y disfrutar de ciertas comodidades; ahora, no tendré esas comodidades y me veré obligada a trabajar para ganar el sustento. ¿Es esto una desgracia que pudiera producir mella en mi ánimo? De ninguna manera. Las privaciones que tendré que soportar no me causarán ningún malestar y el trabajo que ahora voy a efectuar, aunque con más frecuencia y sujeción que antes, no me arredra, porque en una forma o en otra siempre he trabajado, no

habiendo permanecido nunca inactiva. Este descenso tan rápido en mi fortuna, estoy segura que no influirá en el afecto que siempre me ha demostrado, como no influiría en el que yo le profeso, cualesquiera que fuesen las circunstancias prósperas o adversas en que usted se encontrase; mis sentimientos no variarán nunca y siempre conservaré grato recuerdo de las agradables entrevistas que hemos tenido. Mary.

Cuando terminó la lectura de esta carta, se reflejó en el semblante de Adam una gran satisfacción, al convencerse de que el silencio de Mary estaba justificado, porque obedecía a un motivo grave y porque las manifestaciones que hacía en su carta alejaban sus temores de que ella hubiese variado de actitud.

Si se dejase llevar de sus primeras impresiones, emprendería inmediatamente el viaje a Worthing, para consolarla en su desgracia y para que los sentimientos de amor que, sin duda, en sus dos almas permanecían ocultos, se desbordasen y los hiciesen felices.

La imagen de Mary se había fijado en su mente y lo dominaba. Se apresuró Adam a contestar a Mary lo siguiente:

“Mi querida Mary: Hace bastante tiempo que esperaba su contestación a mi carta; no sabía a qué atribuir su prolongado silencio y por mucho que trataba de averiguar su causa, no acertaba a explicarme esta tardanza. Muchas dudas me asaltaban. ¿Había empezado a entibiarse el afecto que sentía usted por mí? Me resistía a creer que eso 'sucudiese, porque comparando sus sentimientos con los míos, no considerando los de usted inferiores a los que yo experimento, me parecía imposible que aquella suposición se realizase. ¿Habría regresado William, y en su entrevista con él el afecto fraternal que ambos sentían se había transformado en algo más profundo, que la indujese a desviar su imaginación del afecto que por mí sentía, quedando reducido al de una sincera amistad, perdiendo yo de este afecto lo que William había ganado? Estas y otras dudas asaltaban mi imaginación, basta

que su carta vino a desvanecerlas y a convencerme de lo infundado de mis sospechas. Nada tenía de extraño que la horrible desgracia de que era víctima, le hubiese quitado los ánimos en los primeros momentos de tener conocimiento de ella, para ocuparse de otra cosa que de pensar en su triste situación. Su silencio, por consiguiente, estaba plenamente justificado, por lo que le ruego que me dispense si estuve a punto de dudar de su cariño, que ahora estoy seguro que no ha mermado en do más mínimo. Siento vivamente la tremenda desgracia que le aflige y quisiera encontrar el medio de consolarla, ofreciéndome sinceramente con toda mi alma para aliviarla o remediarla.

"Cuando termine algunos trabajos de carácter urgente de que me estoy ocupando, emprenderé inmediatamente el viaje a Worthing para tener el placer de verla y expresarla personalmente mis sentimientos hacia usted, que siguen siendo los mismos que en nuestras entrevistas le he hecho comprender.

"En cualquier momento, en cualquiera ocasión podría estar segura de que acudiría instantáneamente en su auxilio, si los servicios que pudiera prestarle le fuesen útiles.

"Adiós Mary; sabe que nunca la olvida. Adam".

Después de escrita esta carta una idea cruzó por su mente, como negra nube que oscurecía el resplandor de su ilusión, que le hizo exclamar:

—¿Y William? ¿Había regresado? ¿Se habían, por fin, puesto de acuerdo? ¿Por qué Mary no le decía nada de esto?

Esta duda le atormentaba, siendo causa de que su primer impulso de volar hacia Worthing se contuviese.

CAPITULO XII

CONSTERNACION EN WORTHING

En el pueblo de Worthing, por los barcos que arribaban al puerto y que habían seguido la misma ruta de la "Pretty Mary" o que se habían cruzado con ella, se enteraban de su situación y de la marcha que llevaba. Nada hacía sospechar que le ocurriese el menor contratiempo. Sin embargo, cuando transcurrieron quince días desde su salida sin tener noticias de su llegada, las familias de los tripulantes y pasajeros empezaron a sentirse intranquilas, siendo dominadas por una ansiedad que subió de punto cuando los semáforos anunciaron fuertes temporales y ciclones en las aguas por donde navegaba; todos temían que hubiese ocurrido una catástrofe.

Estos temores fueron confirmados al recibir Mary, el día 28 de Mayo, el siguiente cablegrama:

"Barco sufrió fuerte temporal que le causó grandes destrozos, habiéndose hallado en inminente peligro de hundirse y quedando sólo el casco. La tripulación y los pasajeros, para librarse de perecer ahogados, pues observaron que el barco se hundía cada vez más, lo abandonaron, alejándose de él en dos chalupas y quedándonos solamente nosotros. Fuimos remolcados por un bergantín hasta el puerto de Roelland, de la isla de la Paz, donde desembarcamos a las nueve de la mañana.—John y William."

Pronto se extendió esta terrible noticia por todo el pueblo; la angustia que experimentaban las familias de los demás naufragos fue inmensa, pues, probablemente, víctimas del temporal, habían perecido todos.

Estas familias acudían diariamente a los muelles, interrogando a los marinos de los barcos que entraban en el puerto si sabían algo que hiciera concebir en ellas la esperanza de volver a ver a sus seres queridos; pero los días transcurrían y

nadie traía la menor consoladora noticia; con profundo dolor tuvieron que sufrir la pena de que ya no podían contar con ellos en este mundo.

Many no perdió la serenidad; es verdad que la desgracia para ella no fue tan irremediable, porque su hermano pudo salvar la vida, aun cuando, seguramente, el naufragio había arrebatado la fortuna que a ambos pertenecía; pero con la fuerza de voluntad y con la actividad, que eran las características de ella y de John, podrían, con el tiempo, rehacerla, y, si no lo consiguiesen completamente, no había motivo para preocuparse, pues los dos eran de tal condición, que se amoldaban sin violencia a todas las situaciones en que se encontrasen, por adversas que fuesen.

Algunos de los parientes próximos de las presuntas víctimas del naufragio, pensando en la inmensa desgracia que les afligía y buscando con la imaginación las causas del tremendo desastre, llegaron a sospechar que las condiciones marineras del barco fuesen deficientes. Una vez acogidos a este aventurado juicio, al que le daba más fuerza la posibilidad de que fuese cierta la consideración de que otros naufragios habían ocurrido por la misma causa, hacían recaer la culpa de su desgracia en el dueño del barco, y no, como sería natural en la furia de los elementos desencadenados, de una tempestad ante la cual los barcos más resistentes tienen que sucumbir, ni en la temeridad de sus familiares, que habían emprendido un viaje expuesto a semejantes peligros.

Esta idea se extendió por todo el pueblo, y así como antes la casa de John se veía diariamente muy concurrida por todos los que se interesaban por la suerte de la goleta, para adquirir noticias y cambiar impresiones sobre la situación en que se encontraba, se vio de pronto abandonada, haciéndose el vacío alrededor de Mary, que al darse cuenta de los motivos de tal desvío no pudo por menos que sufrir un intenso dolor; a su mente acudían muchos razonamientos que llevaban a su ánimo la convicción de que cuantos pensaban así se equivocaban

completamente. ¿Sería posible que el buque estuviese mal construido? Eso no lo podía concebir. Ella presenció todas las operaciones que se llevaron a cabo para su construcción; la mano de obra y el ajuste de todas las piezas no podían ser más perfectos; el material era del más resistente, y como prueba decisiva de lo infundado de las sospechas que habían impresionado a las familias de los náufragos bastaría la fama que de bueno y excelente constructor había adquirido John, gracias a lo cual los talleres de su astillero eran siempre preferidos por todos los que tenían necesidad de los trabajos que en esta dase de talleres se realizaban.

Estas consideraciones, si es verdad que convencían a Mary de lo infundado de tales sospechas, no la tranquilizaban completamente en los primeros momentos, porque sabía que, lanzada imprudentemente una especie que perjudique a un buen nombre noblemente adquirido, difícilmente desaparece, por muy sólidas que sean las razones aducidas para destruirla; siempre queda la duda, que germina con frecuencia en los que piensan mal, y esta duda sigue dañando implacablemente a las personas injustamente calumniadas, que se ven impelidas a sufrir constantemente sus consecuencias.

Esto le pasaba a Mary; pero como se trataba no de una mujer vulgar, sino de un ser excepcional con una fuerza de voluntad y una entereza que se sobreponía y hacía frente a todas las adversidades, por crueles que fuesen, examinó serenamente su situación, y pensando que el tiempo acabaría por darle la razón y que la verdad se abriría paso a través de esa atmósfera hostil que se había formado a su alrededor, se decidió a esperar con tranquilidad los acontecimientos.

La situación- de Mary no podía ser más dolorosa. El porvenir risueño que antes esperaba, transformado en un porvenir de penalidades y de incertidumbres; para poder subsistir tenía que buscar trabajo, y para agravar tan desesperante situación, la calumnia que se cernía sobre su hermano, la cual sería un obstáculo para que en el pueblo

pudiese encontrar el trabajo que necesitaba, viéndose en la precisión de abandonarlo para poder vivir y para huir de la atmósfera malsana que en él respiraba en aquellos momentos.

CAPITULO XIII

NOTICIAS DE ROCCLAND

Algunos días después de recibir Mary el cablegrama con la fatal noticia del naufragio de la goleta, recibió la carta de Adam, que en medio de su pena fue un rayo de consuelo. No estaba su ánimo para contestarla en seguida, y antes de hacerlo quena ver la verdadera situación en que quedaban los dos, y también la actitud de William después de los desgraciados acontecimientos ocurridos. Esperaba carta de su hermano, en la que éste aclarase la situación en que quedaban. Llegó, por fin, la ansiada carta; en ella, John, después de hacer una relación detallada y minuciosa de las desgraciadas peripecias por que había pasado y de las penalidades que había sufrido, le hacía ver la desastrosa situación presente, que le obligaba a vivir con el sueldo que tenía asignado en los astilleros de Richard Smith, y la esperanza que tenía de que, si la suerte le favorecía en el porvenir, consiguiese ver rehabilitada su fortuna, agregando lo siguiente:

“En la isla de la Paz no existe la paz, puesto que ha estallado en ella una guerra civil de graves proporciones, y esa guerra fue declarada porque en dicha isla no se disfruta del bienestar que pregonaban los pacifistas de Worthing, teniendo las personas los mismos vicios y virtudes, las mismas pasiones buenas y malas que en cualesquiera otra parte del mundo. Esa paz tan deseada no aparece en ninguna parte de una manera permanente, sino transitoria.

” William piensa demorar su regreso a Worthing, prefiriendo continuar algún tiempo en Roclland para enterarse de la organización de los trabajos y de los perfeccionamientos introducidos en la construcción de los barcos, con el objeto de aprovecharlos después en su astillero. Me extraña que no te haya vuelto a hablar del afecto que sentía por ti, por lo que

deduzco que su interés ha decaído. ¿Por qué? ¿Será acaso por vernos arruinados? Me resisto a creerlo en este amigo tan antiguo, con el que nos une un cariño verdadero y sincero; pero no dejo de admitir que el egoísmo, tan extendido por el mundo, hubiese envenenado su corazón. Sin embargo, no me atrevo a asegurado. Otra debe ser la causa.

Supongo que no te afligirás por este desengaño, porque me parece que no estabas muy dispuesta a corresponderse."

Mary no se inmutó al terminar la lectura de la carta. Antes de recibirla ya se había imaginado toda la magnitud del desastre de que habían sido víctimas, y como por su entero carácter nada había que quebrantare su ánimo, se propuso hacer frente con serenidad a cuantas adversidades se presentasen.

Lo que la sorprendía, por lo inesperado, era el brusco cambio de actitud de William, que no armonizaba con el hondo afecto y las incesantes protestas que le había hecho de su inmenso cariño; pero eso no le apenaba, porque un secreto instinto le decía que ese no era el hombre que pudiera hacerla feliz, y, creyéndolo así, fue el motivo que le indujo a aplazar su decisión.

* * *

El mismo día que recibió Mary una carta de su hermano, recibió también otra Emma, en la cual le decía:

"Mi querida Emma: Ya estarás enterada por Mary de que los embates del destino se han lanzado contra mí, destruyendo la tranquilidad de que disfrutaba y el capital que durante toda mi vida había ido formando.

"Mis sentimientos hacia ti no han experimentado variación alguna, ni la experimentarán nunca, cualquiera que sea la posición que llegue a tener, próspera o adversa, y sigo con el convencimiento de que el día más feliz de mi vida sería aquel en que tu suerte se uniese con la mía; pero comprendo que esta felicidad quizá no esté reservada para mí ante la fatalidad de la

desgracia de que he sido víctima. Estoy arruinado y para vivir tengo que volver a trabajar como cuando carecía de fortuna.

”Ante este gran infortunio, no pudiendo ofrecerte hoy ni siquiera un mediano pasar, por presentármese el porvenir muy incierto, e ignorando el tiempo que durará esta situación tan angustiosa, siendo para mí muy doloroso que te expusieras a compartir mi desgracia, oprimiéndome el corazón, te dejo en libertad de desligarte del compromiso que tienes contraído conmigo. Un abrazo del que nunca te olvidará.—John

Emma, terminada la lectura de esta carta del ser por quien sentía verdadero amor, experimentó una honda pena, inundándosele los ojos de lágrimas. Su imaginación le recordó los felices momentos que había pasado con John en sus paseos por los alrededores del pueblo, bordeando el campo y los acantilados cía la costa, contemplando juntos el grandioso espectáculo de la Naturaleza en el mar y en las montañas de la sierra próxima. El cariño nacido entre los dos tenía tan hondas raíces, que no podía desaparecer, cualesquiera que fuesen las circunstancias difíciles que sobreviniesen. No. El amor de ambos era puro, sin mancha. ¿Qué había de contestar a la carta de su amado?

La contestación tenía que estar acorde con estos sentimientos. Tomó la pluma y sin la menor vacilación le escribió esta carta:

“Mi querido John, más querido cuanto más desgraciado: Lamento, no por mí, sino por ti, porque no quiero verte sufrir, la gran desgracia de que has sido víctima; a mí los quebrantos de la fortuna no me afectan, ni me hacen padecer, ni menos modificar mis sentimientos, siempre que el amor que siento por ti sea correspondido, de lo cual estoy completamente segura; las riquezas para mí no representan nada ante el afecto que nos profesamos; pobre o rico, siempre te querré, y con la desgracia este afecto aumentará, considerando una felicidad poder compartirla contigo y mitigar tus dolores.

"No siento impaciencia por ver realizado mi deseo de unir mi suerte con la tuya, y aunque es natural que prefiera que sea lo más pronto posible, esperaré tranquila todo el tiempo que sea necesario para ver realizada mi ilusión.

"Adiós, John; mientras no nos veamos, recibe un abrazo de la que te tiene siempre presente en su corazón.—Emma

CAPITULO XIV

RENACE LA ESPERANZA EN MARY

Antes de pasar Mary por el dolor de abandonar a su pueblo, y con la esperanza de que pronto llegaría el día de la completa rehabilitación de su hermano, intentó para ganarse la vida buscar trabajo. En circunstancias normales, sin la cruel prevención que entonces pesaba sobre ella, eso le hubiera sido sumamente fácil, porque poseyendo extensos conocimientos, lo mismo en las labores que en la instrucción general, disponía de muchos recursos a los que pudiera aplicar su actividad. A estas condiciones intelectuales que la distinguían se unía el aprecio en que todos la tenían por sus cualidades morales.

Con la, esperanza muy remota de que esa atmósfera malsana que se había formado a su alrededor no hubiese invadido los cerebros de algunas personas sensatas que se diesen cuenta de que una acusación contra John de tanta gravedad no debiera lanzarse sin tener pruebas que la justificasen, y que mientras eso no sucediese continuasen teniendo a su hermano en la alta estimación que siempre les había merecido, se decidió a buscar el trabajo que necesitaba.

Se presentó en diferentes casas para solicitarlo, y en ninguna de ellas mostraron deseos de admitirla, contestándole con evasivas y aplazamientos. Descorazonada por tan adverso resultado, iba a renunciar a seguir esta penosa odisea cuando se acordó de Joseph Olivier, que siempre había sido un buen amigo de su hermano, dueño de una importante fábrica de encajes y bordados, donde trabajaban numerosas obreras.

Se dirigió a la fábrica, recibéndola Joseph con la mayor amabilidad. Le expuso su triste situación, la ruina de su casa y, como consecuencia, la necesidad en que se hallaba de trabajar para poder vivir; y por si este quebranto que había sufrido su fortuna fuese poco la calumnia que pesaba sobre su hermano a

causa de la cual, al ir a demandar trabajo en diferentes sitios, encontró las puertas cerradas.

La contestación inmediata de Joseph fue que las puertas de su casa siempre estaban abiertas para ella, y que desde aquel momento le ofrecía un destino en las oficinas de la fábrica.

Por fin, Mary, después de tantas tribulaciones, experimentó el consuelo de que no se vería obligada a abandonar su pueblo, donde siempre había vivido rodeada de satisfacciones y del cariño que la profesaban cuantos la conocían, y tenía la esperanza de que si los que antes la apreciaban se habían desviado de ella, no tardarían en desengañarse y convencerse del error en que se encontraban.

Llena de contento, Mary expresó conmovida su profundo agradecimiento a Joseph.

El problema de su vida material estaba, pues, resuelto, pero quedaba pendiente de resolución el problema de orden moral, que afectaba a su corazón. Muchas veces asaltaba su imaginación el recuerdo de las gratas relaciones de amistad iniciadas entre ella y Adam. Las corrientes de simpatía entre ambos habían llegado a ser tan intensas, que dichas relaciones hubieran adquirido un carácter más profundo si no estuviesen contenidas por el convenio que temporalmente la ligaba a William; pero, en vista de lo que respecto a éste le decía John en su carta, no cabía duda que su afecto había desaparecido y todo hacía suponer que, después que hablase con él, nada se opondría a que las relaciones con Adam se formalizasen, máxime habiendo recibido una carta de éste, en la que manifestaba que su afecto seguía siendo el mismo.

Una circunstancia vino a alterar las ilusiones que se había forjado. Los periódicos locales reproducían las noticias más importantes que publicaba la prensa de Dublín; por ellos se enteraba de las fiestas que en dicha capital celebraba la buena sociedad. Un día leyó la reseña de la fiesta dada en el palacio de la baronesa de Simpson, con los comentarios que habían hecho los concurrentes a ella respecto a las relaciones de Adam

con Elizabeth, corroborando esos comentarios la noticia dada en los periódicos publicados después sobre la próxima petición de mano de ésta.

Lo que atenuaba su alarma era que la carta que había recibido de Adam tenía fecha posterior a la de dichos periódicos, y en ella le hacía, protestas de afecto, y no imaginaba que, siendo muy alto el concepto que Adam le merecía, cometiese la vileza de fingir por ella un cariño que no sentía.

No obstante, la duda empezó a apoderarse de ella, y eso hacía que a la ruina material de su fortuna viese en perspectiva otra ruina mayor: el fracaso de su felicidad, la mina de su alma que significaría el retraimiento de Adam.

CAPITULO XV

LOS NAUFRAGOS DE LA "PRETTY MARY"

Empujados por violentos vientos y por fuerte oleaje, las dos chalupas que conducían a la tripulación y pasajeros de la goleta "Pretty Mary", corrían a cada momento el peligro de ser tragadas por el mar. Por fortuna, amainó el temporal, y al cabo de algunas horas se hallaban con mar tranquilo a muchas millas de distancia del lugar de la catástrofe.

No sabían ni podían precisar, por la falta de instrumentos adecuados y de puntos de referencia, pues no tenían ante su vista más que el cielo y el mar, el sitio donde se encontraban.

La situación de los náufragos era verdaderamente angustiosa; pasaban los días y ya empezaban a perder las esperanzas de salvación.; las provisiones se habían agotado; sólo la Providencia podría salvarles, y esta Providencia parecía haberse revelado inesperadamente con la aparición en el lejano horizonte de un barco que, a juzgar por la marcha que llevaba, debería pasar cerca de ellos. Cuando el barco se iba aproximando agitaron los brazos y prorrumpieron en grandes gritos demandando socorro. Los tripulantes de aquel barco se apercibieron y pusieron la proa hacia donde estaban los náufragos, los cuales no tardaron en hallarse sobre su cubierta, rendidos y extenuados por los terribles sufrimientos padecidos.

Hicieron el relato al capitán de cuanto les había ocurrido, y éste, después de oírles silenciosamente, con satisfacción reflejada en su semblante, les manifestó que el barco de su mando era un barco pirata que se dedicaba a apresar los cargamentos de los buques mercantes que se atravesaban en su ruta. Se felicitaba de haberles salvado, no por la satisfacción que hubiese experimentado por un deber de humanidad cumplido, porque eso no le importaba desde el momento que se había separado de ella y le había declarado la guerra, sino

porque, habiendo sufrido muchas bajas su tripulación en los últimos combates empeñados, precisaba cubrir estas bajas para que sus medios de defensa y ataque no se debilitasen, y además disponer de la gente necesaria en las maniobras del barco. Esperaba, por consiguiente, que, como compensación a que les había librado de morir ahogados, acatarían las órdenes que él les diese, sin vacilar.

El efecto causado en los náufragos por esta peroración fue horroroso; habían salido de un peligro y cayeron en otro peor; si las olas los hubiesen devorado, el sufrimiento sería casi instantáneo, de pocos segundos, mucho más soportable que los tormentos constantes de todas las horas, de todos los momentos, sufriendo el despotismo de aquel feroz capitán, que por el menor descuido los sometería a crueles castigos, y teniendo que confundirse con aquella horda de criminales sin sentimientos humanitarios, que, dominados por un perverso odio a la sociedad y ebrios por apoderarse de sus riquezas, se abalanzaban impetuosamente sobre sus presas y asesinaban sin compasión a todos los que en su camino encontrasen.

—¿Estáis conformes?—preguntó el capitán.

¿Qué iban a contestar? Sabían que una negativa sería seguida de crueles tormentos, y con la esperanza de aprovechar alguna oportunidad que les permitiese escapar de este antro infernal, tuvieron que, de palabra, prestar su conformidad.

Desde aquel momento, los servicios que prestaron fueron muy útiles, sobre todo los del capitán, del piloto y de la marinería de la “Pretty Mary”, gente avezada a las maniobras de los barcos.

Procuraron todos disimular el horror que les causaba su situación, y, aparentando un contento que no sentían, ganar la confianza del capitán y de los demás hombres de la tripulación, y lo consiguieron. En los casos dudosos, el capitán pirata consultaba con el capitán y el piloto de la “Pretty Mary”, y la marinería iba acostumbrándose cada vez más al trato de los náufragos.

Para asegurar esta confianza hicieron creer al capitán que deseaban apareciese algún buque mercante, a fin de contribuir a apresarlos y disfrutar de la parte del botín que les correspondiese. Tan confiado estaba, el capitán, que les facilitó armas, encargándoles que estuviesen prevenidos, pues, según sus cálculos, se hallaban en un sitio frecuentado por los barcos, por lo que no tardarían en ver satisfechos sus deseos.

Todos los días los náufragos cambiaban impresiones acerca del momento en que habían de realizar su evasión y de la forma en que la llevarían a cabo.

Llegada una noche que les pareció oportuna, puestos de acuerdo, pensando que si fracasasen la venganza del capitán sería espantosa, pues dominado por sus bárbaros instintos les haría morir implacablemente, no sin antes someterlos a las más crueles torturas imaginables, con todo el sigilo que estas reflexiones les sugerían, salieron de la bodega, saltaron sin hacer ruido sobre cubierta, escondiéndose detrás de los mástiles; se dividieron en dos grupos; uno de éstos avanzó poco a poco hacia el sitio donde se hallaban reunidos y descuidados el timonel y los dos marineros que quedaban siempre de guardia, se abalanzó repentinamente sobre ellos y rápidamente los sujetaron y amordazaron con cuerdas y telas que llevaban preparadas, dejándolos de manera que no pudieran hacer el menor movimiento ni exhalar un grito. Mientras tanto, el otro grupo arrió dos lanchas de salvamento, embarcándose todos en ellas instantáneamente, alejándose a toda velocidad a fuerza de remos y aprovechando el fuerte viento que remaba, desplegando las velas, no tardando en verse a gran distancia del barco piraba, en el que no observaban ningún movimiento de alarma que delatase su fuga. Cuando éste ya no se distinguía, se consideraron salvados, renaciendo en ellos la alegría.

Pero pronto se dieron cuenta de que su situación no estaba todavía despejada; se encontraban en alta mar y no sabían a dónde debían dirigirse; por más que escudriñaban el horizonte

en todos los sentidos, no distinguían ni barcos ni señales de tierra; sus miradas se perdían en la inmensidad del mar. ¿Qué sería de ellos si esta situación se prolongase indefinidamente y empezasen a sentir los horrores del hambre y de la sed?

Afortunadamente, la tierra no estaba lejos. En la dirección que llevaban las dos lanchas se encontraba la isla de Iceland, en la que la ocupación principal de sus habitantes era la pesca.

Las costumbres de esta isla eran patriarcales; todos en ella disfrutaban de una verdadera tranquilidad, considerándose felices por ver satisfechas con su trabajo, y a, veces con exposición de la vida, sus necesidades.

En ella no existía la igualdad absoluta con que sueñan algunos ilusos; había diferencias de fortunas, pero estas diferencias no eran grandes y no suscitaban odios ni envidias, considerando todos que eran inevitables y que con la constancia en el trabajo podrían alanzar las posiciones superiores a que otros habían llegado. No había, pues, temores en la, isla de que a nadie se le ocurriese trastornar el régimen establecido.

Hacia esta isla se dirigían las lanchas de los náufragos, los cuales, al verla en lontananza, redoblaron sus esfuerzos para acercarse pronto a ella. Al ser divisadas las lanchas por los pescadores, dispusieron varias embarcaciones, que a gran velocidad salieron, a su encuentro, no tardando en reunirse los náufragos y los icelandeses, dirigiéndose todos al sitio donde estaban tendidas las redes.

Los náufragos, reflejándose en sus rostros las penalidades pasadas, fueron solícitamente atendidos por los pescadores, que les facilitaron alimentos y bebidas, con lo que pudieron reponer sus fuerzas. Refirieron los sufrimientos de que habían sido víctimas; los pescadores les escucharon con interés y emoción, prometiéndoles que en aquella isla no les faltaría nada, porque había trabajo para todos.

Recuperadas sus fuerzas y encontrándose con ánimos, intervinieron gustosamente con ellos en las operaciones de

pesca que estaban practicando; terminadas éstas, regresaron todos al puerto, donde las familias de los pescadores les esperaban, poseídos de júbilo al ver que la pesca se había realizado sin ningún contratiempo y que las embarcaciones venían abarrotadas de pescado, que a la luz del sol despedían brillantes e irisados reflejos metálicos.

Los que estaban en los muelles rodearon y agasajaron a los náufragos y les ofrecieron auxiliarles en todo lo que necesitasen.

Quedaron admitidos en las tripulaciones de los barcos de pesca, resolviendo por el momento el problema de la vida y esperando que no tardarían, en poder regresar a su país para abrazar a sus seres queridos.

Comparando las solícitas atenciones de que eran objeto por los pescadores, que tan cariñosamente los habían recibido, y la situación tranquila y sosegada en que se hallaban, con la horrible situación que tenían en el barco pirata, les parecía que habían salido del infierno y que se encontraban en la gloria.

En aquella isla, hacían escala algunos barcos que tomaban carga de pescado con destino a otros puertos próximos desde donde solían partir buques que admitían pasajeros con destino a la costa occidental de Irlanda.

Continuaron, pues, en aquella isla, donde tan bien se encontraban, y a las pocas semanas tuvieron la suerte de emprender en uno de esos barcos el viaje al puerto de Farwell, en el que desembarcaron.

Allí se enteraron de que muy pronto zarparía una goleta que en su ruta haría escala en Worthing.

Estaban ansiosos de hacer llegar a sus familias noticias suyas para calmar la intranquilidad dolorosa que sufrirían por no saber nada de ellos durante tanto tiempo. En la isla de Iceland no pudieron conseguirlo porque no había en ella estación telegráfica; pero Farwell estaba unido por cable submarino con otros puertos principales, y al enterarse de esto el capitán de la "Pretty Mary", expidió un cablegrama dirigido

a Mary relatando los desgraciados acontecimientos ocurridos y anunciando la próxima salida de todos con dirección a Worthing.

* * *

Las cosas cambiaron radicalmente de aspecto en Worthing, causando indescriptible entusiasmo en todos los corazones al propagarse rápidamente por el pueblo la inesperada nueva de que Mary acababa de recibir un cablegrama en el que se participaba el feliz salvamento de los náufragos. La casa de Mary se vio inundada de gente, que se enteró del contenido del siguiente cablegrama:

"Estamos todos sanos y salvos; después de sufrimientos horribles, perdida toda esperanza, tuvimos la suerte de arribar a la isla de Iceland: desde allí, transcurridas algunas semanas, nos embarcamos en un buque que salía con dirección al puerto de Farwell, a donde llegamos sin novedad. Dentro de pocos días emprenderemos el viaje en la goleta "Iris", que arribará a Worthing en el mes próximo si el tiempo es favorable. Capitán Tom"

El júbilo de que se vieron poseídos todos fue conmovedor, renaciendo la calma, y despidiéndose unos de otros con lágrimas de emoción.

Hallándose el puerto de Farwell a 1.330 millas de Worthing, esa distancia, con tiempo normal, podría saldarla el barco próximamente en diez y ocho días, a no ser que en algunas partes del trayecto se viese combatido por vientos contrarios.

Los observatorios meteorológicos situados en la proximidad de la ruta que el buque había de seguir, anunciaban mar bonancible y vientos del Oeste, que si persistiesen, su llegada, en vez de retrasarse se adelantaría.

El 30 de Agosto se recibió otro cablegrama, participando la salida de la goleta Iris con vientos favorables.

Ya la tranquilidad había vuelto a las familias de los náufragos, que contaban los días que iban pasando y los que les faltaban para abrazar a sus seres queridos.

CAPITULO XVI

GUERRA EN LA ISLA DE LA PAZ

¿Se desarrollaron los sucesos en la isla de la Paz como los pacifistas habían soñado? ¿Estaban todos contentos de su suerte? ¿No hallándose amenazados por ningún enemigo exterior, podrían vivir tranquilos sus habitantes?

Cuando se constituyó la nación de la Paz, todos se hacían la ilusión de que rápidamente conseguirían que desapareciesen las injusticias y que alcanzarían el bienestar deseado, pero viendo que eso estaba lejos de realizarse, el descontento del pueblo se manifestó cada vez con más intensidad. Los acostumbrados a ciertas comodidades, se resistían a privarse de ellas o a que se las mermasen. Los que aspiraban a mejorar, hacían propaganda y elevaban hasta los poderes públicos sus quejas, consiguiendo reformas que les hacían avanzar un paso en el camino de sus reivindicaciones; tras de este paso, seguían trabajando para el logro de sus ideales y daban el segundo paso, y sin cesar en su campaña iban obteniendo más ventajas y avanzaban siempre sin verse nunca completamente satisfechos.

Esas medidas gubernamentales, no lograban apaciguar los ánimos de los más avanzados; querían mucho más. El enemigo acechaba; se formó con los descontentos un partido, que tenía por lema en su bandera: "Libertad", llamándose libertarios sus adeptos; se hizo propaganda al aire libre y se constituyeron, además, sociedades secretas, que a la sombra se organizaban y se extendían activamente para hacer la revolución.

Este descontento fue explotado por los caudillos de las ideas disolventes, que pretendían, unos de buena fe y otros por conveniencia, igualar todas las fortunas, destruyendo los cimientos de la sociedad existente y levantar sobre sus ruinas otra que halagase a las clases populares. A estos caudillos se unían los que de la antigua nación de la Guerra, en la que la

única ley era el derecho del más fuerte, habían sido sometidos contra su voluntad por la nación de la Paz, uniéndose también los que esperando que la nación de la Paz se desarrollaría en un régimen de amor y de justicia, empezaban a desengañarse al ver los abusos que en todos los órdenes se cometían, en beneficio de unos y en perjuicio de otros.

Los gobernantes de la nación de la Paz, dormidos sobre sus laureles, no sospechaban que el descontento llegase a adquirir tan alarmantes proporciones; cuando más tranquilo se encontraba el Gobierno, cundió de improviso la noticia de un levantamiento en el departamento del Norte, en el cual los revolucionarios se había» hecho dueños del poder, formando un Estado independiente y estableciendo en él un régimen de igualdad de fortunas, igualdad de salarios y de igualdad en todos los órdenes. Los que estaban arriba se derrumbaban, y los de abajo subían.

Como este golpe había sido tan repentino e inesperado, las autoridades locales no estaban preparadas y no tuvieron tiempo en los primeros momentos para disponer de fuerzas que lo rechazasen, viéndose obligadas a rendirse. Los revolucionarios siguieron su campaña hacia el Sur, con la intención de apoderarse de toda la isla y de imponer en ella su régimen.

Cuando el Gobierno se enteró de esta revolución, que con caracteres tan graves había estallado en el Norte, movilizó rápidamente las tropas para hacer frente a los revolucionarios, los cuales incesantemente se extendían por toda la nación.

Llegaron a encontrarse los dos ejércitos y combatieron con furor, siendo victoriosos en algunas batallas los gubernamentales y en otras los libertarios. Unos y otros avanzaban y retrocedían, y la victoria estaba indecisa entre los dos ejércitos combatientes.

CAPITULO XVII

JOHN Y WILLIAM

Los trabajos de reparación y reconstrucción de la goleta "Pretty Mary" tocaban a su término y pronto estaría en condiciones de navegar. En el despacho del astillero se hallaban reunidos, el dueño de éste y John, haciendo cálculos y proyectos de las líneas marítimas que les convenía explotar, fijándose por de pronto en, la de Rocklland a Trmity, en la costa oriental del Labrador, que en aquella época era de mucho tráfico. Acordaron, pues, que en su primer viaje se dedicase al transporte de viajeros y mercancías entre dichos dos puertos. Después de esta entrevista se dirigió John a las gradas donde se efectuaban los trabajos, encontrando allí a William. Ambos entablaron una conversación sobre los sucesos ocurridos recientemente en la isla, que venían a perturbar la paz que sus habitantes pretendían disfrutar.

—Ya te habrás desengañado de tus ilusiones —decía John—, y estarás convencido de la razón que me asistía cuando, al salir del Casino de Worthing, sostenía que la paz permanente, tan deseada, era una utopía, en la isla de la Paz y en todas partes.

Ejemplos que comprueban esto, no tengo necesidad de exponértelos, porque tú mismo los puedes sacar de los incidentes que en esta isla nos iban ocurrido y de la manera como se desarrolla la vida en ella, que prueban que si el amor y la justicia se encuentran en algunas personas, en otras lo que impera es el egoísmo y el odio,

Corroboran además esta afirmación, los trastornos que ahora alteran el orden establecido en esta isla, promovidos por los descontentos, que con arreglo a las leyes que rigen han quedado en situación inferior a la de otros más afortunados.

Tienes que desengañarte. No existe paz completa y permanente en ninguna parte; la paz y la guerra siempre están de paso en este mundo; no se detienen mucho tiempo; cuando domina la paz, la guerra está en acecho para destruirla; cuando es la guerra la que domina, siempre está en acecho de paz para vencerla. Sólo podemos aspirar a disfrutar de la paz acercándonos a ella lo posible, sin llegar a una estabilidad permanente.

¿Hay algo en esta isla llamada de la Paz, desde el punto de vista moral, que sea superior a lo que existe en nuestra nación o en cualquiera otra? ¿Es más sincero el amor al prójimo, que el que se siente entre nuestros compatriotas? ¿Hay más justicia aquí que en otras partes?

La contestación a estas preguntas y a cuantas de orden moral se formulen, tiene que ser negativa. Está en la condición humana y en la condición de las sociedades; el hombre es un compuesto moral de sentimientos buenos y malos, revelándose unos y otros al exterior según las circunstancias de cada caso. En las sociedades ocurre lo mismo, porque siendo sus componentes los hombres, de los que cada uno tiende unas veces al bien y otras tiene tendencia al mal, el cuerpo formado por estos componentes tiene que presentar una u otra tendencia temporalmente, pero nunca una sola que tenga carácter permanente, es decir, que no se puede asegurar que en todo tiempo y en todas las ocasiones, los hombres y las naciones abandonados a sí mismos tendrán siempre instintos guerreros, o tendrán siempre instintos pacíficos, sino que se inclinarán unas veces a la guerra y otras veces a la paz.

—Tu impresión sobre el resultado del régimen establecido en la isla de la Paz —replicó William—, es la verdadera. Confieso que me había equivocado al pensar que esta era una isla ideal, en la que todos vivirían contentos y en permanente paz, y reconozco que tenías razón cuando inútilmente tratabas de calmar mi entusiasmo por este país que, en efecto, no es superior al nuestro, ni moral, ni material, ni intelectualmente,

sino inferior; no me convenciste con argumentos que indudablemente se fundaban en la razón, pero me convences ahora con hechos, que son más elocuentes que las palabras, y que no admiten réplica porque los estoy viendo.

Esta conversación fue interrumpida por el cartero, que entregó a John una carta. Pasó la vista por ella y, reflejándose en su semblante la satisfacción que su lectura le producía, dijo:

—¡Esta carta es de tu hermana!; léela y dime tu impresión.

William, al terminar la lectura de esta carta, exclamó:

—Mi hermana está verdaderamente enamorada de ti y no me extraña que ante tu desgracia se haya hecho más firme su cariño.

Esto lo dijo, no sin que dejase de sentir un remordimiento por su conducta para con Mary, muy diferente de la observada por Emma para con John.

Este terminó:

—Emma procedió así, porque ella y yo nos queremos con un verdadero y puro amor, tan fuerte, que desafía a todas las asechanzas del mal.

* * *

No dejaron de impresionar a William las últimas palabras pronunciadas por John; comparaba su conducta para con Mary y la observada por su hermana respecto a John; le parecía imposible que los sentimientos que vehementemente había manifestado a Mary con tanta facilidad, se hubiesen entibiado; no encontrando explicación para justificarse a sí mismo de su extraño comportamiento, lo atribuía, para acallar su conciencia, a que las penalidades sufridas en el naufragio habían trastornado momentáneamente su razón, puesto que en ese tiempo no se acordó ni de Mary ni de su hermana, no habiéndosele ocurrido escribir, desde su llegada, a ninguna de las dos.

Si esta suposición pudiera ser cierta, también pudiera serlo la hipótesis de que en su interior se había entablado una lucha entre los gérmenes del mal y los del bien; aquéllos habían salido triunfantes al exterior y el amor quedó vencido; mientras que en el caso de su hermana, sucedió que no hubo lucha de sentimientos, porque se manifestó al exterior espontáneamente, lo que en su interior dominaba siempre, que era el verdadero amor.

Ahora, en su imaginación, se le aparecía la hermosa figura de Mary, en la que veía reunidas todas las perfecciones, que realzaban su hermosura, En su interior volvieron a luchar los gérmenes del bien y los del mal, saliendo esta vez victorioso el bien, y despertándose repentinamente su antiguo amor.

Mary volvía a ser para él el ideal de su vida; pero, ¿lograría alcanzarlo? Cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que su mutismo desde que había salido de Worthing hasta aquel momento, prueba, al parecer, de indiferencia, era motivo suficiente para inspirar desconfianza, y que si antes Mary estaba indecisa respecto a la determinación que había de tomar, ahora probablemente tenía que ser terminante su negativa.

De todas maneras, para aclarar estas dudas, y teniendo noticia de que en fecha próxima saldría un barco con dirección a Irlanda, y de que entre los puertos donde haría escala figuraba el de Worthing, tornó pasaje en ese barco y manifestó su decisión a John, advirtiéndole al propio tiempo que, aunque tenía el propósito de regresar más tarde a su país, adelantaba el viaje porque la conversación que había tenido con él le causó tan honda impresión, que hizo renacer sus sentimientos de amor hacia Mary. Añadió que, comprendiendo que su conducta le exponía a que estos sentimientos no fuesen correspondidos, le quedaba aún un rayo de esperanza en medio de las tinieblas que él había forjado, y que si esta leve esperanza se desvaneciese y Mary no se decidiese a unir su suerte con la suya, quería justificarse ante ella y después retirarse, sufriendo esta contrariedad que tanto le afectaba.

CAPITULO XVIII

REGRESO DE WILLIAM

Pocos días después de su conversación con John, se encontraba William a bordo de un buque que navegaba con rumbo a Irlanda. Sobre su cubierta, apoyado en la borda, permanecía muchas horas con la vista fija en toda la extensión del inmenso mar, buscando el punto donde este encontraría su tierra natal; con los ojos de su imaginación, la vislumbraba entre las brumas del horizonte, destacándose en él la encantadora figura de Mary, dueña de su corazón, la única mujer con la cual se decidiría a compartir su vida, Pero la incertidumbre de la actitud que observaría le atormentaba, y con frecuencia las ilusiones que se forjaba al pensar que sería correspondido en sus sentimientos de amor se desvanecían, dejándole sumido en la mayor tristeza y desconsuelo.

Con estos pensamientos, que no se apartaban de su mente, veía al barco hendir las olas, que ante el ímpetu de la velocidad de su marcha se deshacían, avanzando siempre y dejando tras de sí una larga estela de espuma.

En los días que transcurrieron durante esta navegación, no hubo que lamentar ningún incidente desagradable y todo hada suponer que el viaje tendría feliz término. En efecto, los vientos siempre favorables, hadan avanzar el buque rápidamente, acercándose cada vez más al punto de su destino; de pronto, William dio un grito de alegría, viendo venir a su encuentro y rodearlo, surcando ej aire con sus vuelos majestuosos y ondulantes y lanzando estridentes graznidos característicos, una bandada de gaviotas, que como mensajeras desde el litoral se habían lanzado a recibir a los navegantes.

Pronto el barco se acercó a la costa, distinguiéndose en la punta del promontorio que avanzaba en el mar, la elevada torre

del faro, indicador de la dirección que debía tomar el buque para enfilarse su entrada por la boca del puerto.

La emoción que sentía William al aproximarse a tierra, era cada vez más intensa. El buque hizo su entrada en la bahía con una marcha moderada y, por fin, atracó a los muelles, saltando a tierra William, donde le esperaban Emma y Mary. Pasados los primeros momentos de efusión, por verse después de una ausencia tan larga, se encaminaron a su casa. Allí, sin más dilación, tuvo inmediatamente lugar la entrevista con Mary, que había de influir poderosamente en su porvenir.

William explicó a grandes rasgos su conducta y, sin tratar de ocultar la culpa que le incumbía, le manifestó que en el fondo siempre la tenía presente, sintiendo por ella un profundo afecto que, sin duda ninguna, podía calificarse de verdadero y puro amor; la causa de su silencio la atribuía a las penalidades que había sufrido con motivo del naufragio, las cuales trastornaron sus impresiones morales, quedando como dormidos sus sentimientos; estos sentimientos experimentaron un instantáneo despertar en una conversación mantenida con John, en la que éste le hizo saber la conducta noble y abnegada de Emma, que no vacilaba en unir su suerte a la de un hombre completamente arruinado y con un porvenir poco halagüeño; atribuyendo esta abnegación a que tanto ella como él sentían un verdadero amor, tan firme, que nada sería capaz de disipar ni entibiar.

—Al comparar esta conducta de Emma con la mía — continuó —, me sentí tan bajo que me avergoncé de mí mismo, y de igual manera que basta una chispa para provocar un incendio, las palabras de tu hermano fueron esa chispa que prendió en mí el fuego de mi amor por ti, que estaba dormido, pero no extinguido. Si esta explicación no te satisface y crees que otra ha sido la causa de mi extraño silencio, te digo sinceramente que lo ignoro, y que sin darme cuenta de ello me vi impelido a proceder en la forma que lo hice. Lo que te aseguro, es que mi afecto hacia ti es tan grande que no puede

ser mayor y que sus raíces son tan profundas, que no puede desaparecer como no sea con la muerte.

—Debo decirte, William, —respondió Mary—, que el cariño que nos profesamos desde la niñez en nada ha variado por lo que la mí se refiere; por el contrario, se ha consolidado más con los años. El silencio que has guardado durante tu ausencia en nada mermó este afecto. Me has dado una explicación para justificarte; no la necesitaba, pues ya sé que tus sentimientos son verdaderos, y que si algún día sufren un eclipse, éste es pasajero y no tardan en reaparecer con la misma fuerza que tenían antes. No podemos responder de cómo se han de manifestar estos sentimientos al exterior en todos los momentos, porque puede variar la forma por múltiples circunstancias, pero lo que sí puede asegurarse, es que nuestros afectos elaborados durante toda nuestra vida, no se desvanecen como las afecciones pasajeras que encontremos en nuestro camino. Siento por ti el afecto de hermana, porque el otro sentimiento, el que une la suerte de dos seres para siempre, no lo he experimentado, a pesar de reconocer en ti las excelentes cualidades que te distinguen y, a pesar también, del cariño que hace tantos años nos profesamos,

El matrimonio requiere, a mi juicio, que el que ha de contraerlo sea conducido a él por el convencimiento de que la persona elegida es la destinada para hacer su felicidad, sintiéndose atraída hacia ella por el amor, fuerza misteriosa e irresistible, impulso instintivo que tiende a unir dos corazones. Por eso no acepté desde el primer momento tu proposición, pero tampoco me negué a pensar en ella, como lo hubiera hecho si no se tratase de una persona que como tú, estuviese ligada a uní por un verdadero afecto fraternal de toda la vida. Hice contigo lo que no hubiera hecho con nadie, y fue, aplazar mi decisión hasta tu regreso para ver si en ese tiempo se modificaba mi impresión en sentido favorable a tus sentimientos.

He reflexionado mucho, y con dolor muy grande, porque mi afecto para ti es siempre el mismo y no ha mermado en lo más mínimo, debo decirte que no experimento hacia ti esa atracción irresistible que considero indispensable para unir dos almas.

Comprendiendo William que la decisión de Mary era definitiva, no se atrevió a insistir, limitándose a demostrarle su gratitud por el plazo que le había concedido para ver si, después de pensarlo detenidamente, se sentía inclinada a acceder a su pretensión.

Así terminó la entrevista de Mary y William, separándose ambos con tristeza; ella por no poder complacer a William, a quien sinceramente quería con cariño de hermana, y con tristeza él, por ver desvanecidas las ilusiones que había forjado su mente.

* * *

Después de esta conversación con William, nada se oponía a que Mary eligiese la persona que con más intensidad impresionase su corazón. Esta no era otra que Adam, el cual esperaba sólo a que Mary estuviese libre del convenio que la ligaba a William para decidirse a realizar su ilusión. El primer impulso de Mary fue escribirle inmediatamente para contestar a su carta, que hacía bastante tiempo había recibido, y que a causa de los desgraciados acontecimientos ocurridos no había contestado todavía. Sin embargo, las noticias que leía en los periódicos referentes a las fiestas que se celebraban en Dublín, a las que asistía Adam, y los comentarios que los concurrentes a esas fiestas hacían sobre los galanteos en que intervenía, daban lugar a que en su mente surgiese alguna duda acerca de su fidelidad; pero esta duda se desvanecía pensando en el alto concepto que de él se había formado y atribuía esos comentarios, que en todas las reuniones se extienden y agrandan llegando a darles visos de verosimilitud, el propósito

de amenizar las conversaciones, pero de ninguna manera a que se hubiesen amortiguado los sentimientos que desde que se conocían le había demostrado en todas las ocasiones.

No obstante, aplazó su contestación para reflexionar sobre la conducta que debería seguir.

CAPITULO XIX

JOSEPH

Joseph era una persona que gozaba de grandes simpatías en el pueblo por su carácter afable, por su espíritu trabajador y por su intachable honradez. Debido a esto, sus negocios prosperaban y ocupaba una posición que le permitía disfrutar de todas las comodidades que pudiera apetecer. Con tales condiciones personales, unidas a su bienestar, todo hacía suponer que el cariño de una mujer a la que uniese su suerte y la formación de una familia, que le permitiese disfrutar de otros afectos desconocidos para él, y de la normalización de su vida ante las contingencias que pudieran presentársele en el porvenir, serían el complemento de su dicha. Sin embargo, nunca se le habían conocido relaciones amorosas y nadie adivinaba la causa.

Esta no era otra que la de que hacía mucho tiempo que estaba enamorado de Mary. No había para él, en el círculo de sus relaciones, otra mujer que reuniese las cualidades morales e intelectuales que la caracterizaban. Este amor lo mantenía en secreto y no lo había revelado, porque sabía que Mary y William se querían como hermanos y que éste, enamorado profundamente de aquélla, confiaba en que sería correspondido.

Aun cuando todas las apariencias eran de que tendría que renunciar a su pretensión, no perdió la esperanza de verla realizada. En efecto, al enterarse de que William no había sido favorecido en sus pretensiones, quedando, por consiguiente, Mary en libertad de disponer de su voluntad, se propuso aprovechar una ocasión para declararle los puros y hondos sentimientos de afecto que le inspiraba y proponerle compartir con ella su vida. Cuando le ofreció a Mary un destino en las oficinas de su fábrica, no le guiaron las miras egoístas de que

con esto se facilitaría la ocasión de tener con ella la entrevista que deseaba; Joseph se hubiera conducido de igual manera aun cuando no tuviese en su pensamiento los fines de amor que le inspiraba; la hubiese admitido en su fábrica, por la antigua y sincera amistad que profesaba a ella y a su hermano, y por la crítica situación en que se encontraba.

* * *

No queriendo Joseph retrasar más la entrevista que desdaba tener con Mary, una tarde, poco antes de dejar el trabajo los empleados de la fábrica, le pasó aviso, rogándola que fuese a su despacho.

A dicha hora se presentó Mary, a la que le manifestó lo siguiente:

—Me he tomado la libertad de llamarte para tratar contigo de un delicado asunto en el que vengo pensando hace años, del que depende mi porvenir y que influiría en el tuyo. Puede decirse que desde que empezó para mí esa edad en la que ya no se discurre como niño, sino como hombre, mi pensamiento se ha fijado de manera indeleble en tu bella imagen, rodeada de una aureola de virtudes que te caracterizan y distinguen de las demás mujeres, haciéndote todavía más hermosa, porque la belleza física se une a la belleza moral.

Te extrañará que si con tanta intensidad habías impresionado mi corazón, haya esperado tanto tiempo para hacerte esta declaración. Tal conducta mía se explica, porque tenía conocimiento de que William, amigo tuyo de la infancia al que sinceramente quieres, tenía el propósito de que esas relaciones de amistad se transformasen en otras más íntimas; que este pensamiento suyo te lo manifestó repetidas veces y que últimamente estaba pendiente tu decisión de un convenio que habías establecido con él. A mí me parecía que todas las probabilidades estaban a favor de que llegaseis a poneros de

acuerdo y que yo tendría que renunciar. Ahora sé que ya estás libre de dicho compromiso.

Por consiguiente, te propongo que entablemos relaciones, que conduzcan a lo que constituye mi más ferviente anhelo, no exigiéndote que me contestes en seguida, sino que te tomes para hacerlo todo el tiempo que consideres necesario, para resolver cuando te parezca mejor, en la inteligencia de que, aun cuando tu decisión fuese contraria a lo que tengo constantemente en mi pensamiento y en mi corazón, no por eso sufrirían la menor modificación las buenas relaciones de amistad que siempre hemos tenido, porque comprendo que una proposición de esta naturaleza requiere que la persona a quien se le haga lo piense bien antes de decidirse a aceptarla.

Mary permaneció callada unos minutos; en este breve lapso de tiempo, acudió a su mente la imagen de Adam, recordando los felices momentos pasados en su compañía durante su estancia en Worthing, y la profunda simpatía que mutuamente se habían profesado.

Habiendo cruzado por su imaginación estos pensamientos, contestó resueltamente a Joseph:

—Mucho agradezco lo que me acabas de decir; reconozco las altas dotes que te distinguen, por lo que me considero muy favorecida con tu proposición, pero tengo el sentimiento de manifestarte, que dentro del plazo durante el cual el compromiso contraído con William me impedía entablar relaciones amorosas, he sido requerida por Adam Turner, el cual se conformó con que los sentimientos de simpatía que uno al otro nos habíamos inspirado, tuviesen sólo el carácter de una sincera amistad, hasta que yo pudiera libremente decidir, y como ahora ha llegado ese momento, el profundo afecto que nos profesamos hará que se realice lo que constituye nuestra felicidad. Tan grande es el afecto que por él siento, que si por cualquiera causa estas relaciones fracasasen, renunciaría a admitir otras y me resignaría a permanecer sola toda la vida.

Joseph, al ver destruidas sus ilusiones, profundamente emocionado, exclamó: Triste cosa son los sueños que nunca pueden realizarse, y tendiéndole la mano afectuosamente, le dijo: Que seas tan dichosa como yo lo hubiera sido contigo.

CAPITULO XX

LA CACERIA

La baronesa de Wilson había invitado a sus amigos a una cacería, que tendría lugar en los campos y montes de sus posesiones, que rodeaban su castillo de Plising, situado a veinte millas de Dublín. Entre los invitados figuraba Adam, que era el que más le interesaba, porque quería ver si con esto se decidiría a dar el paso definitivo.

El día señalado para la cacería se reunieron en un sitio, previamente determinado, de las afueras del pueblo, los invitados; lujosos coches les esperaban y los conducían directamente a Ivory, pueblo situado cerca de las márgenes del río Dora, para el almuerzo; un poco más tarde reanudaron la marcha hacia el castillo, donde tan pronto llegaron comenzó la fiesta, reinando en ella la animación y la alegría, con un banquete; los invitados se trasladaron después al gran salón, cuyo techo luminoso esparcía sobre las parejas que bailaban la radiación vaporosa de sus fuegos cambiantes. De los círculos que en torno de las muchachas se formaban el más concurrido era el de Elizabeth, que conversaba animadamente con todos, y aunque observaba que Adam se hallaba muy entretenido en otro grupo, su animación no decaía ni un momento. Este seguía sus movimientos desde lejos, y se hacía la reflexión de que si realmente tuviese interés por él se le notaría la impresión desagradable que debiera producirle su momentáneo apartamiento. Poco después se acercó al grupo donde ella estaba y la invitó a un baile, contestándole ella que el que empezaba la música a preludiar lo tenía comprometido y que le apuntaría en el carnet para el siguiente. En efecto, al iniciarse los primeros sones de la música, se le acercó el capitán Barbán, de la Guardia Imperial, lanzándose al poco tiempo los dos en el torbellino del baile, conversando con musitada animación

durante el mismo. El entusiasmo que revelaba esta pareja causó cierta extrañeza en los circunstantes, porque creían que las relaciones de Elizabeth con Adam se hallaban tan avanzadas, que pronto se haría oficial el anuncio de su boda; así es que por las apariencias, todo hacía predecir la presentación de un eclipse total en estas relaciones.

Adam, cuando le tocó el turno, bailó y sostuvo con ella una conversación muy afable.

Terminado el baile, pasearon juntos por el salón, continuando la conversación que habían iniciado.

—Desengáñate, Elizabeth, el amor no sólo hay que sentirlo, sino que hay que manifestarlo, y manifestarlo de manera elocuente, que no deje lugar a dudas. El amor se compone de dos partes: una, sentirlo; otra, manifestarlo; para que este amor se sostenga y prospere, exige que sea correspondido por el ser amado. De lo contrario, la impresión que nos deja un amor que nace espontáneamente en nuestro pensamiento, se va entibiando, muere por consunción y desaparece.

—Es cierto lo que dices—contestó Elizabeth—, pero esa manifestación del amor puede hacerse de diversos modos, que a unos parecerán suficientes para demostrar estos sentimientos, y a otros les parecerán muy pocos. ¿Cómo averiguaremos el límite de estas demostraciones del amor, límite del cual no debemos pasar sin exponernos a que se juzguen exageradas y, por lo tanto, fingidas? El amor debe manifestarse, sí; pero con cierta discreción.

—El amor—replicó Adam—, cuando verdaderamente se siente, debe manifestarse sin vacilación en todas las ocasiones, y la discreción que aconseja ocultarlo y que no impide entretenerse agradablemente con otras personas, dándolas el mismo trato que al ser amado, más parece previsión para, si ese amor fracasa, tener siempre otro disponible.

—Eso—contestó Elizabeth—puede pensarlo una persona desconfiada que no comprende que hay que guardar las conveniencias sociales. También pudiera suceder que la

manera de interpretar la conducta del ser amado fuese debida a la diferencia de temperamento y de carácter de las personas que unas son propensas a expresar todo lo que sienten, cualesquiera que sean las circunstancias en que se encuentren, y otras, a no expresar más que lo que su razón les dicta.

—Entre estas dos clases de personas—interrumpió Adam—soy partidario de las primeras. Para el amor no hay razón que valga; es sólo el corazón el que manda, y éste salta por encima de todos los obstáculos y de las conveniencias sociales.

Ya había empezado el desfile de los que se encontraban en el salón, por la necesidad de madrugar al día siguiente para la cacería, y los dos jóvenes interrumpieron la conversación y se despidieron sin convencerse el uno al otro, porque el punto de vista desde el cual se colocaban era distinto y no podían ver las cosas de la misma manera.

Al siguiente día, antes de la madrugada, salieron los ojeadores y se colocaron en sitios estratégicos situados en el contorno del campo que los cazadores habían de recorrer; desde ellos, haciendo uso de instrumentos de viento y otros objetos que producían gran ruido, se dirigieron hacia el centro del contorno, estrechando cada vez más el cerco a las reses, que huían espantadas; los portadores de las trompas de caza, apostados en lugares convenientes, hadan sonar estos instrumentos, que con su prolongado y grave sonido señalaban a los cazadores el sitio donde la caza había sido descubierta.

Poco después se organizaba en el castillo la marcha, saliendo primero la servidumbre, con el uniforme adecuado, encargada de llevar la jauría de perros, que con sus incesantes ladridos armaban gran algarabía, y a continuación las Amazonas y los caballeros, montados en briosos caballos que piafaban impacientes por lanzarse al campo en vertiginosa carrera.

Ya en el campo, se diseminaron todos y empezó la cacería, haciéndose cada vez más interesante este espectáculo; se soltaron los lebreles, que azuzados por la servidumbre se

lanzaron impetuosamente, guiados por su instinto, en busca de la caza, dando, cuando olfateaban, señales que indicaban a los cazadores los sitios donde la encontrarían; y éstos, al divisarla, disparaban instantáneamente sus escopetas, consiguiendo capturarla o matarla.

Cuando iba a darse por terminada la cacería y se disponían a retirarse, vieron todos cruzar el campo, a galope tendido, dos caballos que iban muy cerca uno de otro y que montaban Elizabeth y el capitán Barbán. Perseguían a un ciervo que se hallaba aún a gran distancia de ellos y que, más que correr, volaba, siendo difícil y peligrosa su persecución; el animal llevaba la cabeza erguida, los cuernos tocando con el lomo, el hocico levantado, y las finas patas, siempre en el aire, parecían no tocar el suelo. La distancia iba disminuyendo, y cuando llegaron cerca se oyeron dos tiros y se vio al ciervo dar un gran salto y caer inmediatamente inerte.

Después de esto, los cazadores pusieron las grupas de los caballos hacia el castillo, adonde llegaron poco antes de anochecer.

Como Elizabeth y el capitán tardaban en regresar, ante el temor de que les hubiese ocurrido algún accidente, salieron en su busca.

Después de recorrer un largo trayecto vieron sus dos caballos atados a un árbol y a ellos sentados en el césped, uno al lado del otro, a la orilla del río, los cuales no se apercebieron al pronto del ruido que producían los que se aproximaban. Estos, para llamarles la atención, dieron algunos gritos que, al ser oídos por ellos, interrumpieron la conversación, que tanto les absorbía. Elizabeth, con toda tranquilidad, les manifestó que estaban tan a gusto allí, que se les había pasado el tiempo sin sentirlo; se levantaron y, montando rápidamente en sus corceles, emprendieron todos el regreso.

Pero al pasar cerca de un frondoso y extenso bosque, oyeron grandes voces demandando auxilio, y suponiendo que procedían de algunos que se habían extraviado en él y que no acertaban a

encontrar la salida, lanzaron gritos también para orientarlos y azuzaron a los perros, que penetraron entre los árboles en su busca. Las voces se escuchaban cada vez más próximas, y a los pocos momentos aparecieron ante los ojos asombrados de los circunstantes, y montados en sus caballos, la marquesa de Livingstone y Adam, a los cuales les había ocurrido un incidente muy frecuente en las cacerías, como es el de que los cazadores, con el entusiasmo y el ansia de dar alcance a una res que persiguen no se fijan en el camino recorrido y se encuentran de pronto en terreno desconocido, sin saber por dónde dirigirse para volver al punto de partida.

Esto había pasado a Adam y a la marquesa; ésta, que hacía tiempo que se interesaba por Adam, procuró durante la cacería estar cerca de él, y al cruzar un corzo por el sitio donde se encontraban, los dos pusieron sus caballos al galope y emprendieron su persecución; la distancia que les separaba de la res se iba acortando, y cuando se puso a tiro y se disponían a disparar, penetró el corzo en el bosque; penetraron ellos también, dirigiendo sus caballos por los claros que presentaban los árboles. Una persecución como esa era muy difícil que tuviera éxito, porque el corzo se metía entre las malezas y pasaba por sitios demasiado estrechos para que los caballos pudiesen seguirlo. Por último, perdieron la pista de la res y se detuvieron.

Intentaron regresar, y como no tenían puntos de referencia que les sirviesen de guía, pues no veían más que árboles a su alrededor, no sabían a dónde dirigirse. La situación se agravaba porque declinaba el día y, si no encontraban pronto la salida, estaban expuestos a tener que pasar la noche dentro del bosque.

Después de esto se encaminaron todos juntos al castillo, donde se comentaron animadamente los incidentes de la cacería, en la que se había cobrado gran número de ciervos, corzos y zorras.

Se murmuró también sobre el encuentro de Elizabeth y del capitán, siendo unánime la opinión de que podrían darse por

terminadas las relaciones de aquélla con Adam, el cual había sido sustituido por el capitán Barbán.

La cacería fue afortunada para todos, especialmente para las dos parejas extraviadas en cuyos rostros se reflejaba la satisfacción.

Elizabeth y el capitán habían iniciado relaciones amorosas; la marquesa creía ver en perspectiva la conquista de Adam, y éste se veía ya libre de las murmuraciones que atribuían un alcance que no tenían a sus relaciones con Elizabeth.

CAPITULO XXI

DUBLIN'S PARL

La marquesa de Livingstone, enterada de los sitios adonde Adam acudía con frecuencia, procuraba encontrarse con él para, juntos, tomar parte en ls diversiones y excursiones que se organizaban,

Este asedio lo intensificaba con la esperanza de que la plaza acabara por rendirse ante las armas, siempre victoriosas, de sus encantos y de su hermosura.

Uno de los sitios más concurridos en las afueras de la población era Dublin's Parl, centro de atracciones donde la sociedad más elegante y distinguida se reunía para disfrutar de los diversos espectáculos y diversiones que allí se presentaban, tornar el té y entregarse a las delicias del baile.

En este centro de atracciones se destacaba en la parte alta una gran plataforma cubierta por una techumbre de arquitectura grecorromana, apoyada en esbeltas columnas de jaspe; esta plataforma se hallaba elevada unos metros sobre el terreno, y el acceso a ella se verificaba por una gradería de escalones de brillante mármol, que de trecho en trecho se interrumpían por artísticas estatuas y diversos grupos escultóricos representando escenas alusivas a las fiestas paganas de la antigua Roma.

Descendiendo por las graderías, el espectáculo que se ofrecía a la vista de los espectadores que dirigiesen sus miradas por toda la extensión del Parque, era grandioso. Se inclinaba el terreno en suave declive, con terrazas escalonadas, sobre las cuales, y alrededor de las mesas en ellas colocadas, se servían suculentos manjares y deliciosos refrescos, terminando la última terraza por una gran pista, en la que se apiñaban los aficionados al baile, que al son de una selecta orquesta se entregaban a su afición ; en el centro de esta pista, que tenía la forma anular, se destacaba un hermoso lago rodeado de plantas

exuberantes y exóticas, intercaladas por figuras de mármol y alabastro, constituyendo un encantador marco, y sobre la superficie del agua, rizada por ligera brisa, se deslizaban, pausadamente los cisnes y otras aves acuáticas, que cruzaban el lago en todas direcciones.

Ante una de las mesas próximas a la pista se hallaba Adam, contemplando el hermoso espectáculo que tenía ante sus ojos, cuando, al dirigir la mirada hacia las terrazas superiores, vio que bajaba por ellas la majestuosa y esbelta figura de la marquesa de Livingstone, la cual atraía la atención de todos los circunstantes, dejando a su paso la expresión simpática de su delicada silueta, el brillo de sus cabellos de oro, la espiritual animación de su rostro y la dulzura ardiente y suave de sus ojos, muy azules, cuya expresión se hacía indagadora, como si buscara algo que no encontraba y que tenía hondo interés en encontrar. De repente, al dirigir la vista hacia el lago, su fisonomía adquirió una rápida animación de alegría y apresuró el descenso por las terrazas, hasta llegar al sitio donde se encontraba Adam. Este se levantó inmediatamente y la invitó a sentarse, disfrutando después ambos de cuantos atractivos el Parque ofrecía y entablando una conversación muy animada; desde el sitio que ocupaban contemplaban el horizonte vaporoso de la sierra, con la línea armoniosa y suave de sus montañas, que servían de fondo al cuadro maravilloso del Parque.

Adam se extasiaba contemplando los encantos de la interesante figura de la marquesa. Poco a poco, bajo su influencia arrebatadora, iba cayendo en las redes que ella le tendía, redes que, si lo aprisionasen, no se sabía si serían para labrar su felicidad o su desgracia; pudiera ser lo primero si la marquesa sintiese por él realmente el afecto que expresaba; sería lo segundo si el deseo de conquistarlo obedeciese sólo a la vanidad de ostentar su unión con un hombre célebre por su fama de artista y por su rancio abolengo. Pero, ¿quién es capaz de averiguar la intención oculta de las personas? Sólo la

observación y el examen de los incidentes que se presentasen durante el curso de las relaciones podrían revelar algún indicio que sirviese para demostrar los verdaderos sentimientos.

Al preludiar la orquesta un vals, la marquesa y Adam se levantaron, y entrelazados desaparecieron, girando vertiginosamente en el torbellino del baile; esos momentos no podían ser más propicios para una declaración de amor. El sol declinaba en el horizonte; la tenue luz del crepúsculo se iba amortiguando paulatinamente, hasta desaparecer, riendo sustituida instantáneamente por el brillo deslumbrador de los millares de focos luminosos diseminados en los árboles y flores del jardín como fantásticas luciérnagas.

¿Impresionó este espectáculo maravilloso a la pareja, de la cual vamos siguiendo los movimientos? ¿Ejerció sobre Adam una alucinación que le embargó todos los sentidos y a la cual no se pudo sustraer? Seguramente que sí, porque, terminado el baile, se dirigieron juntos a uno de los bancos de piedra más apartados que rodeaban el lago, entregándose a una conversación al parecer muy interesante, a juzgar por sus actitudes y movimientos, cada vez más expresivos, y sus penetrantes miradas, que estaban constantemente fijas en sus animados rostros, que se hallaban como abstraídos y ajena todo lo que les rodeaba. Adam, fascinado por tantas emociones como en aquel atardecer habían asaltado su mente y que se habían apoderado de su voluntad, envuelto en el fantástico ambiente que invadía los jardines del encantador Parque, estuvo a punto de declararle su amor; pero instantáneamente, dominado por una fuerza misteriosa, se contuvo, y la declaración no salió de sus labios. La marquesa, que ya lo creía vencido, experimentó una desagradable decepción; pero eso no la haría desistir, confiando en sus encantos para hacerle caer rendido a sus pies.

¿Sería posible que esto sucediese? ¿Se olvidaría Adam de su idolatrada Mary, en la cual había visto reunidas todas las perfecciones, que no encontraba en ninguna otra mujer? ¿Es

que nuestra naturaleza es tan voluble que los afectos que experimenta, por grandes que sean, se amortiguan y hasta desaparecen inesperadamente, siendo sustituidos por otros?

La contestación a esta última pregunta sería afirmativa si los afectos nuevos fuesen superiores moralmente a los primitivos, y negativa en el caso contrario. Pero también pudiera suceder, y desgraciadamente sucede con bastante frecuencia, que, aunque moralmente los afectos nuevos fuesen inferiores a los otros, consideraciones de índole material y de conveniencia compensasen con ventaja, a juicio de la persona interesada, la deficiencia moral, y en tal caso se decidiese a prescindir del antiguo amor y a sustituirlo por el nuevo; lamentable error mantenido por un refinado egoísmo que pone a la persona que piensa así una venda en los ojos para que no pueda ver la verdad, y que le oscurece su inteligencia, impidiéndole comprender que no se pueden comparar cosas heterogéneas, como son la moral y la material, los puros goces espirituales del amor, que nacen del alma, y las satisfacciones del egoísmo, que nacen del mezquino interés personal; eso es un absurdo, y la única explicación que tiene no es otra que la de que el individuo que así procede no siente verdadero amor, porque éste no se extingue por nada ni por nadie, sino un afecto pasajero o superficial.

¿Pero se daría este caso en Adam? ¿Sería uno de tantos egoístas que se atreviese a proceder de manera tan baja?

Discurriendo lógicamente, no siendo Adam de aquellos que subordinasen lo moral a lo material, puesto que su alma de artista, siempre dispuesta a elevarse sobre las pequeñeces humanas, y su manera de ser debieran impedirselo, la decisión que habría de adoptar en los momentos difíciles de su vida, debiera de ser la que más se ajustase a los buenos sentimientos de los seres privilegiados, que están muy por encima de las vilezas humanas.

CAPITULO XXII

REAPARICION DE LA GOLETA "PRETTY MARY"

Las obras de reparación y reconstrucción de la goleta "Pretty Mary" estaban terminadas, y el barco en disposición de hacerse a la mar.

En vista de que la revolución que agitaba al país adquiriría enormes proporciones, avanzando rápidamente y destruyéndolo todo a sangre y fuego, Richard y John acordaron abandonar la isla, donde no se disfrutaba de la tranquilidad necesaria para trabajar, y trasladarse a otro país donde el orden establecido fuese una garantía de que el fruto del trabajo se respetase, haciéndose en el, por consiguiente, la vida normal de los pueblos civilizados.

Al mismo tiempo convinieron en formar una Sociedad que, además del negocio de transporte, se dedicaría en el primer viaje, aprovechando la enorme baja de precios producida en la isla con motivo de las circunstancias graves que atravesaba, a comprar las mercancías que habían de constituir el cargamento del barco y venderlas en el puerto adonde se dirigiera, repartiéndose las utilidades en proporción a la parte del capital que cada uno hubiese aportado.

A consecuencia del pánico que se había apoderado de las clases productoras, se vieron éstas obligadas a liquidar rápidamente sus existencias a cualquier precio para poder huir de aquella isla, donde peligraban sus fortunas y sus vidas; así es que, con gran facilidad, John y Richard adquirieron mercancías suficientes para cargar con ellas el barco, que quedó completamente abarrotado. Decidieron, pues, renunciar a la explotación proyectada de la línea marítima de Rockland a Trinity, abandonar la isla y disponer que, por de pronto, la goleta rindiese el viaje en Worthing, donde venderían el cargamento que llevaba, estudiando allí las líneas marítimas

que les convendría adoptar para el transporte de viajeros y mercancías.

La alegría de John fue inmensa ante la perspectiva, próxima a realizarse, de volver a su patria y de estrechar entre sus brazos a los seres tan queridos que en ella le esperaban. Inmediatamente puso un cablegrama, dirigido a su hermana y a Emma participándoles esta feliz nueva y anunciándoles la salida para el día 10 de Septiembre. En la mañana de ese día, con las velas desplegadas, que empujaba una suave brisa del Oeste, zarpó la goleta "Pretty Mary" con rumbo hacia el Este.

La hermana de John, bajo la influencia de una conmovedora emoción, puso en conocimiento de cuantos se interesaban por ellos el contenido del cablegrama. Todos esperaban con ansiedad la llegada del barco, que después de haber sido destrozado por la tempestad, resucitaba a nueva vida y reaparecería flamante, muy pronto, en las aguas de aquel puerto; el espectáculo tenía que ser verdaderamente sensacional.

* * *

Ningún incidente desagradable hubo de señalarse durante la travesía; el tiempo se conservó bonancible y los vientos dominantes eran siempre los más favorables para que el barco no sufriese ningún retraso; este viaje se hacía, pues, con buenos auspicios y todo inducía a esperar que se llegaría a su término sin el menor contratiempo.

De los puertos en donde hacía escala el barco se recibían constantemente noticias satisfactorias; el último cablegrama procedía de un puerto distante de Worthing 150 millas, por lo que se calculaba que, si no ocurría ningún contratiempo, no tardaría el barco en llegar más de dos días; en este cablegrama se participaba también que habían visto en su ruta a la goleta "Iris", la cual conducía a los demás naufragos, y que llegaría a Worthing, probablemente, el mismo día que la "Pretty Mary".

Durante esos dos días se veía una nutrida muchedumbre diseminada a lo largo de la costa, provista de gemelos y anteojos de larga vista, escudriñando el horizonte para ser los primeros en anunciar la aparición de las dos goletas.

Por fin, el día 25 de Septiembre, a las ocho de la mañana, una de las personas que miraba con un catalejo prorrumpió en una exclamación de alegría: "¡Un barco a la vista!". Todos dirigieron sus miradas hacia el punto que se divisaba en el horizonte; este punto fue agrandándose, empezando a distinguirse la arboladura; poco después pudo apreciarse que la arboladura correspondía a una goleta de tres palos, que cada vez se hacía más visible, y al fin pudo leerse en su proa el nombre de "Pretty Mary".

El entusiasmo fue general; todos aplaudían y lanzaban gritos de alegría; corrió el público hacia los muelles para presenciar su feliz arribo.

Se le vio entrar en el puerto a buena marcha, fueron arriadas las velas y con la velocidad adquirida hizo una rápida evolución y, enfilando los muelles, atracó al costado de éstos, largando sus amarras, que la mantuvieron arrimada al muro, fuertemente sujeta.

Los muelles estaban rebosantes de gente.

John, sobre cubierta, saludaba a todos, y al saltar a tierra, visiblemente conmovido, abrazó a su hermana y a su prometida, que se adelantaron a su encuentro; presentó a las dos a su protector y consocio Richard Smith, que le acompañaba, y después de despedirse de éste, que se quedaba en el barco, y de Emma y de William, que se marchaban a su casa, se agolpó a su alrededor multitud de personas deseosas de estrecharle la mano y de darle la bienvenida.

Llegó a su casa, donde se despidió de todos, y después se encontró solo con su hermana, a la que enteró minuciosamente de las penosas vicisitudes por las que había pasado, de las cuales ya se veía libre, y expresándole su confianza de que, desde aquel momento, se iniciaba para ellos una era de

prosperidad, porque todo indicaba que su situación se despejaba en sentido favorable.

Pocas horas después de llegar la goleta "Pretty Mary", las familias del resto de los náufragos, que se habían quedado en los arrecifes de la costa esperando la llegada de la goleta "Iris", pudieron divisar en el horizonte la aparición de un barco. Aunque John, al desembarcar, les había dicho que la goleta "Iris" navegaba sin contratiempo, empujada por un viento favorable, y que seguramente arribaría aquel mismo día, no estaban completamente tranquilas.

El barco divisado en el horizonte fue acercándose, y cuando estaba a una distancia que permitía distinguir sus detalles, pudo leerse en la proa el nombre de "Iris". Prorrumpieron todos en grandes gritos de alegría, dirigiéndose a los muelles, donde el barco no tardó en atracar, saltando inmediatamente a tierra los pasajeros, que se encontraron en seguida entre los brazos de sus familias. Todos ellos, al hacer el relato del naufragio, elogiaron las condiciones marineras de la goleta, atribuyendo la catástrofe ocurrida solamente a la violenta tempestad que de repente se desencadenó, con tal furia que ningún barco, por sólido y resistente que fuese, hubiera podido vencer. La "Pretty Mary", según ellos, sucumbió porque no tenía más remedio que sucumbir.

Después de estas explicaciones dadas por los náufragos, se convencieron todos de lo infundado de sus sospechas y de lo cruel que había sido su conducta con Mary; desde aquel momento se vio la casa de John invadida por las familias de los náufragos, las cuales procuraron desagraviar a Mary, testimoniándole al mismo tiempo el aprecio que siempre le habían demostrado por sus justos merecimientos y rogándola que, por la injusta conducta que habían observado con ella últimamente, les perdonase.

—Nunca he dudado—contestó Mary—del afecto que todos vosotros siempre me habéis profesado. Vuestra conducta últimamente observada conmigo la encuentro disculpable,

teniendo en cuenta el desesperado estado de ánimo en que os encontrabais, que no os dejaba ver las cosas con la debida claridad al enteraros del naufragio y de que las lanchas en las que se habían embarcado vuestros seres queridos en el momento de abandonar la goleta se bailaban a merced de las olas, siendo de temer que no hubiesen podido resistir a los furiosos embates del temporal, porque, a pesar del mucho tiempo transcurrido, no teníais ninguna noticia de ellos. Nada tengo que reprocharos desde el momento que reconozco que vuestra desesperación al pensar en tan horrible desgracia os puso una venda en los ojos que no os dejó ver la verdad, sino un equivocado juicio que vuestra imaginación abultaba hasta considerarlo como una realidad.

Estas familias se marcharon tranquilas por haber dado la debida satisfacción a Mary y por haber acallado su conciencia, que les acusaba de la odiosa calumnia que tantos perjuicios morales y materiales podría haber ocasionado a ella y a John.

A Mary, al quedarse sola, a pesar de su entereza de ánimo, con las fuertes impresiones que habían conmovido su corazón en breves momentos, se le saltaron las lágrimas; lloró y permaneció bastante tiempo llorando, siendo sus lágrimas no de dolor, sino de alegría por la feliz llegada de su hermano y por la rehabilitación del nombre de éste. ¿Era con esto feliz? Sí, relativamente; para serlo por completo le faltaba unir su suerte a la del ser soñado por ella.

A los pocos días de la llegada de su hermano, se presentó Mary en la fábrica donde estaba empleada, con el objeto de decir a Joseph que no podía continuar en ella, manifestándole su agradecimiento por las atenciones que de él había recibido.

CAPITULO XXIII

JOHN Y RICHARD

En la mañana del día siguiente a la llegada de la soleta, se reunieron en casa de John éste y su consocio Richard, para fijar los precios de venta de las mercancías que habían traído, acordando ponerlas precios inferiores a las que regían en el mercado para darlas pronto salida y poder libremente dedicar el barco al transporte de pasajeros y de todos los productos en el comercio de cabotaje.

Enterados los agentes comerciales de la población, invadieron la casa de John y se disputaron la mercancía, aprovechándose de los precios ventajosos que habían fijado, que les hacía prever un excelente negocio; en pocas horas se concertaron las operaciones de compra-venta suficientes para que quedase vendido todo el cargamentó, y se dispuso lo necesario para que diesen principio inmediatamente los trabajos de descarga.

En el acto se formalizaron las liquidaciones con los compradores y, después que éstos se marcharon, John y Richard hicieron detenidamente el balance del resultado obtenido, que, aunque suponían que sería satisfactorio, superó mucho a cuanto imaginaban, pues fue verdaderamente asombroso; las utilidades ascendieron a una cifra tan grande, que con ella pudo amortizarse inmediatamente el capital invertido en la reparación y reconstrucción de la goleta, quedando un remanente que se aplicó a los gastos iniciales de la empresa de transportes marítimos que iban a acometer y repartiéndose, además, un dividendo muy halagüeño, en concepto de ganancias.

Esto le pareció a John un sueño, pues no esperaba percibir utilidad alguna hasta pasados algunos años, durante los cuales quedaría amortizado el capital; tiempo que no se podría

precisar y que pudiera haberse demorado indefinidamente, si el negocio hubiese tenido algún tropiezo.

Ahora se encontraba libre de esa preocupación y en una situación francamente próspera, que le permitiría ensanchar el círculo de los negocios que iba a emprender en unión de su consocio. John pasó rápidamente de la pobreza a la riqueza; de la humilde posición de un empleado, que para su subsistencia sólo podía contar con el trabajo cotidiano, a la posición desahogada del hombre acaudalado.

Reunidos los dos consocios, acordaron ampliar los negocios de la sociedad con la organización de los talleres del astillero de John, disponiéndolos de manera que en él se pudiesen construir barcos de todos los portes. Respecto a la línea marítima que se había de explotar eligieron la de Worthing a Dublín, haciendo escala en todos los puertos de importancia que se encontraban en su ruta, de la costa occidental y oriental de Irlanda.

En pocos días quedó terminada la descarga de las mercancías que llenaban las bodegas del barco, y empezaron las operaciones de la carga que había de transportar en el próximo viaje.

Terminadas estas operaciones, el 5 de Octubre se dio a la vela la goleta, completamente abarrotada de mercancías; desde todos los puertos donde hacía escala, telegrafiaban dando cuenta de los incidentes que ocurrían durante la travesía, siendo las noticias que se recibían completamente satisfactorias no sólo respecto a la regularidad de la marcha del buque que llegaba a sus destinos en el tiempo prefijado, sino también a la importancia de los fletes de las mercancías que cargaba durante el trayecto y de los pasajeros que transportaba.

Entre tanto, los trabajos de reconstrucción y reforma de los astilleros de la Sociedad proseguían activamente y pronto se verían terminados.

Desde Worthing hasta Dublín, teniendo en cuenta la distancia que el buque tendría que recorrer y el tiempo que se invirtiese en las operaciones de carga y descarga en los puertos del trayecto donde haría escala, tardaría en llegar unos doce días.

En efecto, el día 17 de Octubre hizo su entrada en la capital de Irlanda la goleta, después de un viaje completamente feliz.

Los periódicos de la localidad dieron la noticia de su llegada y anunciaron su salida con dirección a Worthing, en la siguiente semana.

Hallándose Adam en su estudio hojeando los periódicos, durante los momentos que dedicaba al descanso, se fijó en uno de los anuncios que se insertaban en la sección de movimiento marítimo, que decía así:

COMPAÑÍA DE NAVEGACIÓN JOHN Y RICHARD

La goleta "Pretty Mary", saldrá del puerto de Dublín el día 22 de Octubre con destino a Worthing, haciendo escala en los puertos principales del Mar de Irlanda, Canal del Norte y Océano Atlántico.

Admite pasajeros y mercancías.

Este anuncio le causó enorme impresión, porque traía a su memoria la goleta que, con el mismo nombre, había visto salir del puerto de Worthing y que había naufragado en su viaje a la isla de la Paz. No se le figuraba que fuese la misma, y suponía que se trataba de otra goleta a la que le habían puesto el mismo nombre; pero por darse esta circunstancia y por estar matriculada en el mismo puerto, sospechaba que pudiera pertenecer al mismo dueño.

Para salir de dudas, se dirigió inmediatamente a los muelles donde estaba el buque; subió a su bordo y se entrevistó con el capitán, al que le expuso su deseo. El capitán le dijo que se

trataba de la misma goleta a que él se refería, reconstruida con el casco que se había salvado del naufragio; a continuación le explicó todas las peripecias y sufrimientos por los que habían pasado John y su hermana, y la transformación sorprendente que se había operado en su fortuna, hablándose ya en un período de gran prosperidad.

A medida que iba hablando el capitán, se reflejaba en su semblante la satisfacción que le producían las últimas palabras pronunciadas por éste y, sin poderse contener, porque en su mente germinaba el vehemente deseo de averiguarlo, le preguntó si William, con el cual tenía Mary pendiente cierto compromiso amoroso, había regresado a Worthing. La contestación del capitán, no pudo ser de mejor efecto para Adam, pues le dio detalles del curso y del resultado de la entrevista de ambos, añadiendo que, como consecuencia de ella, Mary estaba libre del copipronúso contraído.

Al saber esto Adam, formó el firme propósito de emprender el viaje a Worthing en la goleta "Pretiy Mary", que muy pronto se haría a la mar.

CAPITULO XXIV

INTRIGAS DE LA MARQUESA DE LIVINGSTONE

La alucinación producida en Adam por la hermosa marquesa de Livingstone, en sus breves y superficiales relaciones con ella, había desaparecido. Aun cuando Mary no fuese, como lo era, dueña de su corazón, hubiera procedido del mismo modo con la marquesa, por haberse convencido de que no era ésta la mujer que le haría feliz. Formó de ella el juicio de que era una de esas mujeres nacida para brillar en sociedad, para ser contemplada y admirada por los que frecuentaban su trato para recibir los halagos del entusiasmo que provocaban sus encantos físicos, para gozar de la satisfacción de verse descollar sobre las demás mujeres persuadiéndose de que ninguna la sobrepujaba, para sostener el interés de la conversación con frases superficiales y frívolas; pero si prescindiendo de esta parte externa se trataba de ver lo interno, si del trato frívolo superficial y de los encantos físicos se intentaba pasar a escudriñar su inteligencia, no se encontraba en ella nada digno de elogio. No pensaba más que en sí misma y despreciaba todo lo que estuviese fuera de ella. En una palabra, no había nacido, como los demás semejantes, para elogiar lo que era merecedor de elogio y admirar lo que era digno de admiración, sino única y exclusivamente para ser elogiada y admirada. Esta manera de ser de la marquesa, de la que Adam se cercioró, y su inutilidad para todo lo que no fuese su egoísmo, tras del cual no aparecía un afecto sincero, dio por resultado su retraimiento.

¿Se resignaría ésta con la derrota sufrida, y dejaría que el enemigo que trataba de conquistar se recrease en su victoria?

Tuvo noticia de que Adam no se decidía a formalizar relaciones con ella, ni con ninguna otra mujer, porque durante su estancia en Worthing se había enamorado de la hermana de

un constructor de barcos. Verse ella, la que tanto brillaba en los círculos aristocráticos más distinguidos de Dublín, postergada por una mujer vulgar, eso no lo podía consentir y requería, a su perverso juicio, una implacable venganza.

En los primeros momentos se le ocurrió dirigir a Mary un anónimo, pero pensándolo detenidamente comprendió que no sería difícil que se averiguase quién había sido el autor de este infame medio de desacreditar a una persona, por lo que prefirió no ocultar su nombre y presentarse a cara descubierta, considerando que la conducta con ella observada por Adam le autorizaba para proceder así.

Sin la menor vacilación, escribió a Mary esta carta:

"Un deber de conciencia, me obliga a enterarle de que Adam Turner ha tenido con Elizabeth, hija de la baronesa de Wilson, relaciones amorosas bastante avanzadas, para que en las personas que concurrían a las fiestas que ellos frecuentaban fuese unánime la creencia de que no tardarían en hacerse públicas estas relaciones, y que muy pronto se celebraría la boda; los periódicos locales comentaron esta noticia y la publicaron.

"A pesar de esto, dichas relaciones fracasaron, no siendo otra la causa que la inconstancia, rayana en el cinismo, de Adam, que, al parecer, disfrutaba de un placer especial en enamorar a las mujeres, para dejarlas cuando más ilusiones les había infundido en su mente, aunque él la atribuía a incompatibilidad de caracteres. Esto último creía yo, por desgracia, como lo creían todos los que de buena fe pensaban que había sido la causa del rompimiento; digo por desgracia, porque al poco tiempo me hizo la corte con tal asiduidad, siguiéndome a todas partes, encontrándose conmigo y frecuentando mi trato, que por sus atractivos personales, que escondían una falsa intención, llegó a interesarme y a conseguir que aceptase su proposición de entablar relaciones amorosas.

"Así continuamos, haciéndose cada vez más íntimas nuestras relaciones; los periódicos adelantaron la noticia de

nuestras próxima boda, y cuando más ilusionada estaba, sufrí el más amargo desengaño de mi vida; Adam se alejó de mí, conduciéndose conmigo de una manera tan despreciable como se había conducido con Elizabeth.

"Por eso, siendo yo una de las mujeres de la cual pretendió burlarse, quiero desenmascararle ante las demás que estuviesen expuestas a ser blanco de sus fechorías, y como sé que durante su estancia en Worthing ha tenido usted con él relaciones de amistad, antes que éstas adquieran otro carácter, le escribo para ponerla en guardia contra las asechanzas de tan funesta persona.

"Comprenderá usted que al no ocultar mi nombre y al no recomendarle la reserva sobre lo que le digo, es porque tengo la seguridad de que todo es cierto.

"Le envió con esta carta el recorte de uno de los periódicos de esta localidad, en el que se da cuenta del estado a que habían llegado recientemente las relaciones de Adam conmigo.— La marquesa de Livingstone"

* * *

Enterada la marquesa de que Joseph Olivier, antiguo amigo de John y de Mary en los días de infortunio que ésta había sufrido con motivo del desastre de la goleta, cuando, buscaba trabajo para atender a su subsistencia y no lo encontraba la había admitido en su fábrica y que estaba enamorado de ella, habiéndole declarado su amor, sin saber el resultado de esta declaración y aventurando el juicio, porque así le convenía para los fines que perseguía, de que no había sido rechazado, haciendo depender su contestación del giro que tomasen sus relaciones con Adam, se propuso poner en conocimiento de éste la conducta que atribuía a Mary, con el objeto de que, así como con la carta que a ésta había escrito suponía que destruiría su afecto por Adam, al enterarse éste de las relaciones de amistad de Mary con Joseph, relaciones que

podieran transformarse en relaciones amorosas, conseguiría destruir el sentimiento de amor que Adam experimentaba por aquélla.

Sin revelar la contrariedad que la conducta de Adam le había producido y habiendo quedado reducidas sus relaciones con él a las de una superficial amistad que permitía continuar tratándose, puso los medios para tener una entrevista con él. Con este objeto recibió Adam una invitación de la marquesa para que fuese a tomar el té en su casa.

Acudió Adam, siendo recibido con la mayor afabilidad, sin que se notase en ella la indignación de que estaba poseída por su comportamiento; por el contrario, dueña de sí misma, y, como buena diplomática, escondiendo sus intenciones, adoptando la mayor amabilidad, hizo recaer la conversación en las marinas que había pintado y que figuraban en la Exposición de Pinturas que se estaba celebrando en Dublín, sobre todo en las que representaban perspectivas tomadas desde la costa de Worthing. Con este motivo le felicitó por haber sido premiado con Medalla de Honor el cuadro que representaba la salida del puerto de la goleta "Pretty Mary".

—A propósito, Adam; esa goleta, que había naufragado, se reconstruyó y ahora se encuentra en nuestra bahía.

—Ya lo sé—replicó Adam—; el otro día hablé con el capitán, que me dio noticias de todo lo que había ocurrido y de las vicisitudes que había pasado John, dueño de ese barco.

—También por curiosidad hablé yo con el capitán, que me dijo que usted tenía relaciones de amistad bastante avanzadas con Mary, y que Joseph, antiguo amigo de John y de su hermana, hace mucho tiempo que está enamorado de ésta, no habiéndoselo declarado antes porque sabía el compromiso que tenía con William, pero que, saldado éste, ahora le propuso entablar relaciones amorosas que ella no se había atrevido a rechazar, haciendo depender su resolución definitiva del giro que tomasen las relaciones que tiene pendientes con usted.

Indudablemente, es previsor, puesto que, por lo que pudiera suceder, prepara un sustituto.

Al oír esto, Adam, fuertemente impresionado, replicó que eso no podía ser cierto, puesto que el capitán nada le había dicho.

—No se lo dijo—repuso la marquesa—porque no se lo ha preguntado.

—De todas maneras—interrumpió Adam—, me es imposible dar crédito a esa noticia, y creo que es una invención sin fundamento.

Sin poder dominarse, impaciente por comprobar lo que la marquesa le acababa de decir, aprovechó el momento en que llegaban otras personas para despedirse.

Tan pronto saltó de la casa de la marquesa, se dirigió precipitadamente a los muelles del puerto, donde aún permanecía atracada la goleta, y habló con el capitán sobre las relaciones de Mary con Joseph. El capitán, después de ensalzar las excelentes cualidades de Joseph, no negó que éste estuviese enamorado desde hacía mucho tiempo de Mary, con la cual le unía un afecto de sincera amistad, no extrañándole que este afecto llegase a tener un carácter más íntimo.

CAPITULO XXV

DESILUSION DE MARY

Recibió Mary la carta de la marquesa poco después de su entrevista con Ioseph. El suelto del periódico que en ella le incluía decía lo siguiente:

“Se anuncia la boda para muy pronto de una marquesa, figura destacada en las fiestas de la sociedad elegante de Dublín por su belleza y por el atractivo de sus dotes personales, con un célebre pintor de aristocrática alcurnia,”

El efecto que le produjo el contenido de esta carta y el del recorte del periódico que la acompañaba, fue de asombro y estupor; no quería creer que Adam fuese la persona descrita con tan negras tintas por la marquesa. Sin, embargo, había que rendirse a la evidencia; a la vista tenía las pruebas de la veracidad de cuanto afirmaba. Le parecía imposible que ésta se hubiese atrevido a estampar su firma al pie de acusaciones tan graves si no fuesen ciertas, exponiéndose, en el caso de no ser confirmadas, a que le diesen un mentís que la pondría al bajo nivel de una vil calumniadora.

Indudablemente, Adam había jugado con su corazón lo mismo que con el de Elizabeth y el de la marquesa. ¡Adiós, ilusiones! Todo había sido un sueño. ¡Qué horrible despertar! El afecto de amor que había germinado en su alma fue violentamente maltratado. Imposible, imposible le parecía que tanta perversidad pudiera albergarse en un ser humano. Tenía formado de Adam un concepto tan elevado, que en ningún momento le asaltó la idea de dudar de su afecto y de sus nobles intenciones. Este primero y único amor de su vida, que con tanta fuerza se había arraigado en su corazón, no podía desaparecer, tenía que acompañarla siempre, aunque el ser amado le hubiese mentido falsos sentimientos, aunque se

hubiese burlado de ella. No, no podía ya unir su suerte a la de ninguna otra persona.

Sería un martirio, pero no esperaba otro porvenir que el de cruzar sola y sin amparo el camino de su vida hasta el momento de desaparecer de este mundo, sin más compañía que la de su inmenso amor no correspondido y despreciado.

Haciéndose estas reflexiones y embargada por una fuerte emoción, se dispuso a escribir a Adam una carta lacónica, porque no encontraba palabras bastantes para condenar su conducta, en los siguientes términos:

"Acabo de recibir la carta, que le incluyo, de la marquesa de Livingstone, en la que se hacen afirmaciones muy graves respecto a usted, afirmaciones que no admiten réplica, puesto que la marquesa responde de ellas con su firma, corroborándolas, además, el recorte del periódico que la acompaña; otras noticias que tenía yo hace tiempo, por haberlas publicado el periódico de esta localidad, tomadas de los de Dublín, sobre su conducta en las fiestas que en esa capital se celebraban, hacían sospechar que su ánimo se encontraba muy tejos del afecto que me había expresado, y que más bien experimentaba especial placer en compartir sus sentimientos con otras jóvenes de su sociedad; pero no les daba importancia, porque creía que las relaciones a que se referían eran superficiales, dándoles la gente unas proporciones que no tenían, no imaginando que usted fuese infiel al afecto que tantas veces y con tanto fervor me había expresado.

"Ahora comprendo que estaba equivocada y que el concepto que de usted había formado, creyéndote un ser superior a los demás hambres por sus cualidades morales, no era el que usted merecía.

"Después de esto nuestras relaciones no sufrirán un alto, sino un retroceso, volviendo al punto de partida, como si nunca nos hubiésemos conocido.—Mary."

CAPITULO XXVI

TRISTEZA DE ADAM Y DE MARY

Adam, profundamente enamorado de Mary, sufrió una cruel decepción al enterarse de las nuevas relaciones amorosas que él creía estaban a punto de iniciarse entre ella y Joseph. No imaginaba que Mary mirase el afecto tierno que inspira el amor con la frialdad que representaba el hecho de consentir entablar relaciones de amistad que pudieran dar lugar a otra clase de relaciones, hallándose, como se bailaba, ligada por un verdadero afecto al ser que, como él, veía en ella reunidas todas las perfecciones morales. Ya no la veía como la veía antes, como una mujer superior, de puras virtudes y sentimientos, sino como una persona vulgar en la que el corazón estaba siempre supeditado a la cabeza.

Lo que de Mary le había dicho la marquesa le parecía que estaba confirmado por el capitán.

Ante esto, debía de adoptar la resolución de dar por terminadas sus relaciones. Se dispuso a escribirla, pero era tan grande la pena que se había apoderado de su ánimo y tanta la excitación que le había producido su extraña e inesperada conducta, que no pudo en aquel momento coordinar las palabras para expresar su indignación, no encontrando frase adecuada para recriminar su innoble manera de proceder. Interrumpió, pues, la carta que había empezado a escribir, con la intención de continuarla cuando estuviese más tranquilo.

La carta de Mary, que recibió al día siguiente, vino a colmar la medida de los sufrimientos que estaba pasando. Ya no era sólo él quien iba a dar por terminadas las relaciones con Mary; era ésta la que se adelantaba a adoptar una resolución que destruía las ilusiones que ambos se habían forjado. Se decidió, pues, a contestarla para hacerla ver que si ella creía tener motivos para apartarse de él, él también los tenía para apartarse de ella.

No quería que estas relaciones terminasen sin que cada uno quedase en el lugar que le correspondiese, pues no se resignaba a que cayese sobre su buen, nombre la menor mancha que lo oscureciese, habiendo sido siempre norma de su vida la rectitud y la nobleza.

Empezó la carta manifestándole que las acusaciones de la marquesa, si bien aparentemente le condenaban, carecían de fundamento sólido, puesto que las relaciones a que aludía no eran de amor, sino de amistad; y añadía:

"Los epítetos que la marquesa me aplica son injuriosos e injustificados, y no quiero creer que de mi persona tenga usted formado el vil concepto descrito por ella. No niego que mis relaciones de amistad, tanto con ésta como con Elizabeth, han dado pábulo a la opinión de que se hallaban próximas a tomar otro rumbo más íntimo; pero eso no es verdad; mi conducta fue efecto más bien de una alucinación que de un verdadero sentimiento de amor. Lo que sucedió fue lo que sucede muchas veces en las reuniones, donde un acontecimiento sencillo se comenta y abulta con facilidad para dar amenidad a la conversación, bastando que una persona lance una sospecha para que, corriendo de unas personas a otras, se convierta en una presunta realidad. Y eso me sucedió a mí, que no rae vi libre de estas equivocadas suposiciones en las fiestas a que había asistido. Mi objeto al frecuentar estas fiestas no había sido otro que el de distraer mi imaginación de la preocupación que me producía su tardanza en contestar a la carta que le había escrito, relacionando este hecho con el temor de que se hubiese verificado su entrevista con William y que de ella hubiese resultado que tendría que perder la esperanza de que se realizase mi ilusión. Pero, en medio de aquellas fiestas, su imagen no se separaba de mi mente, y eso hacía que mis relaciones con Elizabeth y con la marquesa no pasasen de cierto límite y que se redujesen únicamente a un agradable entretenimiento.

"Al enterarme por el capitán de la goleta, que está anclada en esta bahía, que se encontraba usted libre del convenio que la ligaba a William, se me ensanchó el corazón y formé el propósito de tomar pasaje en ese barco, que pronto iba a hacerse a la mar con dirección a Worthing, donde tendría el placer de verla y de arreglar lo necesario para realizar lo que constituía el sueño más hermoso de mi vida.

"Considero que con estas explicaciones queda plenamente justificada mi conducta; o se cree en la sinceridad de mis palabras, o que es verdad la vil calumnia de la marquesa, ocasionada por ofensas imaginarias que ella supone haber recibido de mí y que su vanidad excesiva o su exagerada presunción o su innata maldad le dio enormes proporciones, desechada por no haberme prestado a secundar los planes que respecto a mí había fraguado. Estas explicaciones que le doy no tienen por objeto convencerla de lo que es verdad, para conseguir que rectifique la pobre opinión que se ha formado de mí, porque la extrañará que le diga que eso me es indiferente, fundando esta indiferencia en lo que a continuación le manifiesto.

"Hallándome ayer en casa de la marquesa de Livingstone, me dijo ésta que Joseph Olivier estaba enamorado de usted y que no perdía la esperanza de ser correspondido de común acuerdo en el caso de que sus relaciones conmigo fracasasen. Esto produjo en mí una impresión muy dolorosa. Teniendo como tengo formado de usted un concepto muy elevado, me parecía imposible que fuese verdad esta gravísima afirmación. Me resistía a creerla. Sin embargo, para saber si tenía visos de verosimilitud, tan pronto salí de su casa volví a ver al capitán, que, aunque no en los mismos términos, me confirmó esta triste noticia. Su falta de constancia, que estaba muy lejos de sospechar, y la frialdad con que adoptaba una determinación tan impropia de una mujer que está próxima a unir su suerte a la de un ser elegido por su corazón, admitiendo y fomentando relaciones de amistad con otra persona que le había declarado

su amor, daba motivos suficientes para que mis ilusiones se desmoronasen repentinamente.

"Por eso usted para mí ya no es la misma que tenía grabada en mi corazón y por eso nuestro rompimiento es inevitable.

"No le pido explicaciones; no las necesito; quede esto así y no me conteste, porque su conducta no puede tener justificación.—Adam."

* * *

A los pocos días recibió Mary la carta de Adam; la abrió con emoción; pasó la vista por ella y, al terminar su lectura, quedó pensativa bastante tiempo. Nunca había dudado de su lealtad, ni de sus cualidades morales, ni de su verdadero afecto, por ella correspondido; pero las acusaciones de la marquesa echaban por tierra el buen concepto que de él tenía formado.

—¡¡Sí!—exclamó—. El rompimiento es inevitable. ¡Adiós mis ilusiones! No quiere que le conteste, pero si no lo hago me declararé culpable de la falta que él me atribuye. El justificó su conducta; yo debo justificar la mía.

En el acto cogió pluma y papel y escribió lo siguiente:

No me encuentro en estos momentos con la serenidad necesaria para formar juicio sobre las explicaciones que da usted de su conducta, porque, pesando sobre mí una acusación tan grave como la de que se hace eco, quiero antes destruirla para que mi manera de proceder no merezca el desprecio con que usted la mira y que durante mi vida no me asalte el remordimiento de no haber puesto los medios para quedar en el lugar que me corresponde, que es el de obrar en todas las ocasiones con arreglo a lo que me dicta mi conciencia.

"Joseph es antiguo amigo mío y de mi hermano y es persona respetable por todos conceptos.

Es verdad que me declaró su amor, y mi contestación no fue otra que la de que no podía aceptarlo porque tenía verdadero afecto por usted, y que éste era tan grande, que no

podría separarse de mí en toda la vida. De eso a sospechar que en mi contestación iba envuelta la idea de hacerle concebir la esperanza de que llegaría a conseguir lo que deseaba, hay una gran distancia. Y si él hubiese quedado con esa esperanza, ¿qué culpa tengo yo? Tener esperanza de algo, por difícil que sea conseguirlo, no es vituperable. ¿Era motivo el haberme declarado su amor para que yo le prohibiera continuar en la buena amistad que toda la vida nos profesamos, conduciéndose él de una manera correcta y digna?

"Si alguien desfigura con intenciones que no conozco la índole de mis relaciones con Joseph, yo no tengo por qué responder del error en que se encuentra. Si alguna persona, por conveniencia o por venganza, inventa una calumnia que perjudica a mi buen nombre, ¿qué he de hacer yo sino esperar a que el tiempo me dé la razón o a que se presente una oportunidad para desenmascarar al que de esos medios tan ruines se vale?

"Estas explicaciones no las doy para convencerle. Ya sé que no las necesita y que, por el sentido de su carta, está usted persuadido de que me he conducido mal.

"Estoy conforme con usted. Al extremo a que han llegado las cosas, ni usted me convence a mí ni yo a usted. Nuestras relaciones han sido un sueño con un despertar muy triste. El rompimiento es inevitable.—Mary."

* * *

Después de tantas ilusiones, de tantas protestas de amor verdaderamente sentido en el fondo de sus corazones, Mary y Adam, cuyo ideal consistía en unirse eternamente, tuvieron que separarse, tomando cada uno rumbo distinto en el camino de su vida; las relaciones que habían tenido hacían prever un desenlace feliz, y una calumnia vilmente lanzada lo había convertido en un resultado Funesto.

La calumnia, lanzada por una persona que, como la marquesa, no sentía en su interior los instintos del bien, ni siquiera la lucha de los gérmenes del bien y del mal, sino únicamente los de la más refinada maldad, penetrando rastreramente en los dos corazones que se sentían atraídos, los separaba cruelmente, causando así la desgracia de dos seres que tan entrañablemente se amaban.

¿Pero sería posible que esa calumnia prosperase? ¿No se darían cuenta Mary y Adam de la trama urdida por la marquesa para satisfacer su venganza o realizar otros fines?

¿No tendrían un instante de reflexión en el que se recorriera el velo que ocultaba a sus ojos la verdad y que ésta, resplandeciente, destruyese el virus venenoso que la marquesa había infiltrado en sus corazones?

CAPITULO XXVII

TRIUNFA LA VERDAD

Después de la carta que escribió a Mary, dando por terminadas sus relaciones, Adam experimentó una fuerte depresión de ánimo, quedando sin fuerzas para ocuparse de nada. De su imaginación no se apartaba la idea de la resolución que había tomado. Se preguntaba repetidas veces si había hecho bien y su conciencia le respondía siempre en sentido afirmativo.

Estaba convencido de que la razón le asistía, pues las acusaciones de la marquesa tenían visos de verosimilitud desde el momento que el capitán del barco no negó que Mary seguía teniendo relaciones de amistad con una persona que le habla declarado su amor. Eso le había causado una impresión muy dolorosa y una indignación que justificaba su manera de proceder.

Pero el dolor que la extraña conducta de Mary le producía no era pasajero, sino que era constante. A pesar de que consideraba que Mary, cayendo bruscamente al suelo desde el alto concepto a que por sus virtudes la veía elevada, le había hecho víctima de una mala acción, echando por tierra todas sus ilusiones, su recuerdo seguía perenne en su mente. Este inmenso dolor moral influyó en su organismo, faltándole energías para frecuentar la sociedad.

Era de suponer que esta penosa situación en que se encontraba no se prolongaría indefinidamente y que, con el tiempo, llegaría a calmarse y a recobrar la tranquilidad, reanudando su vida activa. Sin embargo, recluido en su casa, dedicado exclusivamente a sus trabajos artísticos, parecía que se había propuesto renunciar al mundo. En vano le invitaban a fiestas y reuniones; su ausencia en ellas era muy comentada; pronto se supo la causa de tal retraimiento y todos suponían

que, por muy intenso que fuese el amor por Mary, el disgusto que su rompimiento con ella le había producido, no tardaría en disiparse; pero los días pasaban y a Adam no se le veía en ninguna parte.

Se había separado de Mary, pero la imagen de ésta no se apartaba de su corazón, esperando constantemente que llegase un momento en el cual se desvaneciesen las dudas que tenía respecto a ella y que volviese a verla como la veía antes, con los atractivos morales que le habían cautivado.

Aun cuando en la carta que escribió a Mary le decía que no contestase, pues su actitud no podía variar, confiaba en que escribiría.

Esperaba con impaciencia la llegada del correo de Worthing y, por fin, un día recibió la carta deseada. Quedó un momento sobrecogido antes de abrirla, preguntándose si dentro de ella vendría la esperanza de su felicidad o la confirmación de su desgracia. Rasgó el sobre con la idea de que su situación seguiría siendo la misma, y, terminada su lectura, empezó a recobrar la tranquilidad, vislumbrando el término de sus sufrimientos. Del contenido de la carta se deducían dos cosas favorables a su vehemente deseo: una de ellas consistía en que a la proposición de Joseph había contestado con una rotunda negativa, y otra en que, si fracasasen sus relaciones con ella, no volvería a tenerlas con nadie. Si tales afirmaciones fuesen ciertas, caía por su base la censurable actitud en que la marquesa la había colocado dando lugar al rompimiento de estas relaciones. ¿Por qué no habían de serlo? ¿Se atrevería Mary a mentir? No era posible, conociéndola como la conocía él. No había necesidad de comprobar estas afirmaciones, puesto que Mary volvía a ser para él la misma que era antes: una mujer en la que sus actos se ajustaban siempre a la más estricta moral.

Ahora no era él el que debía pedir explicaciones, sino el que debía de dárselas. Pero antes quiso tener una entrevista con la marquesa para averiguar el móvil que la había guiado al

desfigurar la actitud de Mary en sus relaciones de amistad con Joseph.

En su consecuencia, pidió permiso a la marquesa para celebrar en su casa una entrevista con ella, y ésta le indicó la hora en que sería recibido. A dicha hora se presentó y, después de saludarla, le expuso el objeto de su visita.

—La última vez que estuve aquí me dijo usted que Mary se hallaba en relaciones de amistad con una persona que le había declarado su amor, y que esperaba saber el giro que sus relaciones conmigo tomaban para darle una contestación definitiva. Comprobé después que las apariencias indicaban que eso fuese cierto, y ante este inesperado y cruel desengaño sufrido por mí, le escribí manifestándole que daba por terminadas sus relaciones conmigo. A esta carta contestó diciéndome que no era cierto que hubiese alentado las pretensiones de dicha persona, y que, por el contrario, se había negado a aceptar su proposición, ni condicional ni incondicionalmente, añadiéndole que si sus relaciones conmigo fracasasen, no admitiría relaciones con nadie, prefiriendo permanecer sola toda su vida. Si lo que afirma Mary en su carta es cierto, no lo es cuanto usted me dijo de que tenía un sustituto para reemplazarme, quedando sólo en pie el hecho de que continúe en relaciones de amistad con la expresada persona, punto este último de menor importancia. Ahora, ruego a usted que me conteste a esta pregunta: ¿Tiene usted alguna prueba o indicio que permita demostrar que lo que Mary afirma en su carta no es verdad? Si no hay nada que destruya esa afirmación, ¿qué móvil le ha guiado a desfigurar o exagerar lo ocurrido, haciendo que dos seres que cifraban su felicidad en unirse para toda la vida tuvieran violentamente que separarse?

—Voy a contestarle, Adam, con toda la sinceridad que merece la crítica situación en que se encuentra. Habiendo sabido que se hallaba anclada en este puerto la goleta "Pretty Mary", y teniendo conocimiento de que ese barco pertenece al hermano de Mary, por curiosidad me dirigí al puerto donde

estaba fondeado y hablé con el capitán; por él supe que a Mary le había declarado su amor un amigo suyo, y a preguntas mías sobre si prosperarían esas relaciones, me contestó que no lo sabía, pero que no le extrañaría que prosperasen, por ser dicho pretendiente muy buena persona. Esto, cómo ve usted, no es exactamente lo que te dije a usted, pero se aproxima lo bastante para que, teniendo como tenía yo conocimiento de las relaciones que con usted seguía, mi fantasía, en el deseo de hacerle un bien, supusiese que esa persona estaba a la expectativa de lo que usted hiciese para intentar sustituirle.

—No me satisface la explicación, porque no comprendo la razón en que se funda para considerar que me hacía un bien destruyendo estas relaciones, que constituían el ideal de mi vida.

—Creía firmemente que le hacía un bien —dijo la marquesa—porque yo y todas sus amistades sentíamos verdaderamente que se dispusiese a abandonar nuestra sociedad y a entrar en otra de usos y costumbres muy distintas, viéndose obligado, además, a vivir en un ambiente poco propicio para cultivar el arte a que con tanto fervor se dedica y que tan justa fama le ha dado. Otra razón me ha movido también a proceder así. Perteneciendo usted a una clase más elevada que la suya, esa unión que usted anhelaba sería muy desigual, exponiéndose usted con ella a contrariedades inevitables. Tendría que renunciar completamente a nuestra sociedad o presentarse usted solo en ella, pues ya sabe que si la mujer que eligiese fuese de clase inferior, no sería bien recibida.

—En efecto—replicó él—; es desgraciadamente cierto que nuestra sociedad tiene el erróneo prejuicio de no querer mezclarse con personas pertenecientes a clases que considera inferiores; pero eso, para quien como yo está realmente enamorado, no tiene importancia. El que siente amor salta por encima de todos los obstáculos que se oponen a su paso. Para el amor no hay clases. Todas son iguales. Si la clase a que yo

pertenezco no aprueba mi manera de proceder, yo tampoco apruebo su manera de pensar, impropia de los tiempos que corremos y propia tan solo de los que han pasado para no volver más.

—Eso—dijo la marquesa—es lo que sale de su corazón, pero al contemplar en su casa los cuadros que en ella se ostentan con los retratos de sus antepasados, ¿no verá usted en sus miradas la reprobación de su conducta?

—Si mis antepasados—contestó Adam—vivieran en esta época, inspirados en los nobles instintos que de ellos he heredado, pensarían lo mismo que yo y no pospondrían sus sentimientos a las conveniencias sociales.

—Eso es cuestión de criterio—dijo la marquesa—; pero una observación se me ocurre, y es la siguiente: Si usted llegase a casarse con Mary, es indudable que iría a la boda verdaderamente enamorado y dominado por las más risueñas ilusiones; pero, transcurridos los primeros tiempos, es posible que echase de menos su vida de la sociedad, que es la suya, en donde tiene sus relaciones de amistad y donde ha sido siempre acogido con el cariño y el agrado que corresponden a sus excelentes dotes personales y a su abolengo.

—Lo que pase en el porvenir—repuso Adam— nadie lo puede prever; pero creo que esa nostalgia por una sociedad que tanto me distingue no la tendré nunca, como no me falte el cariño de una mujer que, como Mary, pongo por encima de todo.

—Es imposible convencerle—replicó la marquesa—; no atiende a razones y sólo se deja guiar por el corazón, que aunque a veces acierta, puede equivocarse, y para que esto no suceda debe de ser regido por la inteligencia. De esta manera, nuestros actos, en vez de obedecer a las impresiones que recibimos en los primeros momentos, exponiéndonos a seguir rumbos peligrosos, serán dirigidos por lo que nos aconseje la razón.

—Ya le he dicho, marquesa, que el amor salta por encima de todos los obstáculos, y si uno de éstos es la razón, una fuerza desconocida lo empuja contra la razón. Si le parece bien, podemos dar por terminada esta entrevista, pues ya sé lo que deseaba saber: que Mary no es culpable de lo que usted le atribuía.

—Pero reconocerá usted—dijo la marquesa— que procedí con buena intención.

—Permítame que lamente — interrumpió Adam—los medios de que se ha valido para conseguir su propósito, como lamento el contenido de la carta que escribió a Mary poniéndome ante ella en un concepto tan bajo que me hacía despreciable a todos los que creyesen en su buena fe.

Al oír estas palabras, pronunciadas por Adam con tono enérgico, palideció la marquesa, pero no se dio por vencida.

—Sí—respondió—; es verdad que me he dejado llevar de mi despecho y de mi indignación; pero reconocerá usted que si de su corazón no se hubiera apoderado Mary, las relaciones que tuvo usted con Elizabeth primero o conmigo después, hubieran tenido un feliz desenlace, y si faltó en ellas la expresión de su amor con palabras que le hubiesen comprometido a formalizar esas relaciones, fue porque en aquellos momentos se acordó de Mary, que no se separaba de su imaginación.

—Reconozco lo que dice usted—repuso él—; pero eso no le autorizaba para faltar a la verdad.

Terminada la entrevista, se despidió Adam. Después que se marchó, la marquesa, ser nacido para el mal, no para el bien, dando rienda suelta a los instintos de ira que la dominaban y que pugnaban por desbordarse, tuvo violentos accesos de furor al ver destruidos los planes que había fraguado.

Salió Adam de casa de la marquesa con la alegría reflejada en su semblante. Su tristeza había desaparecido, recobrando energías su ánimo decaído.

La conducta de Mary estaba perfectamente aclarada; sus relaciones con ella habían sufrido una dolorosa interrupción, pero ésta fue pasajera, y ahora renacía el afecto que le inspiraba con la misma intensidad que antes, porque mayor no podía ser. La felicidad que tan cerca tenía y que parecía escapársele, había conseguido alcanzarla. La calumnia inventada por la marquesa había sido aplastada como una vil serpiente, reapareciendo ahora la bondad, la inocencia, el afecto hondo y sincero y cuantas cualidades morales adornaban a Mary, resplandecientes como una aureola que iluminase todo su ser.

Al llegar a su casa se apresuró a escribir a Mary en estos términos:

"Con inmensa satisfacción me enteré del contenido de su carta; por ella veo que no tengo motivo para quejarme de usted, sino todo lo contrario; usted no es culpable de nada. Tuve una entrevista con la marquesa, y de la conversación que mantuve con ella saqué la consecuencia de que todo fue una invención, según me dijo, para atraerme a la sociedad que estaba dispuesto a abandonar, y en realidad para separarnos, satisfaciendo sus deseos de venganza.

"En esta cuestión no hay más culpable que yo, pues en vez de precipitarme a escribirla bajo la impresión desagradable que la calumnia de la marquesa había dejado en mi ánimo y suponerla culpable de una falta que por su carácter estaba muy lejos de cometer, debiera de esperar a que mi ánimo se serenara, esperando a que todo se aclarase; de esta manera se hubiesen evitado los sufrimientos por los que usted injustamente ha pasado, y no se daría el caso de que, llena de razón, modificase el buen concepto que siempre ha tenido de mí.

"Perdone, pues, Mary esta ligereza mía y no dude ni un instante que mi afecto hacia usted en ningún momento ha

disminuido, y hubiese continuado sintiéndolo, aun cuando no nos hubiésemos reconciliado.

"Dejo para nuestra entrevista, que será dentro de pocos días, la justificación de mi conducta; y no me conteste, porque, probablemente, me pondré en viaje antes del día en que su carta llegase.

"Sabe que la quiere entrañablemente y no la olvida ni la ha olvidado nunca, aun en los momentos en que injustamente sentí desconfianza. Suyo, Adam."

CAPITULO XXVIII

HACIA LA FELICIDAD

La satisfacción y la alegría que se apoderaron de Mary cuando recibió la carta de Adam, no tenía límites. La calumnia inventada por la marquesa se había desvanecido. El concepto que Adam tenía formado de ella seguía siendo el mismo que tenía antes, y su afecto no se había alterado ni aun bajo los efectos de esa calumnia, como tampoco se había modificado el que ella sentía por él. Las ilusiones que parecían haber desaparecido reaparecían ahora con más intensidad por hallarse próximas a su realización, y en vez de suponer lo que antes suponían, que el rompimiento era inevitable, podían asegurar que el rompimiento era imposible.

A los pocos días de escribir la carta emprendió Adam el viaje a Worthing, donde el mismo día que llegó se presentó en casa de Mary. Grande fue la emoción que experimentaron al verse. Después de pasados los primeros momentos, en los que mutuamente renovaron sus protestas de sincero y profundo amor, quiso Adam dar explicaciones de su conducta a Mary; pero ésta le rogó que no se las diera, pues con lo que decía en la carta estaba bien justificado que no era culpable de haber procedido de esa manera, como ella no lo era tampoco por haber dudado de él; que habían sido víctimas de una aberración provocada por una vil calumnia, y que, desvanecida ésta, quedaban los dos con el mismo concepto que antes tenían, es decir, que ella veía en él al hombre que la haría feliz, y que él veía en ella a la mujer que realizaría su ideal.

Después de esto, todos los días pasaban horas felices en casa de Mary y en los alrededores de Worthing, frecuentando los sitios donde habían empezado sus relaciones, que tan honda huella habían dejado en sus almas.

* * *

La Empresa de navegación "John y Richard" prosperaba extraordinariamente; la situación económica de John era cada vez más despejada y mucho mejor que la que tenía antes del naufragio de la goleta, que había destruido su capital. Se hallaba, pues, en excelentes condiciones para realizar lo que durante su vida constituía su ideal: la unión de su suerte a la de su adorada Emma.

Se hicieron los preparativos y acordaron que la boda tuviese lugar en fecha próxima.

Al comunicar John esta noticia a Mary, ésta la recibió con júbilo, contestándole que también la de ella con Adam se llevaría a cabo el mismo día, por lo que la fiesta tendría más esplendor.

Grande fue la alegría que experimentó John al ver que su hermana no quedaba sola y que uniría su suerte a la del ser que su corazón había elegido, realizando así el ideal de su vida.

Las penalidades, disgustos y obstáculos que se habían presentado ante estos seres, atraídos por sus profundos afectos de amor, y que parecían impedir la realización de sus propósitos, no consiguieron desviarlos del camino que les conducía a alcanzar la soñada unión de sus almas.

* * *

Llegó el ansiado día. La iglesia, profusamente iluminada por multitud de candelabros, lámparas y arañas, que lanzaban sus resplandores por todos los ámbitos de las naves; engalanada por -millares de flores, que con sus variados tonos de color prestaban alegría a las severas paredes y columnas, por donde se extendían y diseminaban, y un torrente de luz y de flores inundando el altar mayor, producían un hermoso conjunto de efecto fantástico y deslumbrador.

Un numeroso gentío, que llenaba las naves de la iglesia, contemplaba admirado todo esto y esperaba con vivo interés la llegada de los enamorados que iban a unir sus vidas.

Por fin se dejaron oír las majestuosas notas del órgano, los preludios musicales de la orquesta y las voces de los que entonaban alegres cánticos en el coro, llenando de inefable armonía aquel ambiente sagrado.

Emma y Mary, ricamente ataviadas con sus galas de desposadas, seguidas por John y Adam, aparecieron en la puerta de entrada. Un murmullo de emoción se dejó oír en la muchedumbre que esperaba.

Las dos parejas, con paso lento, cruzaron la iglesia y se dirigieron al altar mayor, donde se hallaba el sacerdote con su séquito. La música y los cantos del coro se oyeron cada vez con mayor intensidad, produciendo el efecto de torrentes de armonía, que llegaron a su punto culminante cuando dio principio la solemne ceremonia.

Terminada la celebración de las bodas y recibidos los plácemes de todos los que las habían presenciado, se dirigieron con sus invitados a la casa de John, donde iba a celebrarse un banquete.

En una de las amplias naves del astillero se hallaba dispuesta una gran mesa, alrededor de la cual se sentaron los comensales, situándose en una de las cabeceras Emma y John, y en la otra Mary y Adam.

Durante el banquete reinó la mayor alegría y se pronunciaron entusiastas brindis, haciendo en ellos votos por la felicidad de los nuevos cónyuges. En uno de los brindis el capitán Tom recordó el otro banquete que se había celebrado antes de la salida de la goleta para la isla de la Paz, en el cual Mary había pronunciado algunas palabras augurando un feliz término de la travesía que se iba a emprender, y manifestando que si en la isla adonde se dirigían no encontraban la paz, ella diría después dónde, de seguro, la paz se encontraría, y la invitaba a que cumpliese lo que había ofrecido.

Todos los circunstantes escucharon con interés las palabras pronunciadas por el capitán, y recordando la promesa de Mary, le secundaron, esperando ansiosos que ésta hablase.

En efecto; no se hizo esperar, y con voz reposada dijo:

Habéis hecho el viaje a la isla de la Paz; los que lograsteis llegar a ella pudisteis ver que la paz tan deseada no se encontraba allí; que aquello era peor que esto; que la guerra assolaba el país, amenazándolo con su destrucción, y que sus habitantes huían despavoridos para no ser víctimas de ella.

"Ya veis en lo que se ha convertido la isla de la Paz.

"La paz en aquella isla duró poco; desapareció, y la nación pasa por vicisitudes que no significan tranquila paz, sino sangrienta guerra.

"La paz absoluta no puede encontrarse en la vida agitada y efímera de este mundo, sino en la vida sosegada y eterna del otro que nos espera más allá, en el infinito, donde existe el verdadero amor y la pura perfección.

"Ya he cumplido mi promesa; en vano buscaréis la paz estable, eterna, en la tierra; sólo podéis hallarla en la otra vida, en el cielo."

Todos acogieron con gran entusiasmo estas palabras, que eran reflejo de lo que sus conciencias les dictaba, reconociendo que ni la guerra ni la paz dominarán eternamente, sino transitoria-iinente, como es transitorio todo lo que en el mundo existe.

Terminado el banquete se despidieron todos, y los recién desposados entraron en la nueva vida, en la que confiaban alcanzar la soñada felicidad.

* * *

La exclamación de Jesucristo: "¡Mi reino no es de este mundo!", es una verdad que no admite réplica; el reinado del Hijo de Dios no es de este mundo, como no lo es tampoco el de

Lucifer; el reinado del Hijo de Dios es el cielo; el de Lucifer, el infierno.

La paz duradera, estable, sólo existe en la otra vida, adonde llegaremos después de nuestra peregrinación por la tierra, en la que no puede haber ni paz ni guerra permanentes, sino una paz o una guerra transitorias; cuando domina la paz, la guerra, al acecho, aprovechará la ocasión para imponerse, y cuando sea la guerra la que domine, llegará un momento en que será vencida por la paz.

Y así se desarrollará la vida de los individuos y de los pueblos en nuestro planeta, siempre agitado por las pasiones y por los sentamientos del bien y del mal, en un ciclo que se repite sin cesar.

* * *

Si durante una noche de cielo despejado, sin nubes, elevamos nuestras miradas al cielo, contemplamos extasiados la hermosura y la grandiosidad del firmamento; si en alas de nuestra imaginación nos separamos de la tierra, al salir de la atmósfera que la envuelve nos encontramos en el espacio; seguimos volando, fija la vista en el mundo que abandonamos, y lo veremos al principio como un gran planeta reluciente, como los demás cuerpos celestes, y a medida que nos alejamos, cada vez más pequeño, hasta quedar reducido a un punto brillante, casi imperceptible.

Siempre en alas de nuestra imaginación, penetramos más allá de todo lo visible, buscando el misterio que encierra el infinito, y sin cesar en nuestro vertiginoso vuelo, que va impulsado por la insuperable velocidad del pensamiento, tras de las innumerables estrellas que divisamos se nos aparecen otras y otras, sin descubrir su término.

Deteniendo nuestro vuelo y volviendo la vista a nuestro planeta, entre las miríadas de millones de estrellas resplandecientes, en número incalculable, que inundan el

Universo sideral, nuestra tierra es una modesta estrellita, aislada, rodeada por todas partes de la sustancia etérea que baña a todos los astros, como el agua del mar rodea a las islas de nuestro globo.

Nuestra tierra, confundida en ese inmenso número de islas que inundan el espacio infinito, es entre ellas una pequeña, una insignificante isla como la descrita en este libro; una isla de paz y de guerra en la que constantemente se agitan las pasiones del amor y del odio.

CAPITULO XXIX

PAZ O GUERRA

Cuando Cristóbal Colón desembarcó en las islas de América primeramente descubiertas por él, en unas, como la de San Salvador y la de la Concepción, sus habitantes no manifestaron temor ni desconfianza hacia los que invadían su territorio, mostrándose completamente pacíficos, y en otras, como la de Guadalupe y la de Santa Cruz, encontraron indígenas que los recibían con hostilidad, lanzándoles piedras y flechas, siendo inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para entrar en relaciones con ellos.

En esas islas, sus habitantes, completamente desnudos, guiados solamente por sus invariables instintos como los seres irracionales, se limitaban a satisfacer sus más perentorias necesidades y a defenderse de los que atentaban contra su vida, sin pensar en progresivos perfeccionamientos y sin contar para nada con sus sentimientos de humanidad, que estaban adormecidos por una pereza intelectual de la cual eran esclavos.

Siendo todos ellos de la misma raza, de la misma constitución, idénticas sus costumbres y desarrollándose sus vidas en el mismo ambiente, parecería natural a los que sostienen que el hombre abandonado a sí mismo, su primer impulso sería siempre el odio y el egoísmo, y a los que creen que su primer impulso sería siempre el amor al prójimo, que los sentimientos que manifestasen hacia los que invadían su territorio habrían de tener una sola dirección, ya de atracción o ya de repulsión.

Sin embargo, no sucedió así, porque los pensamientos de los hombres de esas islas siguieron rumbos opuestos, inclinándose unos a recibir a los invasores sin temor ni

desconfianza y los otros ante su presencia huyendo despavoridos o rechazándolos con furor.

Ante estos ejemplos tan contradictorios, no se debe dar la razón ni a los pacifistas ni a los partidarios de la guerra.

La única verdad incontrovertible, es que en el interior del hombre existen latentes dos sentimientos opuestos: uno de tendencia al mal, otro de tendencia al bien; uno que despierta en él el egoísmo, y otro que le inspira amor; los dos sentimientos están frente a frente; cuando llega el momento de manifestarse, luchan y aparece al exterior el sentimiento dominante, que en unos es el mal y en otros es el bien, guiando todos nuestros actos el que ha resultado victorioso.

La dirección que toman estas manifestaciones depende de dos causas; una de ellas es el ambiente dentro del cual se encuentren los individuos, ambiente que se infiltra en todo su ser y que les hace ver las cosas de una manera determinada, favorable a uno o a otro de los sentimientos, y otra es la condición moral de los individuos, que se muestra de muy distinto modo en cada uno.

Lo mismo que se dice de los individuos, puede decirse de las multitudes y de los pueblos que se orientan hacia donde les empuja el común sentir de la mayoría o la voluntad de sus dirigentes.

Hay también individuos que carecen de uno de los dos sentimientos, es decir, que sólo tienen en su interior el sentimiento del egoísmo o el sentimiento del amor. Afortunadamente, los primeros, que podemos clasificar como genios del mal, son relativamente pocos, y los segundos, también pocos, desgraciadamente, podemos considerarlos como genios del bien.

Otra clase de individuos existe, que quizá represente una mayoría en el mundo, mayoría que va disminuyendo a medida que progresa la civilización, en los cuales no aparece la lucha interna entre los dos sentimientos. No tienen voluntad propia para acometer ninguna empresa, ni criterio para inclinarse a

una opinión definitiva. Tienen pereza intelectual, pero piensa por ellos una minoría inteligente y activa, compuesta por los dirigentes, bajo cuyo dominio se dejan llevar como rebaños. Van a la guerra sin darse cuenta del motivo que la ha producido, exponen su vida por ideales que no comprenden y se encuentran conformes con todo lo que les exigen sus jefes, en los cuales tienen depositada su confianza.

Estos individuos constituyen una clase débil, sin voluntad. Si todos fuesen así, el mundo permanecería quieto, sin adelantar ni un paso.

En cambio, tanto aquellos en los que domina el egoísmo, como aquellos en los que domina el amor, constituyen clases fuertes que con energía persiguen la realización de sus ideales; a estas clases se debe el progreso que en las distintas épocas de la historia ha experimentado la humanidad.

* * *

Entre la guerra y la paz, la elección no es dudosa. Todos los individuos desean que las relaciones que se ven obligados a tener con sus semejantes y con la sociedad, se realicen en paz y en buena armonía y no por procedimientos bruscos y violentos. Nadie, por gusto, quiere estar en guerra con sus semejantes, ni con la sociedad en que se encuentra. Es, pues, la paz lo que siempre ansiamos.

Pero contando con la mejor voluntad de los hombres, ¿puede asegurarse que no se despertarán nunca en ellos los instintos bélicos? A un individuo de índole pacífica, otro de instintos guerreros le da una bofetada. ¿Pondría aquél la otra mejilla para que la afrenta se repitiese? Eso solamente lo haría un santo, adornado de excelsas virtudes, despreciando todas las miserias terrenales y con la vista puesta en el cielo.

Pero cualquiera otra persona, por pacífica que se la suponga, tiene que proceder de muy distinta manera; a una agresión tiene que contestar inmediatamente con otra,

transformándose instantáneamente sus instintos de paz en instintos de guerra, castigando con todas sus fuerzas la ofensa recibida.

De lo contrario, si por cobardía o por otro sentimiento no lo hiciese así, el dolor material producido por la mano que había golpeado en su rostro, pasaría pronto, pero el dolor moral no se apartaría nunca de su imaginación; la huella dejada en la mejilla sería pasajera, pero al mirarse en el espejo, aunque la huella material hubiese desaparecido, al dirigir la vista a su imagen vería siempre la huella moral de la ofensa recibida y no castigada.

Eso no lo soporta la dignidad humana, por lo que no se puede responder de que el individuo estará siempre dominado por instintos pacíficos.

Aún sin tratarse de agravios personales, en las relaciones del hombre con la sociedad pudiera ocurrir que algunas veces los instintos pacíficos fuesen sustituidos por I-oí guerreros, para reivindicar derechos legítimos atropellados.

Los antiguos, no concebían para las relaciones de los hombres más ley que la de la fuerza, y es porque no tenían conciencia de la unidad humana. La guerra, en la antigüedad, era muchas veces un instrumento de civilización. Pueblos que alcanzaron una gran cultura, la comunicaron al género humano unas veces como vencedores y como vencidos otras.

Debilitados por sus divisiones, los griegos cayeron bajo el yugo de Roma, pero con su derrota material empieza para ellos una gloria moral nueva; las artes, la filosofía, la literatura de Grecia invaden el mundo.

Al ser derrumbado por los Bárbaros el imperio de los romanos, inician éstos a sus feroces dueños en la cultura que ellos habían recibido de los griegos y en la suya propia, que ha venido a ser nuestra herencia. Tales han sido los beneficios de la guerra.

La guerra, no es ya un instrumento de progreso en el seno de los pueblos civilizados, pero ¿quiere esto decir que hay que rechazarla y reprobarla como un crimen?

Hay exageración, así en la escuela de la guerra como en la escuela de la paz. Ni aquélla es el mal absoluto, ni es el bien absoluto la paz. Es ésta el estado natural de las sociedades; no hay que ver en ella el fin supremo de los esfuerzos humanos.

Al realizar la paz a toda costa, se va al despotismo, a la monarquía universal, que de implantarse sería el sepulcro de la libertad, porque esta paz se impondría a hombres en cuyo fuero interno se encuentran latentes las pasiones que conducen a la guerra y las que conducen a la paz; al someter a todos los individuos, dentro de los cuales germinan ambas pasiones antagónicas, de las que no se puede saber a cuál debe ser dada la preferencia, si a la de la guerra, por considerarse ésta muchas veces indispensable para el logro de las mejoras a que siempre aspira la humanidad, o a la de la paz, que proporciona la tranquilidad de los espíritus, pero que a veces atrofia en los individuos cualidades de valor que son innatas en el hombre para reivindicar sus derechos naturales, se somete a los que en circunstancias determinadas son partidarios de la guerra, a una odiosa tiranía.

No siendo la paz el ideal, no puede ser un crimen la guerra; ésta será un medio que puede revestir las condiciones de legitimidad. Dentro de cada estado, la fuerza está constantemente al servicio del derecho y nadie niega su legitimidad. No es menos legítima en los campos de batalla cuando se ejercita y actúa para defender la libertad y la independencia de las naciones.

¿Paz o guerra? Paz.

La paz es el estado normal de los individuos y de las sociedades, pero su estabilidad no es inalterable.

La guerra en nuestros tiempos es un estado anormal, pero algunas veces vamos empujados a ella contra nuestra voluntad y otras nos lanzamos por nuestro propio impulso. Recurriremos

a la guerra cuando sea indispensable no como fin, sino como medio, para conseguir la paz.

La paz es la ley; la guerra es la excepción.

La paz nos trae la riqueza, la prosperidad y nos acerca a la felicidad; la guerra deja tras de sí ruina, desolación y nos conduce a los más espantosos males. Pero la guerra aunque siempre aborrecible, a veces es necesaria, así como la paz impuesta a la fuerza no es un ideal al que debamos aspirar, porque puede convertirse en odiosa tiranía.

¿Paz o guerra? ¡Paz! ¡Paz! ¡Paz!

CAPITULO XXX

LA REVOLUCION

En todas las sociedades, los individuos que las constituyen tienen dos clases de derechos: los derechos legales y los derechos legítimos.

Desde el momento en que por las leyes se reconoció el derecho a la posesión de bienes, se inició la desigualdad de las fortunas, desigualdad que fue aumentando a medida que las sociedades se desarrollaron y perfeccionaron, hasta el punto que unos nadaban en la abundancia y otros se ahogaban y se ahogan en la miseria.

Dadas las condiciones humanas de los individuos y de las organizaciones de todas las sociedades, desde las más antiguas hasta las más modernas, esta desigualdad tiene que existir forzosamente. Lo que se debe hacer, es buscar una solución para que no llegue a un límite que excite la envidia y el odio de los desheredados de la fortuna.

De lo contrario, el mal adquirirá enormes proporciones, que mantendrá a las sociedades en continúa zozobra, hasta que éstas reconozcan la legitimidad de las aspiraciones del pueblo y pongan los medios para satisfacerlas.

Derecho legítimo contra derecho legal; ese es el mayor peligro que puede correr un régimen establecido. La legalidad es variable y circunstancial, la legitimidad es invariable y perenne.

* * *

Las clases privilegiadas, por cerrar los ojos ante la verdad, por no haberse decidido a desprenderse de parte de sus comodidades y placeres, por no prestarse a cooperar con las clases necesitadas para que éstas obtuviesen las mejoras que les permitiesen vivir con su trabajo, a lo que tenían perfecto

derecho, sin las privaciones que padecían, lo perdieron todo, hasta sus vidas, y, como suele decirse, en el pecado llevaron la penitencia. Los libertarios, después de una enconada lucha, se apoderaron de toda la isla y conquistaron el poder a costa de combates sangrientos, en los que sucumbieron innumerables víctimas.

La isla de la Paz cambió de nombre, poniéndole el de isla de la Libertad. Pero decir que existía un régimen de libertad en un país donde la única ley era la tiranía, más parecía un sarcasmo que una verdad.

Los libertarios se apoderaron del Estado por la violencia, y consolidaron la posición, de este modo adquirida, sustituyendo la dictadura de los capitalistas por la dictadura del proletariado. Inmediatamente trataron de implantar todas las reformas que constituirían la base del nuevo régimen.

La igualdad de los salarios produjo en los obreros tal trastorno, que las obras en las que debían trabajar se vieron abandonadas; los oficiales protestaban de que sus jornales fuesen iguales a los de los aprendices, y los maestros también protestaban de que se igualasen los jornales de todos. Entre los mismos aprendices tampoco había conformidad, pues unos eran más aptos o más activos que otros y pretendían mayor remuneración; dentro de cada una de las clases de operarios existían las mismas diferencias, que hacían odiosa la igualdad de retribución.

Recurrieron los perjudicados en queja al Gobierno, y éste, no encontrando manera de resolver el conflicto, porque no podía encontrarla, y arrostrando el todo por el todo, prometió lo que no había de cumplir; prometió que lo estudiaría y lo resolvería a satisfacción de todos, pero por de pronto les recomendaba que acatasen lo que se había dispuesto.

Este aplazamiento equivalía a una negativa; así lo comprendieron los perjudicados y amenazaron con apelar a la violencia.

Acudieron del campo comisiones de labradores, protestando también ante el Gobierno de la obligación que se les había impuesto de subir el precio de los jornales de los braceros que necesitaban sus labores; expusieron detalladamente los gastos que tenían que hacer desde la siembra hasta la recolección de sus productos y el importe que de éstos podrían obtener en el mercado, resultando que en vez de una prudencial ganancia a la que estaban acostumbrados para atender a su subsistencia, tendrían una pérdida considerable, por lo que se verían obligados a abandonar las tierras. Nada consiguieron, obteniendo la misma contestación que dio el Gobierno a los obreros de los gremios de oficios.

Surgió, por consiguiente, otro grupo de descontentos en el campo, viéndose los labradores obligados a suspender sus faenas, viviendo los que pudiesen con sus ahorros y al agotarse éstos emigrar a otros países, donde el producto de su trabajo fuese debidamente remunerado; viéndose también los braceros en el trance de emigrar o de morir de hambre, porque en esta isla de la Libertad no encontraban trabajo.

El Gobierno declaró nulos los valores del Estado, las hipotecas, las acciones, las obligaciones, los billetes de Banco. Esto causó la consternación entre los poseedores de créditos contra el Estado y contra los Bancos. Las clases humildes, que con penosos sacrificios depositaban sus ahorros en los establecimientos de crédito para atender a su subsistencia y a las de sus familias en tiempos difíciles, inquietas por los rumores que corrían quisieron retirar sus depósitos y no lo consiguieron. Desesperados, sin poder resistir al inmenso dolor que sentían viendo desaparecer en un momento el fruto de tantos desvelos y privaciones de toda su vida, unieron sus gritos de protesta, de indignación y de amenaza a los de los demás, perjudicados en el nuevo régimen.

Otro de los actos del Gobierno libertario, fue el de socializar los medios de producción. Para llegar a esto, tenían que incautarse de las fábricas y de los campos de cultivo, cosa

nada fácil, porque los dueños de estas explotaciones se resistían tenazmente a dejarse despojar de lo que les pertenecía por su trabajo o por haberlo adquirido al amparo de las leyes.

El Gobierno revolucionario tuvo que poner en pie de guerra un ejército numeroso para llevar a la práctica sus disposiciones, que a cada momento daban lugar a choques entre la fuerza pública y los labradores, obreros y gentes de todas las condiciones, unidos a los industriales.

De estos choques sólo quedaban campos arrasados, fábricas destruidas, viviendas convertidas en montones de escombros, sangre y desolación por todas partes; el pueblo sano, sucumbiendo o huyendo despavorido. Este horrible cuadro anunciaba la ruina y la muerte de la nación, porque ¿de dónde sacaría el Gobierno los recursos necesarios para volver a levantar las fábricas, preparar los campos de cultivo, reconstruir las viviendas y los edificios públicos, si no le quedaba fuente ninguna de ingresos para atender a los enormes gastos que tan magna obra requería, obra que era la labor de cientos de años y que era un absurdo imaginar que pudiera realizarse en el breve lapso de tiempo que las circunstancias exigían para que fuese útil?

¿De qué brazos, de qué inteligencias se había de valer, si todos los hombres aptos para colaborar en ella, obreros, labradores, artistas y demás individuos de todas las profesiones habían sido aniquilados y los que pudieron librarse de b muerte desaparecieron de la isla?

La situación interior del país no podía ser más inestable. En todas partes estallaban motines anti-rrevolucionarios, que pretendían derribar al Gobierno y volver al régimen anterior; pero estos motines fracasaban por ser focos aislados, sin la necesaria relación entre ellos para constituir una fuerza formidable que pudiera darles la victoria, mientras que el ejército gubernamental, más numeroso y organizado, arrollaba a todos los que se oponían a su paso.

¿Podría esto durar mucho tiempo? ¿Tendría el nuevo Estado medios económicos suficientes para afrontar los gastos que el sostenimiento del ejército y de la nación exigía, en un país que de día en día se iba despoblando, porque sus habitantes huían hacia otros países que respetasen el fruto de su trabajo y en el que pudieran vivir tranquilos? Los labradores emigraban en masa, llevando sus conocimientos y sus energías a otros países; los industriales emigraban también; los obreros aptos e inteligentes se escapaban de aquellos lugares donde les amenazaba el hambre, quedando sólo en ellos los holgazanes y los inútiles, como base de la nueva sociedad que se estaba incubando. ¿Cuál sería el porvenir que le esperaba a esta isla, mal llamada de la Libertad?

CAPITULO XXXI

LA ISLA DE LA LIBERTAD

Antes de la revolución, los campos ofrecían en abundancia los productos que en ellos se cultivaban; la industria y el comercio se hallaban en un estado de floreciente prosperidad; había trabajo para todos, y si es verdad que existían diferencias de fortuna, que el egoísmo de las clases privilegiadas, resistiéndose a mermar sus comodidades, había hecho odiosas a las clases necesitadas, provocando el trastorno político que las aniquiló, estas desigualdades eran y lo son inevitables, cualquiera que sea el régimen que impere, no viéndose, por lo tanto, libre de ellas la nueva nación.

Así como en los campos, antes de la revolución, con los productos recogidos, no sólo se satisfacían las necesidades del país, sino que quedaba un sobrante para la exportación, después de la revolución los productos disminuyeron considerablemente, siendo escasos lo que se presentaban al mercado y viéndose obligado el Gobierno a importar del extranjero los que faltaban para satisfacer las necesidades del pueblo.

Los libertarios, so pretexto de suprimir las clases sociales, organizaron entre ellos la existencia misma de las clases.

La revolución, después de causar tantos daños materiales y morales, no había conseguido su objeto, que consistía en mejorar la condición de los humildes; no hizo más que destruir, y eso es fácil, lo difícil es levantar lo que ha sido derribado, y en este caso, no sólo era difícil, sino imposible, porque los que dirigían la nación no disponían ni de las fuerzas necesarias, ni de recursos suficientes para conseguirlo.

Los campos arrasados, sin gente apta para las labores que requería su cultivo; las fábricas que no se destruyeron y que quedaban útiles, sin obreros inteligentes y activos que las

pusiesen en marcha; la relaciones comerciales sufriendo una depresión en consonancia con la situación desastrosa del país, y el crédito público por los suelos.

Habiendo emigrado los obreros y los campesinos más aptos de la nación de la Paz, quedando en su mayor parte los ineptos y los holgazanes, la producción se resintió extraordinariamente y las fuentes de riqueza se fueron agotando, convirtiéndose en fuentes de miseria y de pobreza.

En muchos pueblos asomó el hambre, porque no había trabajo para todos y la gente hambrienta, con perfecto derecho a la vida, asaltaba y saqueaba otros pueblos donde podía satisfacer esta imperiosa necesidad.

El Gobierno libertario era impotente para contener esta avalancha que se le venía encima, de gente desesperada; los ingresos en las arcas del tesoro público mermaban de manera alarmante, a causa del quebranto económico sufrido en la agricultura, en la industria y en el comercio; los gastos que requería la reconstrucción, no de todas, sino de una pequeña parte de las fábricas destruidas y la puesta en marcha de las explotaciones agrícolas, así como los de la normalización de las operaciones comerciales, alcanzaron una cifra muy superior a los ingresos.

En los primeros tiempos de su mando, el país fue viviendo con el producto de los bienes arrebatados a los agricultores, a los industriales y a los comerciantes, y el mal aparecía encubierto. Con esto hacía frente el Gobierno a los pagos que tenía que efectuar en el extranjero por las mercancías importadas, para atender a la subsistencia de los ciudadanos que tío producían lo necesario. Esta manera de remediar las necesidades con las riquezas de que se habían apoderado los revolucionarios, no podía prolongarse indefinidamente. Tal recurso llegó a agotarse y el problema de la existencia de esa nación revistió caracteres de suma gravedad, precursores de inminente ruina.

El descontento de los ciudadanos aumentaba rápidamente y amenazaba con destruir el orden de cosas establecido. Las leyes libertarias, como las leyes de todos los países y de todos los tiempos, satisfacían a unos y disgustaban a otros. Los disgustados constituían un elemento hostil al Gobierno, porque las desigualdades que en la nación de la Paz motivaron la revolución, aparecían aumentadas en la isla de la Libertad; otro elemento hostil estaba formado por los que, habiendo intervenido en los combates, no se conformaban con la parte del botín que les había correspondido en el reparto, considerando injusta la distribución, al observar que a unos había enriquecido y que a otros no les permitía salir de su pobreza, dando así lugar a la existencia de ricos y pobres, lo mismo que en la isla de la Paz; por último, otro elemento hostil era el de los hombres que no encontraban trabajo y que se bailaban expuestos a morir de hambre.

Las desigualdades, pues, no habían desaparecido, y en esta nación igual que en la otra, seguían existiendo las clases elevadas y las clases inferiores.

¿Y para esto se había hecho una revolución que tanta sangre había costado, secando todas las fuentes de riqueza del país?

Se desarrolló de manera cruenta la lucha de individuos contra individuos, de familias contra familias, de pueblos contra pueblos, no rigiendo más ley en la mayor parte de la nación que el derecho del más fuerte; el Gobierno era incapaz para imponerse a los que se veían impelidos a la lucha, y el mal se agravaba por momentos, amenazando con derrocar violentamente el régimen establecido por los libertarios.

* * *

A pocas millas de esta isla, existía otra en la que imperaba, no el derecho del más fuerte, sino el derecho de la justicia; no el odio y el egoísmo, sino el amor. En ella había desigualdades

en las fortunas de sus habitantes, pero no tan grandes que suscitasen envidias ni rencores, por que su razón no la tenían tan ofuscada que les impidiese ver que la igualdad absoluta preconizada por algunos ilusos era una utopía y como tal utopía un ideal irrealizable. Además, desde el momento que en esa nación dominaba el espíritu de justicia, todos los ciudadanos cooperaban a la mayor prosperidad de ella, trabajando constantemente los que estaban en posición humilde para llegar a posiciones mejores y más elevadas, viendo franco el camino que a este fin les conducía, y los que pertenecían a las clases superiores, sin ocultar sus riquezas, siempre propicias a contribuir con ellas voluntaria y personalmente al mejoramiento de las clases inferiores, aparte de satisfacer los impuestos que el Gobierno les imponía equitativamente para el mismo objeto. Aquella isla se la conocía con el nombre de isla de la Felicidad.

Todo lo dicho de esa isla, no significa que en ella no se conociese el mal. Este, siempre en germen, se halla en todas partes dispuesto a aparecer en cualquier momento. En el interior del hombre, por muy civilizado que esté y por muy buenas que sean sus condiciones morales, siempre están latentes el mal y el bien, que en todas las ocasiones de la vida entran en lucha, saliendo al exterior el sentimiento dominante, que unas veces es el odio y otras es el amor; esto que ocurre en el hombre, sucede también en las sociedades, que son un compuesto de hombres.

En dicha isla existía, por consiguiente, también la misma lucha, pero el sentimiento victorioso era casi siempre el amor y no el odio.

Claro que por muy perfeccionadas que sean las leyes y por mucho que se trate de que en ellas impere una justicia equitativa, siempre favorecerá a unos más que a otros, pudiendo también causar perjuicios, y estos últimos, no tan favorecidos o perjudicados, experimentarían un impulso de rebelión; pero dominando la razón en los habitantes de aquella

isla, convencidos de la imposibilidad de que los hombres confeccionasen una ley perfecta que diese gusto a todos, se contenían, gestionaban pacíficamente y por los medios legales la reforma de las leyes en la parte que les perjudicaba, con la esperanza de conseguirlo, y la nación continuaba desarrollándose y progresando sin cesar.

El nombre de Felicidad estaba bien aplicado a esta isla, no porque en ella reinase una felicidad completa, sino relativa, que daba la sensación de ser verdadera comparándola con la que se disfrutaba en otras naciones, en las que sus habitantes no tenían ni las comodidades ni las ventajas que ésta les proporcionaba.

A esta nación se acogieron casi todos los que de la isla de la Libertad lograron escapar huyendo de los revolucionarios, que exterminaban vidas y haciendas, destruyéndolas a sangre y fuego. La parte más sana e inteligente de la destruida nación de la Paz, buscó refugio en aquella isla, llevando a ella el producto de su inteligencia y de su trabajo.

Esta isla mantenía antes relaciones comerciales con la nación desaparecida, pero estas relaciones se interrumpieron desde el momento que la revolución triunfante se apoderó de ella, porque la situación económica de la nación de la Libertad no ofrecía garantías suficientes para el cumplimiento de los contratos que con ella se estableciesen; los Gobiernos se exponían a que estos contratos no se cumpliesen, y los particulares no se atrevían tampoco a exportar los productos agrícolas, industriales y comerciales de que disponían, por el fundado temor de que sus corresponsales en aquella isla, no pudiesen o no quisiesen reintegrarles de su importe.

El Gobierno de la isla de la Libertad, careciendo de recursos para sostener la nación, trató de buscarlos fuera. Viendo que la ruina era inminente, que los demás gobiernos del extranjero se negaban a entablar con él relaciones comerciales, considerándose perdido, se decidió a jugar el todo por el todo, exponiéndose a las contingencias de una guerra, pensando que si a consecuencia de ella salía derrotado, desaparecería la

nación y que su situación en ese caso no sería peor que si esa guerra no estallase, porque sin guerra a la ruina iban irremediablemente, a pasos agigantados; pero si obtuviesen la victoria, adquirirían nuevas fuerzas y con las riquezas arrebatadas a la nación vencida, no sobrevendría tan pronto la ruina de la nación y el Gobierno podría prolongar su vida algún tiempo más.

Decidido a emprender la guerra contra la isla de la Felicidad, el Gobierno libertario lanzó una proclama al país para que, deponiendo sus diferencias, le prestase su ayuda, a fin de conquistar a la otra nación, salvando a la suya del cataclismo que le amenazaba. En esta proclama se ofrecía a los que ingresasen en las filas del ejército, concederles todo lo que pudiesen arrebatar en los combates que se emprendiesen.

Ante esta inminente guerra, no en defensa de la patria a la que no amaban, no en defensa de un ideal que no tenían y con la perspectiva de apoderarse de un rico botín, entraron a formar parte del ejército los individuos más despreciables del pueblo, los que constituían los gérmenes nocivos de la nación, que vieron en la lucha que se iba a entablar el medio de satisfacer sus innobles apetitos de sangre, de robo y de pillaje.

La otra parte del pueblo, la parte sana y útil para el trabajo, la formada por hombres verdaderamente dignos de tal nombre, huyendo de una nación en la que la mayoría de sus súbditos estaba constituida por forajidos que constantemente amenazaban su existencia, se refugiaron en las islas próximas.

Se formó una escuadra con los buques de que disponía el Gobierno, a los que se agregaron los barcos mercantes que se hallaban fondeados en la costa, habilitándolos como buques de guerra. Se destinaron a la campaña que apresuradamente se preparaba todos los recursos de que se disponía, jugando así la última carta, que había de decidir la existencia o la muerte de aquella nación.

Estos preparativos bélicos no pasaron desapercibidos por el Gobierno y por los habitantes de la isla de la Felicidad, que,

disponiendo de recursos bastantes para organizar su defensa, en el caso de ser atacada, permanecían atentos al desarrollo de los acontecimientos, a fin de contrarrestar el golpe que les amenazaba, si éste se realizase.

En efecto; inopinadamente, una mañana se vio aproximarse a la isla la numerosa escuadra de los libertarios, que la rodearon, atacándola por diferentes sitios; el ímpetu de los asaltantes era imponente; luchaban a la desesperada; todo cuanto encontraban a su paso lo arrebatában o destruían, venciendo en algunos pueblos de la costa y siendo vencidos en otros.

El Gobierno, que previamente había movilizad sus tropas y diseminado les buques de su escuadra en puntos estratégicos, desplegó toda su actividad, recuperando en poco tiempo los pueblos conquistados por los libertarios y destruyendo completamente su escuadra.

La victoria se había decidido a favor de la nación de la Felicidad, como era lógico que así sucediese, por tratarse de una lucha en la que estaban frente a frente, de una parte, un país organizado, donde vivían todos en buena armonía, cooperando al bien común, en el que los actos del Gobierno y de los habitantes estaban siempre regidos por el orden material y por el orden moral, y de la otra, un país desorganizado y revuelto por todas las pasiones del egoísmo y del odio.

Inmediatamente, la escuadra vencedora se dirigió a la isla de la Libertad, abandonada por el Gobierno, que había huido al enterarse de la derrota sufrida.

No quedaban de aquella nación más que ruinas; en los campos y en las ciudades, todas las fuentes de riqueza destruidas, y en el mar, flotando, unas tablas, restos de los barcos que constituían su escuadra.

La nación de la Libertad se derrumbó al poco tiempo de crearse, porque lo que sube en falso dura poco y sólo se sostiene lo que se funda en sólidos cimientos.

La primera disposición que adoptó la nación triunfante fue invitar a los individuos pertenecientes a la nación de la Paz a reconstituir ésta bajo su protección, devolviendo a sus antiguos dueños las fábricas, las explotaciones agrícolas y toda clase de bienes que no hubiesen sido destruidos por los libertarios, y elegir entre los compatriotas de aquella nación los más aptos para formar un Gobierno que rigiese sus destinos con arreglo a las normas que en la isla de la Felicidad imperaban.

Los antiguos súbditos de la nación de la Paz, que no soñaban con la restauración de su patria, ni menos con la recuperación de sus fortunas, arrebatadas bárbaramente por los libertarios, acogieron l invitación, del Gobierno de la isla de la Felicidad con grandes muestras de júbilo, presentándose todos ante aquel Gobierno para testimoniarle su eterna gratitud y manifestarle que acatarían todo cuanto dispusiese y ordenase.

En poco tiempo se efectuó la nueva organización, renaciendo a la vida la nación de la Paz, la cual, formando una Confederación con la de la Felicidad, se proponía, aprovechando las enseñanzas de ésta, consolidar un régimen en el que predominase siempre el amor entre los individuos que la constituían.

CAPITULO XXXII

CONCLUSION

¿Por qué había estallado la revolución en la nación de la Paz?

¿Por qué la revolución triunfante había fracasado?

Porque tanto las clases superiores como las inferiores aspiraban sólo a comer y a vivir cómodamente, prescindiendo de todo lo demás.

¿Qué diferencia había en este caso entre una bestia y un hombre? En el hombre, ser moral, los problemas sociales no se resuelven sólo con elementos puramente materiales, como en las bestias, sino con elementos morales, que, con aquéllos, constituyen su manera de existir.

Si las clases superiores y las inferiores se moralizasen, estaría resuelto el problema social.

Por falta de moralidad, aunque la igualdad económica de todos los individuos es un mito irrealizable, porque está en la naturaleza humana que las desigualdades existan y que sean necesarias para la vida y progreso de las sociedades, las clases altas, dominadas por el egoísmo, no se dieron cuenta de la gravedad del problema social ni de la urgencia de su resolución, de día en día más apremiante, no haciendo lo que debieran hacer para que estas desigualdades se fuesen reduciendo, a fin de que nunca los individuos de las clases modestas y pobres careciesen de lo preciso para su subsistencia; por el contrario, no se decidieron, como la razón y los deberes de humanidad les aconsejaban, a mermar sus comodidades y placeres, mientras que las clases inferiores se morían de hambre.

Los libertarios, dominados por el odio, hicieron del problema social un problema puramente material, e impacientes por conseguir la igualdad de las fortunas y la

desaparición de las clases, no vacilaron en derribar violentamente todo lo existente, sin comprender que si se veían libres de sus amos, tendrían que sufrir la tiranía de otros más odiosos, que los convertirían en esclavos; que una causa, por justa que sea, cuando es contraria a la naturaleza humana, o es una utopía o un absurdo que no tiene condiciones de existencia, y que las sociedades fundadas en ella se hallarían en equilibrio inestable y al menor movimiento tendrían que desaparecer.

Esto sucedió a la nación de la Libertad, donde las desigualdades de las fortunas siguieron existiendo, apareciendo como consecuencia de ello la diferencia de clases, lo mismo que en el régimen derrocado, variando sólo las personas, pero no el concepto.

De manera que la masa del pueblo no había adelantado ni un paso en el camino de sus reivindicaciones; por el contrario, había retrocedido.

Las ideas sostenidas por los libertarios para transformar aquella sociedad en otra más en armonía con los deberes de justicia, que conducirían a una justa equidad que permitiese a todos los individuos satisfacer sus necesidades, poniéndolos en camino de llegar a disfrutar de las mayores comodidades y de alcanzar los puestos más altos, podrían conseguirse por medios evolutivos; éste sería el único procedimiento de obtener, no violentamente, sino gradualmente, consolidándose de este modo el avance obtenido, el logro de sus aspiraciones, hasta llegar con el tiempo a la constitución definitiva de la sociedad ideal vislumbrada.

Lo que sube atropelladamente, atropelladamente tiene que derrumbarse; lo que sube despacio no cae, porque el pie se apoya firme en el escalón y se sigue subiendo hasta aproximarse a la meta que representa el ideal de la Humanidad.

Para que esta evolución se verificase era preciso que todos cooperasen. Cooperación de los que estaban arriba con los que estaban abajo. Pero esta cooperación sólo sería posible siempre que los actos que a ella coadyuvasen fuesen inspirados en la

más sana moral y en el amor a nuestros semejantes y no en el egoísmo de los de arriba, que en la destruida nación de la Paz fueron los únicos culpables de que esa cooperación no se hubiese llegado a realizar, y los únicos responsables, por consiguiente, de que el problema social no se resolviese a tiempo, como por imperioso deber de humanidad debiera haberse hecho, evitando así que los de abajo, en su desesperación, se vieses impelidos a la violencia para derrocar un régimen que tan cruelmente les oprimía.

* * *

Hemos asistido a la creación y desaparición de naciones, que se derrumbaron por falta de moralidad; después de tantas transformaciones volvemos al punto de partida, a la restauración de la nación de la Paz, resurgiendo entre sus ruinas y ofreciendo esplendorosa y radiante una paz duradera, fundada en las sólidas bases del amor y de la justicia, fundada en la moralidad, sin la cual no se concibe la existencia de las sociedades, como no se concibe la existencia del hombre si a su cuerpo no estuviese unida el alma, si a los estamentos materiales que lo integran, no se uniesen los elementos espirituales, que lo elevan sobre los demás seres del Universo.

¿Pero esa paz no se alteraría nunca? ¿Será verdad que se puede establecer en este mundo una nación ideal en la que la paz reinará siempre? Si las condiciones morales del hombre se transformasen de manera que para realizar los actos de su vida no luchasen en su interior los gérmenes del bien y del mal, manifestándose al exterior el sentimiento dominante, que unas veces es el amor y otras el odio; si en el interior del hombre llegasen a desaparecer los instintos del mal, en ese único caso podría asegurarse que sería una verdad la, paz universal.

Pero eso no puede ser porque es contrario a la naturaleza del hombre en el cual por muy arraigado que tenga el sentido moral del bien, carece éste de la perfección necesaria para que

no se vea expuesto a luchar con el instinto del mal, que a veces conseguiría dominarle.

La moralidad del hombre no es absoluta, como sería indispensable para que la paz universal se realizase, sino relativa y perfeccionaba; es decir, que no debemos aspirar a una paz duradera indefinidamente, sino a una paz cada vez más estable, acercándose lo más posible, sin llegar, al ideal de la paz absoluta, a medida que aumente y se perfeccione en el hombre el sentido moral, porque la paz absoluta, la paz eterna, sólo está en la otra vida, adonde nos llevará la divina Providencia después de nuestro paso por la Tierra.

FIN

INDICE

	Prólogo.	3
Capítulo I.	La Isla de la Paz y de la Guerra	5
Capítulo II.	El pueblo de Worthing.	9
Capítulo III.	La cita.	12
Capítulo IV.	Botadura de la goleta "Pretty Mairy"	15
Capítulo V.	William y Mary.	20
Capítulo VI.	El pintor.	24
Capítulo VII.	Mary y Adam.	28
Capítulo VIII.	En Dublín.	34
Capítulo IX.	La borrasca.	44
Capítulo X.	Situación de John.	49
Capítulo XI.	Preocupaciones de Adam.	54
Capítulo XII.	Consternación en Worthing.	57
Capítulo XIII.	Noticias de Rosltand.	61
Capítulo XIV.	Renace la esperanza en Mary.	65
Capítulo XV.	Los naufragos de la "Pretty Mary"	68
Capítulo XVI.	Guerra en la isla de la Paz.	75
Capítulo XVII.	John y William.	77
Capítulo XVIII.	Regreso de William.	81
Capítulo XIX.	Joseph.	86
Capítulo XX.	La cacería.	90

Capítulo XXI.	Dublin's Parl.	96
Capítulo XXII.	Reaparición de la goleta "Pretty Mary"	100
Capítulo XXIII.	John y Richard.	105
Capítulo XXIV.	Intrigas de la marquesa de Livingstone.	109
Capítulo XXV.	Desilusión de Mary.	114
Capítulo XXVI.	Tristeza de Adam y de Mary.	116
Capítulo XXVII.	Triunfa la verdad.	122
Capítulo XXVIII.	Hacia la felicidad.	130
Capítulo XXIX.	Paz o guerra.	136
Capítulo XXX.	La revolución.	142
Capítulo XXXI.	La isla de la Libertad.	147
Capítulo XXXII.	Conclusión.	155

Imp. de J. Sánchez de Ociifla.-Tutor, 16, tel. 32374.



La Isla de la Paz y de la Guerra fue la utopía crepuscular de José Mesa Ramos (Vigo, 1856 - Madrid, 1935), un Ingeniero de Caminos que publicó esta sola obra de ficción, en una edición de autor hecha en Madrid en 1935.

Aún enmarcada en una amplia historia de amor convencional, es una construcción original, de clara intención pedagógica y propósito de conjurar el futuro.

La Regeneración es el mensaje moral más aireado en *La Isla de la Paz y de la Guerra*, frente a la credulidad del ser humano en espejismos al margen de la cambiante y turbulenta realidad de la Europa de entreguerras. Allí estaba para confirmarlo aquella Isla de la Utopía, cualesquiera que fueran las engañosas denominaciones que quisieran darle sus sucesivos gobernantes, Isla de la Paz, Isla de la Felicidad o Isla de la Libertad. Como marco ideológico de fondo el miedo a la turbulencia del presente y la propuesta de una «tercera vía» utópica de transformación moderada de la sociedad occidental, al margen de la aventura del comunismo ruso y de la desalmada e implacable lógica capitalista.

José Luis Calvo Carilla
El sueño sostenible